

# UNOS QUE MUEREN, OTROS NACERÁN

OCHO HISTORIAS EN OCHOS

RICARDO MUR SAURA

Colección 'Pan de paxaricos' / 10



Amigo lector, o amiga lectora,  
que me vas a leer,  
por favor, ten en cuenta:

Ni son todos los que están,  
ni están todos los que son.

Colección «Pan de paxaricos» / 10

Edita: Comarca Alto Gállego  
C/ Secorún, 35  
22600 – Sabinánigo (Huesca)  
Tfno. 974 483311  
cultura@comarcaaltogallego.es  
www.comarcaaltogallego.es

1ª edición, 2019

Fotografía portada: Habitantes de Lanuza (©Fritz Krüger, 1927)  
Impreso en Imprenta El Pirineo. Jaca

I.S.B.N.: 978-  
Depósito Legal: HU-215-2019

Unos que nacen otros morirán,  
unos que ríen otros llorarán.  
Agua sin cauces, río sin mar,  
penas y glorias, guerras y paz

Siempre hay por qué vivir,  
por qué luchar.  
Siempre hay por quién sufrir  
y a quién amar.

Al final las obras quedan,  
las gentes se van.  
Otros que vienen las continuarán.  
La vida sigue igual

Pocos amigos que son de verdad.  
Cuántos te halagan si triunfando estás  
Y si fracasas bien comprenderás:  
los buenos quedan, los demás se van

Siempre hay por qué vivir,  
por qué luchar.  
Siempre hay por quién sufrir  
y a quién amar.

Al final las obras quedan,  
las gentes se van.  
Otros que vienen las continuarán.  
La vida sigue igual

*La vida sigue igual*  
Julio Iglesias

## ÍNDICE

Introducción .....	7
o.- Ochos, en el corazón de la Montaña .....	12
1.- ¡Ay, mi Juan! .....	14
2.- Los que instruyen a muchos... brillarán como estrellas por toda la eternidad .....	24
3.- Siempre ha habido curas, y otros que no tienen cura... ..	35
4.- Matasanos y matacanes .....	43
5.- Todo por la Patria .....	59
6.- De padres trabajadores, hijos vagos... y los nietos a pasar hambre .....	71
7.- Los conquistadores del Pirineo .....	79
8.- Aceituneros de Jaén. Los andaluces en el Pirineo .....	93
Notas del autor .....	102
Apéndice gramatical y glosario aragonés .....	105

# INTRODUCCIÓN

Amigo lector:

Quizá tengas la tentación de saltarte estas palabras y dirigirte directamente al primer capítulo de esta novela, o de lo que sea esto, que no lo sé muy bien. Pero no te lo aconsejo porque perderías las claves necesarias para su lectura y comprensión. Así que tendrás que aguantar que te acompañe al comienzo de esta andadura.

Hacia tiempo que me apetecía escribir sobre el cambio experimentado por la sociedad pirenaica durante las últimas seis décadas. Y al final me decidí a hacerlo en forma de novela. Todo un reto para mí, pues es en el ensayo donde me manejo como pez en el agua. Constituye mi experiencia vital durante las últimas seis décadas en sitios como Panticosa, el resto del Valle de Tena, la villa de Biescas, la ciudad de Jaca con los pueblos de su entorno, Agüero, Murillo de Gállego y los pueblos del Pantano de la Peña. Escribo esto no solo por lo que han contado, sino por lo que yo he vivido en carne y mente propia y con lo que, por mi dúplice profesión sacerdotal y docente, en las aulas y el altar, he tenido que cargar en mi mochila. Que me quiten lo bailado. Hay dos altoaragoneses que me han acompañado y me acompañan en la vida, uno nativo y otra adoptiva, José de Calasanz y Orosia de Bohemia. Ellos también son testigos de lo que quiero contar.

La idea fue surgiendo poco a poco. No surgió de golpe. Tardé dos o tres años en madurarla y un par de años más en preparar la estructura del edificio y levantar el andamiaje. Como suena, a pesar de la simpleza del edificio y de lo exiguo de la obra. Aunque no he tenido prisa, me ha costado mucho menos tiempo escribir. Escasamente un semestre escolar. Aunque ahora les llaman cuatrimestres. Es que cuando me pongo al teclado, ya no soy capaz de parar.

He querido tratar temas tan sugerentes como la soltería tanto mascu-

lina como femenina, las escuelas rurales unitarias, los internados, el papel de los maestros y maestras en el mundo rural, los actuales maestros interinos, los neorrurales, los *hippies* y pseudo repobladores, los negocios familiares y sus riesgos, el papel de los curas en el mundo rural, los seminaristas, los médicos y veterinarios, la Guardia Civil y su inclusión social, los actuales guardiaciviles de Montaña y finalmente un homenaje a la espléndida integración de los andaluces en la sociedad pirenaica.

No pretendo criticar ni menos aún ofender a nadie. En todo caso, mi objetivo es describir comportamientos, que son reales y actitudes, que también son habituales. Soy un firme defensor de las libertades individuales. Cada persona es libre para trazar su propio camino en la vida, sin cargas, hipotecas y demás presiones familiares. No juzgo a nadie en particular. Repito, solo describo situaciones y comportamientos. He tenido un cuidado exquisito con los nombres de los personajes y de las casas, para que no coincidan con personas reales de carne y hueso. Conozco al personal de esta tierra, casi al cien por cien de los mortales. Por eso he dejado claro un par de hojas atrás que “ni son todos los que están, ni están todos los que son”. No quiero que nadie se sienta ni aludido ni ofendido. Si existiese alguna coincidencia, nunca será premeditada, solo fruto de la más estricta casualidad.

Para el título he escogido el primer verso de la canción de Julio Iglesias *La vida sigue igual*, pero cambiando las premisas del sintagma. Así el original dice: *Unos que nacen, otros morirán...* Y yo he preferido decir, al revés: *Unos que mueren, otros nacerán...* pensando primero en los que nos han dejado, siguiendo por los que están y dejando una puerta abierta a los que nacen y nacerán. Dicha canción, un *crack* a partir de 1969, puede ser un buen resumen de esta obra, tanto en el tiempo como en cuanto a su contenido. Al fin y al cabo, la vida sigue y seguirá igual.

El concepto de novela proviene del italiano *novella*, que significa “noticia”. El diccionario de la Real Academia Española define la primera acepción del término NOVELA como aquella obra de la literatura que, desarrollada en prosa, se encarga de narrar acciones que pertenecen parcial o totalmente al ámbito de la ficción.

La novela es el más tardío de todos los géneros literarios. Aunque tiene precedentes en la Edad Antigua, no logró implantarse hasta la Edad Media, en el siglo XIII, con las obras de Ramón Llull. En el siglo XIV, junto a los libros de caballerías, surgieron las colecciones de cuentos. A finales del siglo XV surgirá la llamada novela sentimental, como última



derivación de las teorías del amor cortés. En el siglo XVI aparecieron primero la novela pastoril y después la picaresca. Pero no será hasta 1605 cuando aparezca como tal la primera novela moderna del mundo, con la obra de Miguel de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*.

Hay muchos tipos de novelas y concepciones de este género literario. Para este librito yo he querido fijarme en Benito Pérez Galdós y en Camilo José Cela.

Del primero he tomado el realismo, la expresividad y la hondura psicológica que trasluce en sus *Episodios Nacionales*. Allí describe los escenarios y paisajes geográficos de forma casi fotográfica, con fidelidad total a la toponimia y a la ordenación del territorio. Y en cuanto a los personajes, unos son reales y otros ficticios. Pero de todos ellos ofrece un profundo retrato psicológico.

Hay autores modernos como Severino Pallaruelo o Luz Gabás, que en sus obras, si bien nos regalan una narrativa espléndida, difícil de superar, y dotan a sus personajes de una gran hondura psicológica, sin embargo camuflan los escenarios y espacios geográficos con una toponimia ficticia, que si bien es fácil de traducir, conociendo el territorio, sin embargo quita realismo a la obra. No es el caso de esta obra.

Del segundo he tomado sus ideas innovadoras y rompedoras sobre el género, plasmadas en *La Colmena* y, si se quiere en *Viaje a la Alcarria*. No hay un argumento propiamente dicho. El autor de *La Colmena*, en boca de don Ricardo, el literato del café de doña Rosa, habla del esquema de la novela clásica en tres puntos: planteamiento, nudo y desenlace, añadiendo que fuera de ahí solo hay fraude y modernismo. Cela, a través de dicho personaje critica y abandona ese esquema, pues se siente encorseado por el mismo hasta la asfixia. Así cada capítulo consta de varias secuencias de corta extensión, que desarrollan episodios mezclados con otros que ocurren simultáneamente. De esta manera el argumento se rompe en multitud de pequeñas anécdotas. Lo importante es la suma de las mismas, que conforma un conjunto de vidas cruzadas.

Por eso, en esta obra, el lector no hallará un argumento definido. En todo caso verá una descripción, a base de varias secuencias en el espacio y en el tiempo, de la evolución de la sociedad pirenaica durante las últimas seis décadas. He intentado cruzar dichas secuencias, de modo que tracen un mínimo relato, pero eso no es lo importante. Lo principal son cada una de las ocho historias desarrolladas en OCHOS, al margen de sus relaciones internas.

OCHOS en un pueblo ficticio. Sale como tal en el *Diccionario Geográfico Estadístico e Histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (1845-50) de Pascual MADDOZ, pero nunca ha existido. Fue Miguel MARTÍNEZ TOMEY quien dio a conocer tamaño dislate en “Ochos: un pueblo aragonés inexistente, en el Diccionario de Madoz”, en la revista *Argensola: Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, numero 101, 1988, págs. 211-216. Por las informaciones que ofrece la voz OCHOS, quizás podría llegar a identificarse con el actual HOZ DE JACA, pero tampoco, pues faltan algunas piezas y sobran otras como para llegar a la perfecta resolución del rompecabezas. Este es, pues el contenido de la voz OCHOS en el *Diccionario* de MADDOZ:

OCHOS: l. con ayunt. en la prov. de Huesca (8 leg.), part. jud. y dióc. de Jaca (5), aud. terr. y C. g. de Zaragoza (24) SIT. sobre una peña á la inmediación de un arroyo: CLIMA despejado y sano: consta de 22 CASAS, cárcel, una fuente, escuela de primeras letras, concurrida por unos 18 niños, dotada en 960 rs. anuales pagados por los vec., y una igl. construida en 1812, por haber sido quemada por los franceses el año 11 la que anteriormente había. Confina el TÉRM. por el N. con Panticosa: E. Bubar; S. Pueyo, y O. Escarrilla. El TERRENO es cascajoso y de pizarra, todo de secano, siendo sus principales montes el Paco y la Peña, que están aislados: los CAMINOS son sendas de comunicación: la CORRESPONDENCIA se recibe de Biescas. PROD.: trigo, centeno, poca avena, judías, patatas y lana; cría ganado lanar, cabrío y vacuno. POBL.: 28 vec. 126 almas. CONTR.: 800 rs. Esta pobl. es de muy moderna construcción, mediante á haber sido entregada á las llamas y arruinada en 1811 por los franceses.

El resto de los escenarios es real. Tanto como la vida misma. Todos los topónimos existen y corresponden a su exacta situación y ubicación geográfica. Si acaso, los nombres de las casas de OCHOS solo son fruto de mi imaginación, pues ni OCHOS existió, ni quiero que nadie del valle se sienta aludido.

La mayor parte de los personajes son ficticios. Alguno es real. Al final de la obra en NOTAS DEL AUTOR ofrezco detalladamente, capítulo a capítulo, quiénes son y han sido reales y quiénes solo son producto de las teclas de mi ordenador.

La obra está redactada mayormente en prosa. Reconozco que los diálogos son más bien escasos. Hago hablar a los montañeses, a los hijos del país, en aragonés tensino o aragonés panticuto, como se prefiera. Pero nuestra lengua autóctona solo saldrá a la luz cuando los montañeses hablen entre ellos. Tampoco saldrá cuando éstos hablen con gente de fuera, aunque la conversación esté salpicada de aragonesismos. El resto es dominio absoluto del castellano. No obstante, al final de la obra, ofrezco un pequeño apéndice gramatical y un mini glosario aragonés de poco más de doscientas palabras, donde los profanos a esta lengua, a esta tierra, o a estas montañas, podrán aclarar sus dudas en cuanto al léxico empleado. Por lo demás, no creo que sea necesario ofrecer una traducción más pormenorizada en los diálogos.

**Biescas, 2019**  
**Ricardo Mur**

## o.- OCHOS, en el corazón de la Montaña

OCHOS es un lugar con Ayuntamiento propio, sito en el Valle de Tena, Quiñón de Panticosa, Provincia de Huesca, Partido Judicial y Obispado de Jaca, Audiencia Territorial y Capitanía General de Zaragoza. Está a cuarenta kilómetros de Jaca, a ochenta de Huesca y a ciento cincuenta de Zaragoza.

Está situado bajo una peña, muy cerquita del río Gállego, en un paraje soleado, bien ventilado, ameno, sano y agradable a la vista. La carretera general, de Huesca a Francia, pasa junto a su casco urbano, por lo que el lugar, además de estar excelentemente comunicado, goza de animación continua durante todo el año. Tiene un par de fuentes de buenas aguas, de las que se surte el vecindario. Hay una escuela de primeras letras, a la que acuden más de una veintena de críos, servida por una maestra. La iglesia, consagrada a San Martín, es de fábrica nueva, pues los franceses la quemaron en 1811. Está servida por un cura párroco de segundo ascenso. Debido a su situación, junto a la carretera, hay médico residente, aunque atiende también a los núcleos próximos de Búbal, Piedrafita y Hoz. El veterinario a veces baja de Tramacastilla, otras lo hace de Escarilla. El Ayuntamiento está dirigido por un Alcalde mayor, nombrado por el Señor Gobernador Civil de la Provincia de Huesca, al que le ayudan un par de Regidores, aunque la mayor parte de las decisiones siempre se han tomado en *Concello*, es decir, con representación de todos y cada uno de los vecinos. Hay un Cuartel de la Guardia Civil, servido por un sargento, un cabo y cuatro números. La correspondencia se recibe y despacha diariamente desde Biescas. Existe un excelente establecimiento, el Hotel Gabás, que facilita cama y restauración a cuantos viajeros lo precisen y a un nada despreciable número de turistas en verano.

El lugar produce cereales, verduras, patatas, frutas y forrajes para consumo propio de los vecinos. No obstante mantiene una importante cabaña ganadera, sobre todo de ovino, caprino, bovino, y más que más, caballar, mular y asnal.

El terreno es propio de montaña: campos de cultivo y prados de siega en la parte baja, prados de diente y bosque en la parte media y puerto de montaña en la parte alta, compartiendo el uso con el resto de pueblos del Quiñón, siguiendo escrupulosamente los usos dictados desde tiempo inmemorial.

El término confina por el norte con Escarrilla, por el este con Hoz de Jaca y Panticosa, por el sur con Biescas y por el oeste con Búbal y Piedrafitá.

Tiene veintiséis casas: Abadía, Argelés, Asún, Bareches, Campanero, Campo, Chiménez, Chuanmiguel, Cojo, Costereta, Cuartel, Ferias, Ferrero, Francho, Gabás, Garrillas, Laplaza, Laseras, Maestra, Malyerno, Médico, Pelau, Piquero, Ramoné, Royo y Sanfelices.

# 1.- ¡Ay, mi Juan!

## Ochos, 1950

En casa Campanero vivía el matrimonio de José y Felisa, con sus dos hijas, Valentina y Pilarín, más el pequeño Juan. Bajo el mismo techo también estaban la señora Filomena, madre de José y un tío soltero, hermano de él, llamado Juaquiñón.

Vivían esencialmente de la ganadería. Eran trabajadores como rayos. Mantenían un rebaño de unas seiscientas ovejas y podían llegar a criar un par de docenas de mulas cada año.

El padre de José, señor Colás, había muerto al poco de casarse José. Una pulmonía se lo llevó al otro mundo. Entre José y su hermano Juaquiñón se bastaban para atender el rebaño y sacar adelante a los demás bichos. Entre Felisa y su suegra Filomena manejaban bien la casa.

Cuando nació Valentina, José dijo:

*-¡Zagala!, baya por Dios, empeziamos bien. No sé cómo feremos en esta casa con tanto bicho.*

A los dos años, llegó Pilarín, que luego se casó con un guardiacivil. Lo mismo:

*-Pero bueno, ¿qué ba a pasar astí? ¡Ista casa se ba a emplir de mozetas!*

Y Felisa, como quitándole importancia, le decía:

*-Tranquilo ombre, que ya sapes que con ordio se compra trigo. Siempre s'en ha feto con istas trazas.*

Años más tarde, casi sin buscarlo, Felisa estaba de nuevo embarazada. Y a los nueve meses, llegó Juan. Se llevaba ocho años con su hermana mayor y seis con Pilarín.

*-¡Ostia! Isto ya ye outra cosa. Ya podís prenzipiar a fé-le zamarra y espaldero,* decía a las mujeres, pensando en el futuro ganadero del zagal.

Felisa tenía genio fuerte. No se dejaba pisar. Con el ganado no se

metía, eso era cosa de los hombres. Pero, en lo tocante a la casa no le tosía nadie. Ni su suegra, ni menos aún sus dos hijas. Cuando nació Juan, como sin querer, pasó a centrar toda su atención en él. Las crías pasaron a un papel más discreto. Valentina hacía de segunda madre de Juan. Le cambiaba los pañales, que entonces se llamaban *empapadors*, le daba la papilla, le sacaba a tomar el sol en una cesta, le enseñaba a andar. Un par de años más tarde Pilarín jugaba con él todo el día. Hacían tiendas, *cozinetas*, pero también jugaban a la pelota y se hacían guerras con bolas de nieve y con arcos y flechas.

-¡Ala, Chuañón! –le decía Pilarín- *Biene a chugar con mí. Oy feremos comidetas pa ros bichos.*

Y Juan, más feliz que unas pascuas, se lo pasaba en grande con su hermana.

El crío dormía mal. Tenía pesadillas por las noches y, con frecuencia, al despertarse se iba a la cama de sus padres o de alguna de sus hermanas.

-¡Redió, outra bez o zagal iste deros cojones! Decía su padre. *Si ye que me lo tenís malcriato. No sé ta do iremos a parar.*

- *No digas ixo, ¡Ay, mi Juan!* –decía una y mil veces Felisa.

A los cuatro años ya iba de *cordeiro* adonde le mandaban y cuando cumplió los siete años empezó a ayudar a su padre y a su tío con las ovejas, tanto en el pueblo como en los puertos. Le gustaban las ovejas. Las conocía una a una. Además se le daban bien.

-*Iste mozé tiene güena traza pa treballar*, decía su padre.

-*Bien se nos baldrá d'él en ista casa*, apostillaba su tío Joaquín.

Sin llegar a decir que fuera mal alumno, la escuela no se le daba tan bien como las ovejas. Sus hermanas fueron siempre bastante aplicadas, pero a Juan se le atragantaban los números y las cuentas. Y lo mismo pasaba con determinadas tareas de lenguaje que requerían cierta concentración. En clase estaba pensando más en los animales que en la lección. A veces, doña Hortensia le invitaba a hacer horas extraordinarias en los recreos y repasos vespertinos. Si la maestra llamaba a Felisa para ponerle al día de los pocos progresos de Juan, la madre no decía nada por respeto, pero en su fuero interno pensaba:

-*No será para tanto, ¡ay, mi Juan!*

Cuando terminó en la escuela, en su casa no quisieron saber nada de llevarlo a estudiar a Jaca, como hacían otros niños de Ochos. A los once años su padre le tenía ya marcado el futuro. Y Juan, encantado. Además, ese mismo invierno saldría ya *de cabañera*, como *repatán*, con los demás

ganaderos del pueblo. Así que a finales de octubre arrancó la gran marcha pecuaria anual que unía Ochos con los montes de Pina de Ebro. Doce días invertían en recorrer la *cabañera tensina*, casi siempre por la orilla izquierda del Gállego. Todas las ovejas de Ochos viajaban juntas. En total eran unas cinco mil cabezas, contando chotos y cabras. A su cargo había una docena larga de pastores, entre el mayoral, los pastores propiamente dichos y los *repatanes*. Les acompañaban un par docenas de canes. Uno de los pastores, Pascual de Ramoné, ayudado por un *repatán*, se encargaba de hacer las comidas, sobre todo por la noche. El menú tenía pocas variaciones, migas, patatas con sebo, sopas de ajo o de pan, carne a la pastora, salón, asado si se veía que se iba a morir algún cordero y poco más. Pascual no guisaba mal, pero Juan echaba de menos las comidas de su madre. Y por la noche, acurrucado con su manta en la caseta, también le venían los recuerdos de cuando se levantaba y se iba a su cama.

Y mientras, en Ochos, Felisa tampoco paraba de pensar en él y eso que sus dos hijas no la dejaban quieta. Cada dos por tres dicen que decía:

*-¡Ay, mi Juan! ¿Qué ferá? ¿En do estará? ¡Qué frío pasará con ixas zierzeras e ixos dorondóns!*

El caso es que después de las navidades, Juan, poco a poco, comenzó a ponerse malo. Apenas comía y hablaba poco. Se iba quedando en los huesos. Con las nieblas y *dorondoneras* de la Ribera cogió un catarro que a punto estuvo de desembocar en pulmonía. El caso es que su padre no tuvo más remedio que acudir al médico de Pina y, tras ponerle unas inyecciones de penicilina, éste le recomendó severamente:

-Como no se lleven a este chico de aquí pronto, se les muere antes de San Blas.

Y José, su padre, con buen criterio llamó por teléfono a la centralita de Ochos y dio aviso para que en un par de días fueran a buscar a Juan al tren a Sabiñánigo.

*-No, si ya deziba yo. A iste zagal le pasa como a ras obellas cuando se les incha ro braguero. Mamitis.*

Llevaron a Juan a la estación del Norte de Zaragoza, lo pusieron en un tren y a mediodía ya estaba en Sabiñánigo. Allí lo esperaba su hermana Valentina y, en el Ford llegaron los dos juntos a Ochos. Es cierto que venía muy desmejorado. Al llegar al pueblo, su madre se lo comía a besos.

*-¡Ay, mi Juan!*

Y en poco más de una semana, a base de caldos y buenos achuchones,



Juan empezó a revivir. Ya no bajó nunca más a pasar la invernada en la Ribera. También es cierto que la trashumancia tenía los días contados. Pero a partir de entonces, durante el invierno se quedaba en Ochos. Su tarea pasó al recrío de las mulas con su tío Juaquiñón. Al menos, todas las noches, o casi todas, podían dormir en casa.

Antes de ir a la mili se enamoró de Tere de Chuanmiguel, una chica del pueblo un año más joven que él, muy guapa, pero de casa muy pobre. Cuando se enteró su madre, se abrió la caja de los truenos.

*-Pero ¿ta do bas a ir con ixa pelandusca? Si no tienen en casa suya ni pa caer-sen muertos. Como te beiga con ella, te mato. Chita ros güellos ta outras casas, que de mozetas ne b'ha una pila y beluna si que bale ra pena. ¿Has oito?*

Y Juan, agachando la cabeza y tragando saliva, salió de casa sin decir nada. Y en pocos días fue interiorizando, no tanto el consejo sino la amenaza de su enérgica madre.

*-No si a ra fin, ista muller tiene razón. Lo que pasa ye que ras outras mozetas no me fan miaja caso. Pero bueno, ya en cairá beluna.*

Pero no cayó ninguna. Le costó un poquito olvidar a Tere, pero en pocas semanas la cabeza se le volvió a su sitio. Le vino bien marchar con su tío Joaquín a buscar una partida de mulas a Francia.

## Zaragoza y Jaca, 1970

A los dieciocho años, a punto de cumplir los diecinueve, lo llamaron a Quintas. Lo tallaron en la secretaría del Ayuntamiento, con un metro de modista. A final de verano llegó una carta citándolo a las 12 horas del día 15 de septiembre en la estación de tren de Sabiñánigo y diciendo lo que debía llevar. El convoy trasladó a una cincuentena larga de mozos del Valle hasta Zaragoza, donde harían el Campamento en el CIR de la carretera de Huesca, junto a la Academia General Militar. A Juan ya le tocó hacer la mili con CETME en lugar de los viejos mosquetones. Los tiempos iban cambiando poco a poco. Tenía muy buena puntería. Disfrutaba con las prácticas de tiro. Como era fuerte y estaba acostumbrado al ejercicio físico, la instrucción no le cansaba. Sin embargo las guardias e imaginarias eran una auténtica tortura. No hacía más que dar vueltas a la cabeza recordando su tierra y sobre todo su hogar. Juan no podía con la comida del cuartel. Se la comía, porque no tenía otra, pero como tantos

otros, no hacía más que pensar en los fogones de casa. Por la noche, en aquellos dormitorios comunes, dormía mal. Todo eran ronquidos y sonidos poco agradables. Se agarraba al almohadón como un niño lo hace a su osito de peluche. Después del preceptivo período de instrucción, a los tres meses, los reclutas juraron bandera y aquí vino lo mejor. Un mes de permiso. Su madre le había pedido encarecidamente que le trajese un retrato vestido de militar. En una tarde de permiso, se lo hizo en un estudio de fotografía de la calle Alfonso. La semana siguiente, lo recogió y lo guardó en su taquilla como el mayor de sus tesoros. Cuando llegó a Ochos, su madre, después de comérselo a besos, le preguntó:

-*A que te s'ha olvidato ro recau que te di...*

-*A que no*, -respondió sacándolo del petate-

Felisa lo puso encima de la *poqueta* del hogar, para que todos lo viesan. El tío Joaquín, que era muy mañoso, le hizo un marco con madera de chopo.

Cuando se acabó el permiso, Juan se incorporó a su nuevo destino, el Regimiento de Cazadores de Montaña Galicia 64, en la vecina ciudad de Jaca. Su habilidad con los animales, en especial con las mulas, habían sido determinantes al respecto. Por supuesto, mosen Félix, el cura de Ochos, que tenía influencias en el ejército, también le echó una mano para que se quedara cerca de casa. Allí estuvo doce meses. Los sargentos y el capitán de la compañía, además de su buena conducta, enseguida reconocieron su valía. Rápidamente lo ascendieron a Soldado de Primera y consiguió un Pase de Pernocta, por lo que llegó a pasar las noches fuera del cuartel, con su tía Patro, hermana de su madre, en un pisito que ésta tenía al principio de la Calle Mayor. Desde que estaba con su tía, tanto él en Jaca como su madre en Ochos dormían toda la noche de un tirón. Terminó el servicio como Cabo.

Y cuando volvió a casa, ya licenciado del Servicio, su madre, lo primero que dijo:

-*¡Ay, mi Juan!*

## Ochos, a partir de 1970

Las hermanas de Juan se casaron. Valentina se quedó en el pueblo. Contrajo matrimonio con Ramón de Bareches. Tuvieron tres hijos varones y dos chicas. Pilarín lo hizo con un guardiacivil de los destinados en

el cuartel local. De Ochos marcharon a la Casa Cuartel de Boltaña. De aquí, su marido fue destinado a Huesca, ya con el grado de subteniente. Aquí se jubiló. Tuvieron tres hijos, todos varones.

Juan no se casó. Ni siquiera pasó por su cabeza salir o festejar con ninguna *mozeta*. Después de la reprimenda que echó su madre a causa de aquella Tere de Chuanmiguel, yo creo que ni se le pasó por la cabeza. Estaba muy a gusto en su casa y no aspiraba a más. Su padre, con él tenía un apoyo inestimable. Y luego estaba el tío Joaquín. La empresa familiar no corría peligro alguno. Su madre, Felisa, cuando les preparaba el almuerzo, o les llenaba de viandas el morral, no hacía más que decir:

*-¡Ay, mi Juan!*

Él tenía todas sus necesidades cubiertas. Los vicios también. Y ella, por no oír renegar a su marido y su cuñado, le encargaba a Juan los recados, los viajes con el coche, las compras y todo lo que fuese menester.

*-¡Ay, mi Juan! Berdá que mañana me baxarás ta Jaca, que me fan mal istas muelas?*

Y Juan, encantado de la vida.

*-¡Ay, mi Juan! Tenemos qu'ir ta Escuer a buscar pienso pa ras gallinas.*

Y a Escuer que bajaba Juan y de paso se echaba un *traguete* en el bar de la carretera.

*-Oye, ya fa días que quereba comprar unas telas pa fer unas cortinas, que ya da mala gana biér-las. M'an dito que en tienen unas muy majas en O Barato de Samianigo. A bier si mañana que puyan estos ombres a dar sal, me puedes baxar. Pero no les ne digas... que si no, tu pay ye capaz de todo. Y me canso de oírlo romanziar.*

Y Juan, aquel día, con una excusa de lo más peregrino, en lugar de subir a dar sal a las ovejas, se bajó con su madre a por las cortinas.

*-¡Ay, mi Juan! No sé yo qué ferba sin tú.*

Y así, año tras año, iba transcurriendo la vida cotidiana en casa Campanero de Ochos. Al tío Joaquín le dio un ataque de apoplejía y hubo que llevarlo al Amparo de Jaca, enfrente de donde Juan hizo la mili. Su casa no reunía condiciones arquitectónicas para atenderlo como Dios manda. Allí murió en 1995. José aguantó un par de años más. Era mayor que su hermano. Falleció en su casa y en su cama, en 1997. Quedaron solos en casa Felisa y su Juan. Valentina, que estaba en el pueblo, les atendía en todo lo que estaba en sus manos. Y aunque Felisa aún hacía la comida, sin embargo ya no llegaba con la limpieza y con las ropas. Aunque sí que cosía y planchaba. Sin embargo, lo que tenía que llegar llegó y Felisa dejó

este mundo el día de Santa Cecilia de 2003, en plena *caída de la hoja*. Tras recibir la extremaunción, llamó a Valentina para transmitirle su última voluntad:

*-Filla mía, no más te pido una cosa. Cuida de ro tuyo ermano. No dices a mi Juan.*

Quedó, pues, solo Juan en casa Campanero. Con su hermana cerca, con su ganadería modélica, aunque ahora ya sin mulas, pero solo.

## Ochos, 2005

No solo a Aragón y al resto de España, sino también al Valle y a Ochos, durante los últimos años habían llegado bastantes inmigrantes, la mayoría sudamericanos y centroeuropeos. Ellos trabajaban en la construcción, en la hostelería y en lo que saliese. Ellas, sobre todo en el servicio doméstico, la atención a ancianos y enfermos y también en la hostelería. Algunos vivían aquí. La mayoría lo hacía en Sabiánigo porque la vida les resultaba muchísimo más barata. Algo así como el cincuenta por ciento.

En Ochos se afincaron dos matrimonios rumanos y tres mujeres colombianas.

Los rumanos eran de Oradea, muy cerca de la frontera con Hungría. Ovidiu era albañil y trabajaba en un bloque de apartamentos que construían a las afueras de pueblo. Su mujer, Renata, limpiaba y fregaba en el Hotel. Tenían dos hijos, Vlad y Diandra, que contribuían a llenar la ya menguada escuela de Ochos. El otro matrimonio estaba formado por Cosmin y Gabriela. Eran muy jóvenes, casi recién casados. Él trabajaba en la ganadería, cuidando el inmenso rebaño de ovejas de casa Piquero, más todas las tareas que el jefe le encomendase. Ella se ganaba la vida junto a Renata, también en el Hotel. Aún no tenían hijos. Se integraron muy bien. Hablaban el castellano con fluidez, al fin y al cabo es parecido al rumano. El segundo año ya habían cogido muchas palabras y giros de la lengua aragonesa.

Por aquel entonces también aparecieron tres mujeres procedentes de Colombia: Isabella, Samantha y Amaranta. Las tres eran mestizas, en distinto grado, pero mestizas.

Isabella venía de Cali, ciudad muy nombrada a través de los telediaris. Era la mayor de las tres. Tenía cuarenta años. Por problemas económicos y deudas contraídas con las FARC, tuvo que dejar en su país a

su marido y a sus hijos y venirse a España a trabajar para poder ayudarles. Mensualmente les mandaba casi la mitad de lo que ganaba, que aquí parecía poco, pero allí era una fortuna. Primero trabajó cuidando a un matrimonio anciano, en casa Laseras. Cuando murieron, acabó en el bar del hotel Gabás. Empezó fregando y limpiando, pero gracias a su buen carácter y su mano izquierda con el personal, terminó en la barra, ayudando a Paquito, el dueño y a Amaranta, otra de las colombianas. En temporada alta, las dos formaban un dúo insustituible por la clientela, sobre todo masculina, que atraían.

Samantha era de Bogotá, la capital del país. Tenía veinticinco años y estaba divorciada de un tal Juan Esteban. Enseguida se lió con un solterón de la zona, que tenía una pequeña empresa de construcción, pero que en unos años amasó una pequeña fortuna. Ella, a cambio de toda clase de lisonjas, públicas y privadas y, sobre todo de mucha cama, logró hacerse dueña de su voluntad. Y también de su cuenta corriente.

-¡Ay, cariño, qué guapo eres! ¡Cuánto te quiero! Daría toda mi vida por ti.

-He tenido que cruzar el mar solo para conocerte. ¡Ojalá lo hubiera hecho antes!

Él le compraba joyas, buenas ropas y hasta un coche. También sacó varios miles de euros para su familia colombiana. Que si una operación de la vista para su *mamaíta*. Que si sus *tatos* se habían quedado en la calle por un corrimiento de tierras. Que si tal, que si cual. Y el contratista, embobado y empanado, pagaba sin rechistar. La última fue cuando él le pidió que se casara con ella. Samantha marchó a Colombia a arreglar los papeles y a preparar los pasajes para que su familia viniese al casorio. Se llevó casi veinte mil euros. Ya no volvió más.

Y él se quedó arruinado, compuesto y sin novia. No obstante, aún la está esperando. Por lo visto sigue enamorado. Todo el valle, y aun la comarca, siguen haciendo lenguas del caso.

*-¡Pobron! Toa ra biba treballando como un animal pa ixo.*

*-De pobron, cosa –respondían- Ya sapeba bien o que feba, ya, que no ye ningún crío. Pa outras cosas ye agudo como ra fambre. Mira si en as obras te excusas de bosá-le bel saco zemento...*

*- Al menos, a zorróna ixa l'ha dixato ra casa.*

*-Faltarba...*

Amaranta procedía de Pereira, en el mismo centro del país. Tenía veintisiete años. Nunca se casó, pero dejó en Colombia dos hijos al cargo de su madre: Camila, de diez años y Jeromín de cuatro. Poco a poco se fue

metiendo en el corazón y en la vida de Juan de Campanero. Y al final, después de morir Felisa, acabó viviendo con él.

Juan tenía poca experiencia con las mujeres. La primera chica que le gustó, como no era del agrado de su madre, se diluyó rápidamente de su vida. Después se iba fijando en alguna que otra, pero ninguna daba la talla. No llegaban ni a la altura de la suela de las alpargatas que calzaba su madre. Ni eran tan guapas como ella, ni tan hacendosas, ni debían guisar tan bien... Y, claro, en una casa ganadera no podía entrar cualquiera...

Solo había tenido relaciones sexuales esporádicas. Cuando hizo el campamento de la mili en Zaragoza, a veces, los domingos, bajaban del cuartel en tromba a la Calle del Caballo. También había visitado algún club de la zona en compañía de algunos amigos. Pero contadas las ocasiones.

Por eso y por más, a Amaranta apenas le costó esfuerzo hacerse con él. Era un buen partido. Cincuentón, pero guapo y aún estaba de buen ver. Buena persona y con temperamento afectivo. Trabajador y propietario de una gran ganadería. Una buena casa, un buen partido y unas cuantas propiedades más.

Amaranta trabajaba a media jornada en la barra del bar del Hotel Gabás. La otra media la empleaba en lo que le salía. Limpiaba, cuidaba niños, lo que fuese. También mandaba dinero a su familia. Empezó llenándole un poquito más las cañas de cerveza, las copas y cargándole los carajillos. De vez en cuando, disimuladamente, a espaldas del amo y de la clientela le invitaba o le ponía otra consumición. Siguió dándole conversación, a veces en detrimento de otros parroquianos del establecimiento. Y acabó pidiéndole que se quedara con ella, para ayudarle, cuando por la noche cerraba el bar. De ahí, a la cama había poco recorrido y menos tiempo.

A los pocos meses, Juan le pidió que se fuese a vivir con él. En casa estaba muy solo. Y, aunque le ayudaba su hermana Valentina, las faenas de la casa se le hacían muy cuesta arriba.

Además estaba todo el día pensando en ella. No se la podía quitar de la cabeza.

Su hermana, cuando lo vio, decía:

*-Pero, ¿estás feto u cómo estás? ¿Qué has feto? Mira que se te ba a comer to ro que tiéns. As obellas, os corders, os crapitos... será to pa ella.*

*-Como te biyese tu may. ¡Ay, su Juan! dirba... Buena abadexata te emplastaba.*

*-Mira, que como le fagas bel crío, la emos jodito...*

Y cuando llevaban seis meses de convivencia, Amaranta le planteó traerse a España a su mamá y a sus dos hijos. Juan ni se inmutó. Por supuesto, él pagó los pasajes de los tres. La madre, que escasamente pasaba de los cuarenta años, se hizo cargo de la casa. Enseguida conectó con su paisana Isabella. Los críos contribuyeron a nutrir el aula de la escuela.

Dos años más tarde Juan y Amaranta se casaron en la iglesia de Ochos. Mosen Óscar Augusto, colombiano como ella, celebró el oficio. Antes de la boda, Valentina obligó a su hermano a ir al notario. En primer lugar capitularon régimen de separación de bienes. Amaranta, aguda como el hambre, viendo la situación, estuvo a punto de echarse atrás. Pero al fin claudicó. En segundo lugar, Juan redactó testamento de tal manera que legaba la casa, las fincas y los bienes que tuviere a la descendencia que tuviese con ella. Eso le permitió a Amaranta ceder, aunque a ella le hubiese gustado más, claro.

Se fueron de viaje de novios a Colombia. Allí Juan conoció a los familiares de ella. A cada hogar les llevó un sobre con dólares.

Un año más tarde nació Pepito, el hijo de Juan y Amaranta y heredero de casa Campanero. Le pusieron el nombre de su abuelo paterno.

En el pueblo, alguno decía:

*-Ya berás, agora que l'ha feto ro crío, ixa muller s'én irá con outro. Encara ye choben. Juan se quedará como un matrero.*

Pero no fue así. Amaranta se trajo a su familia con idea de echar raíces. Y vaya si las echaron. Dicen las malas lenguas que tenía un amante. O más de uno. Pero nunca abandonó a Juan. Y Pepito, el heredero, hijo de español y colombiana, continuó la estirpe de casa Campanero.

Y desde el cielo, o donde estuviese la señora Felisa, seguía exclamando:

*-¡Ay, mi Juan!*

## 2.- Los que instruyen a muchos... brillarán como estrellas por toda la eternidad...

Ochos, 1950

En Ochos había una escuela unitaria atendida por una maestra, doña Hortensia, a la que solían acudir una veintena de niños y niñas. En otros pueblos más grandes del valle había más de una escuela y éstas eran atendidas de forma diferenciada, por maestros para los niños y por maestras para las niñas. Pero en Ochos, la escuela era unitaria y no necesitaban más. Ni menos tampoco.

Doña Hortensia Palacín Huerva había nacido en Sariñena. Sacó rápidamente la oposición y fue destinada a Ochos. Nunca se movió de aquí. Se encontraba a gusto. El pueblo estaba bien comunicado. Tenía buena vivienda. Las familias la querían y los críos la respetaban. Enseñaba bien y ejercía su profesión con diligencia y buena competencia. Como era joven y, en buen tiempo, se aligeraba de ropa, un día mosen Félix le dijo:

-Oiga doña Hortensia, veo que es verdad lo que se dice de usted, que enseña mucho y bien.

Y doña Hortensia, siguiendo la chanza, le contestó:

-Mosen, tenga cuidado, que como aprenda usted más de la cuenta, tendrá que ir a confesarse con el señor obispo.

Y no pasaba nada. Ambos se llevaban bien y se entendían perfectamente. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Como doña Hortensia nunca participó en concurso de traslados, no necesitó de los certificados de buena conducta que expedían entonces el alcalde y el cura.

Su primer sueldo fue de setecientas cincuenta pesetas. Escasamente



le llegaba para su manutención y los gastos de la casa. Pero, como eso ya se sabía, al cura y a ella les daban patatas, verduras, manzanas, cerezas, huevos, pollos, conejos y cuando mataban *o cochín*, morcillas, *tortetas*, tocino, *chingarra*, lomo y todo lo que fuese menester. Por eso no pasaba necesidad y hasta podía ahorrar alguna perra. Luego le subieron la nómina a mil doscientas pesetas. Y años más tarde, como todos los maestros, llegó a tener un sueldo digno, tanto que le pareció volverse millonaria.

Doña Hortensia era soltera. Nunca se casó. Tampoco nunca se le vio festejar con nadie. Y no fue por falta de pretendientes. Era buen partido para cualquiera y estaba de buen ver. En su casa eran ganaderos y agricultores de varios pares de mulas. Provenía de las casas más ricas y pudientes de Monegros. Por eso sus padres le dieron estudios.

Cuando comenzaba a ejercer, sus padres, pero sobre todo su progenitor, le previnieron de que tuviera cuidado con los hombres.

-Mira hija mía, eres un caramelo. Enseguida te saldrán pretendientes. Mira que esos montañeses no te vayan a engañar ni a engatusar. Te dirán que si tal que si cual, pero tú nada, a lo tuyo y nada más. No les hagas caso.

-Te dirán que para cuatro perras que te pagan ¿te vale la pena estar siempre fuera de casa?

Y doña Hortensia no lo decía, pero en su subconsciente iba almacenando todos esos mensajes:

- Pues no le falta razón a este hombre, es mejor estar con cuatro perras y con cuatro libros que con cualquiera de estos *zamarugos*. Les parece que porque tengan muchas ovejas y vendan muchas mulas ya son los amos del país.

- Además estoy muy bien así, a mi aire. Mis amigos de Sariñena están todas cargadas de críos. Todo el día limpiando culos y sonando mocos. Y cuando no, haciendo comidas y lavando ropas. Y ya no digo cuando vuelve por la noche el marido, que como haya estado en el bar, prepárate para lo que venga...

Doña Hortensia tenía fama de enseñar muy bien todo lo relacionado con la lengua, la escritura y la literatura. Sus alumnos exhibían una caligrafía envidiable. Además, por si fuera poco, era imposible encontrarles una falta de ortografía. Cada uno leía un libro al mes. Las pocas docenas de libros que poseía la biblioteca escolar, iban rotando entre los chavales, repartidos entre varios niveles. Había cuentos ilustrados y tebeos para

los más pequeños. Los medianos leían los *cuentos de Calleja*. Los mayores devoraban las novelas de Salgari, las de Julio Verne y los libros de la editorial Bruguera, que tenían una página de letra y otra de viñetas. Nadie supo nunca a ciencia cierta de dónde salían los libros, porque los presupuestos del Ministerio no llegaban para tanto. El caso es que cuando doña Hortensia volvía de vacaciones, traía siempre varias cajas llenas de no sé qué, pero que pesaban como un muerto. Algunos fines de semana se iba. Nunca decía adónde, pero no se le veía. Tampoco daba explicaciones. Y si se las pedían, no contestaba.

En otros pueblos de Aragón, como en toda España, empezaban a llegar cajas y cajas de leche en polvo y de queso en lata, de los americanos. En las capitales y otros lugares debían cumplir su labor, pero por aquí no. Si algo les sobraba eran lácteos.

*-Anda, que no estamos así fartos de leito, requesón, chericueta y queso, ¿Ta do bamos a parar?, decían. Que biengan a buscá-ne. Si acaso, que nos dasen gambas, agostinos y ostras.*

Desde la Virgen del Pilar hasta Santa Cruz de Mayo, como hacía frío, la estufa de la escuela no paraba un minuto. Por la mañana, cada niño, cada niña, cuando iban a la escuela llevaban en una mano la cartera y en la otra un *tizón de caxico*, o de *frajín* o de lo que fuera, para mantenerla encendida y que las clases fueses soportables en cuanto a la temperatura. No sobraba calor, pero tampoco se pasaba frío. Hasta ahí podíamos llegar.

Durante el Mes de las Flores las niñas hacían el Mes de Mayo. Por la tarde, iban a la iglesia, rezaban el rosario y recitaban una serie de versos y poemas dedicados a la Virgen, llevando un pequeño ramo de flores, las más de las veces silvestres.

-Aunque soy tan pequeñita y tengo tan poca voz, digo con todo mi corazón ¡que viva la Madre de Dios!

Terminaban con el canto:

-Venid y vamos todos,  
con flores a María,  
con flores a María,  
que Madre nuestra es.

No era el caso de Ochos. Pero en los pueblos donde no había cura residente, las mismas maestras se encargaban de rezar el rosario. Todas las tardes, a las seis tocaban las campanas y acudían a la iglesia las mujeres y los niños. No era cosa de hombres. Era solo un cuarto de hora, pero al menos era una excusa para salir de casa y charlar un rato con las vecinas.

Como en invierno anochece pronto y por estos territorios la vida parece que se paraliza, era frecuente que durante unos meses doña Hortensia, ayudada en ocasiones por mosen Félix, pusiese los cimientos de lo que hoy se conoce como Educación de Adultos, que entonces se llamaba *Escuela de Pastores o de Boyeros*. Así, durante tres o cuatro tardes a la semana, aquellos mozos que por motivos laborales, apenas pudieron acudir a la escuela, al menos aprendieron los rudimentos de la lectoescritura y algo de las cuatro reglas. Digo bien mozos, porque las mozas que estaban en su misma situación, simplemente nunca acudieron. Su aprendizaje consistía en coser, bordar y demás labores consideradas como femeninas y las aulas estaban en las cocinas de las casas, al canto del fuego. Doña les enseñaba a leer y a escribir y dejaba para mosen las cuentas, que para eso tenía un especial talento. Los que bajaban a la Ribera con la trashumancia como pastores o *repatañes*, apenas pudieron beneficiarse de tan loable iniciativa.

## Jaca, 1969

Los niños estaban en la escuela hasta los diez o doce años. Alguno aguantaba hasta los catorce. Cuando se examinaban de Ingreso de Bachiller, su formación en la escuela local había llegado a su fin.

Para continuar estudiando, los que podían permitírselo y lo hacían, debían salir a estudiar fuera. Había quién tenía parientes en Jaca, Huesca o Zaragoza y pasaba con ellos el curso escolar. Pero la inmensa mayoría se quedaban internos en Jaca o en Huesca.

En esa ciudad, la más cercana al pueblo, a menos de una hora de coche, los chicos iban a los Escolapios y las chicas a las Monjas. En Huesca estaban los Salesianos y San Viator para ellos y Santa Ana y Santa Rosa para ellas.

En septiembre de 1969 bajaron tres chavales de Ochos a los Escolapios de Jaca: Juan de Campo, Felipe de Malyerno y Matías de Chuanmiguel. En el colegio había media docena más de este pueblo. Algunos ya se afeitaban, como Carlos de Pelau y Josetín de Laplaza.

Normalmente se turnaban entre los padres para llevar y recoger a los niños en el colegio. Cuando el Land Rover de casa Campo paró en la puerta del viejo colegio de la Calle Mayor, el Padre Javier, como Director de Internos, estaba en la portería para recibir a los chicos y a sus familias.

Su figura impresionó a los tres neófitos.

-¡Hala! ¿Te has fijado cómo se peina?

-Y no para de fumar. Mira, lleva las mangas de la sotana llenas de quemados del cigarro.

-Con ese pelo, parece una calavera.

-Sí, me han dicho que le llaman “El Cala”.

-No sé, me cae mejor mosen Félix.

El viejo colegio constaba de un edificio de planta cuadrangular, con un claustro en medio, una iglesia barroca y un patio de recreo –con frontón- a mediodía.

Las aulas de Infantil y Primaria estaban en la parte este. La cocina y comedores se ubicaban en la primera planta, las duchas y servicios en la segunda y los dormitorios en la última, bajo la falsa. Las aulas de Bachillerato estaban en el Seminario Conciliar, en el entonces Paseo General Franco. Allí estudiaban los mayores, pero residían en el colegio de la Calle Mayor.

Conforme iban entrando, antes de llegar a los dormitorios, fueron saludando y conociendo al Padre Mariano, que era el Rector; al Padre Pereda, profesor de primaria; al Padre Sanzol, profesor de francés; al Padre Santiago, profesor de dibujo y manualidades; al Padre Gimeno, profesor de ciencias naturales; al Hermano Casimiro, que era el administrador; al Hermano José, que era el cocinero, al Hermano Damián, que era el enfermero y el profesor de parvulitos y a alguno más que sería prolijo citar.

En el colegio había cuatro clases de alumnos: Externos, internos, mediopensionistas y fámulos. Los primeros vivían en sus casas y acudían solo a las clases. Los segundos residían en el colegio durante toda la semana. Los terceros se quedaban a comer a mediodía en el colegio. Los últimos eran los que, por dificultades económicas o de otra índole, en sus casas no podían costearles la educación o la manutención. O las dos cosas. Y a cambio de realizar determinadas tareas, como portería, limpieza, cocina y recados, estudiaban o residían gratis. O las dos cosas. O tenían el recibo rebajado. Incluso alguno pagaba la pensión en especie. Que si un saco de harina. Que si un par de corderos. Que si un par de sacos de patatas. Eran otros tiempos. Y el sistema funcionaba con eficacia.

El Padre Javier era navarro, de San Martín de Unx. Era muy delgado, seco como una caña. Su cara transparentaba todos los huesos del cráneo.

Su dentadura, o lo que quedaba de ella, estaba completamente desportillada. Como sufría de alopecia, con un mechón de pelo cubría toda su calva. Se peinaba *estilo ensaimada*. Su figura, pues, era difícil de olvidar. No pasaba desapercibido. Aún no había cumplido los cuarenta años. Derrochaba energía. Además de dirigir el internado, enseñaba literatura e historia. Destilaba autoridad por los cuatro costados. Con una sola mirada era capaz de dominar a un centenar de chavales. Con un solo gesto, automáticamente se cumplía su voluntad. Leía mucho. Era un lector empedernido. En la sala de estudio, en el dormitorio, en sus ratos libres, siempre llevaba un libro en la mano. Era recto, justo, íntegro, noble y legal. No necesitaba usar castigos ni sanciones. En aquellos tiempos eran habituales las bofetadas y los golpes con la regla, pero la verdad es que no todo el mundo comulgaba con esos métodos. Con el Padre Javier, si acaso, los alumnos crecían en estatura cuando les estiraba de las patillas, pero nada más. A los profesores jóvenes, bien religiosos, bien laicos, les aconsejaba:

-Nunca, bajo ningún concepto, deis una torta a un chico. Algún pequeño capón vale, pero nunca deis una bofetada. Os equivocaréis. Tampoco saquéis a nadie al pasillo. Será el mayor fracaso de vuestra vida. Ni humilléis nunca a ningún chico. Mirad que el día de mañana puede llegar a ser Ministro de la Gobernación.

Fumaba más que un carretero. Dicen que tres paquetes diarios de *Ducados*. Por eso, los alumnos, cuando llegaba su cumpleaños, el 5 de noviembre, se escotaban entre todos y le regalaban un cartón. Lo hacían con cariño, no por obligación. A pesar de su rectitud, los chicos le querían sinceramente. Ese día, el Padre Javier, a la hora del estudio les dejaba tiempo libre para salir por la ciudad.

Los internos se levantaban a las siete y media. Después del aseo, bajaban a la iglesia y después de rezar, a desayunar. Las clases matutinas se distribuían de nueve y media a una y media. Después de comer había un buen rato de recreo. Las clases vespertinas se daban de tres y media a cinco y media. Después de merendar venía una hora de deporte. Y de siete a ocho y media les esperaba la sesión de estudio dirigido, o mejor dicho vigilado. Los alumnos hacían sus deberes, completaban sus tareas y estudiaban para sus exámenes. Todo y todos bajo la atenta vigilancia y supervisión del Padre Javier. A las nueve menos cuarto cenaban. Y a las diez de la noche, los buenos estudiantes ya podían subir al dormitorio. En cambio, los que necesitaban más tiempo para estudiar, sobre todo en

época de exámenes, así como los que tenían suspensos o estaban castigados, tenían una hora suplementaria de estudio hasta las once. Más tarde, por la cuenta que traía al personal, en el dormitorio ni se debía oír ni se oía una mosca.

En el comedor, los alumnos se sentaban en mesas de cuatro. Entre ellos, por turnos, se encargaban de servir el menú y luego de limpiar las mesas, recoger el comedor y prepararlo para la siguiente comida, cena o desayuno. Por encima de ellos estaban los fámulos, que eran quienes se encargaban de dirigir dichas tareas. Comían antes o después, pero aparte de sus compañeros. Aunque parezca un contrasentido, su posición era envidiada porque gozaban de cierto poder y podían comer todo lo que querían y de lo querían, sin que el Hermano José les dijese nada en contra. El Padre Javier presidía el comedor. Su mesa estaba sobre un estrado de madera. Frecuentemente subían a su mesa uno o dos chavales a comer con él. Eran chicos que no comían bien, porque no les gustaba el menú o porque echaban de menos la comida de casa. Alguno estuvo abonado a la mesa del Padre Javier durante todo el curso.

La mayor parte del centenar largo de alumnos internos se quedaba en el colegio los fines de semana. Había libertad plena para marchar a casa los viernes tras acabar las clases y volver los lunes a primera hora, pero casi todos se quedaban los fines de semana. Solo se iban a casa los de los pueblecitos cercanos a Jaca. Muchos internos solo iban a casa para Navidades, Semana Santa y verano. Otros, a lo más iban a casa cada quince días o una vez al mes.

Los horarios de los fines de semana variaban según la época del año, claro. En invierno podían subir a esquiar a Candanchú con el Hermano Damián, verdadero promotor del esquí infantil en Jaca. En cambio en otoño y primavera primaban las excursiones por los alrededores o a lugares tan emblemáticos como San Juan de la Peña, la Peña Oroel, Canfranc, Ansó y Hecho o la Selva de Oza. Los sábados pasaban la mañana entre un par de horas de estudio y un partido de fútbol. Por la tarde había juegos de mesa, lectura y tiempo libre. La mañana de los domingos transcurría entre una hora estudio, misa a las once y tiempo libre. Pero la mayor atracción del fin de semana la constituía el cine. Todos los domingos por la tarde se proyectaba una película en el salón de actos. Además de los alumnos externos que querían, venían las chicas que estaban internas en las Benedictinas y, claro, el momento era lar-

gamente esperado por unos y por otras. Por eso el castigo más grave que podía infligirse a un alumno, interno o externo, era dejarlo sin cine el domingo. Después de la sesión de cine, los fámulos barrían el Salón de Actos. Era una también una tarea envidiada pues siempre aparecía algún paquete de pipas, alguna que otra chuchería y hasta alguna moneda. Los fines de semana, cuando el volumen de tareas escolares y exámenes no bastaba para rellenar las horas fijas de estudio, el Padre Javier reunía a los chicos en la sala y les repartía tebeos y libros, de manera que tuviesen el tiempo ocupado y que no se les oyese por los pasillos y los patios.

## Ochos, a partir de 1970

Con la nueva Ley de Educación, los niños podían estar en la escuela local hasta los 11 años, o sea, hasta acabar 5<sup>º</sup> de EGB. Para cursar la segunda etapa, podían ya hacerlo en Biescas, quedándose a comer y subiendo a casa por la tarde. No obstante, muchos siguieron saliendo a los internados.

Doña Hortensia se jubiló en 1990, tras cuarenta años de docencia ininterrumpida en Ochos y con sesenta años cumplidos de edad. Se fue a su Sariñena natal. Los veranos, de vez en cuando, le gustaba darse alguna vuelta por el pueblo que fue todo para ella durante cuatro décadas.

Continuó en la escuela don Francisco, un maestro joven que ejercía en Tramacastilla y vivía con su mujer en el vecino Escarrilla, de donde ella era la maestra. El había entrado en el cuerpo de Maestros por oposición. Ella lo hizo por *Acceso Directo*, un premio a los alumnos más brillantes. Los dos formaban un *Matrimonio Pedagógico*. Con estas dos fórmulas, la Administración se aseguraba la cobertura de las plazas lejanas a la capital y facilitaba la conciliación de la vida familiar.

La escuela continuó como siempre, pero con las innovaciones del momento. La gran diferencia es que el maestro ya no se quedaba en Ochos, pero todos sabían que estaba a pocos kilómetros y llegaba en diez minutos escasos. Los niños aprendieron a esquiar con la *Operación Aguilucho*, promovida por don Ángel García Pomar, el maestro de Biescas. También empezaron los intercambios con los franceses, las excursiones y algún mini viaje de estudios, todos ellos con los alumnos de las escuelas vecinas, porque si no, no se llenaba el autobús.

## Ochos, 2005

Tras el último *concurso*, don Francisco se trasladó definitivamente a Huesca. Su esposa ya lo había hecho poco antes, cuando se cerró la escuela de Escarrilla. Al fin y al cabo tenían allí un piso comprado y sus hijos, que ya empezaban a ir a la Universidad, reclamaban otros horizontes.

Se hizo cargo de la escuela Mónica, una maestra casi tan joven como doña Hortensia cuando llegó a Ochos y tan dinámica o más que ella. Tenía veintitrés años. Era interina. Como no había aprobado la última oposición, todavía no tenía plaza fija. Mónica era de Huesca. Nunca había salido de su ciudad. Como la plaza era de difícil cobertura, nadie se la disputó.

-A ver cuándo convocan la siguiente oposición -pensaba-. Si no, esto de estar cada curso de aquí para allá es un sin vivir.

La escuela de Ochos seguía siendo unitaria, pero con muchos menos alumnos. Ahora solo había cuatro niños y tres niñas. Todos de Educación Primaria, pero de diversos cursos.

El primer dilema que tuvo Mónica, cuando llegó al pueblo, fue el de la vivienda. Por supuesto que no se iba a quedar a vivir en Ochos y menos en la vivienda de la antigua maestra. Y eso que el ayuntamiento ofreció pintarla y ponerla al día. Así que, los dos primeros meses, que aún hacía buen tiempo, bajaba a su casa y subía todos los días desde Huesca. Con dos pelotas. Eso sí, como Dios los cría y ellos se juntan, se unieron entre cuatro maestros de la zona y al menos se ahorran la molestia de conducir por una carretera llena de obras y un montón de dinero en gasolina. Algunos podían comer en el colegio. Pero Mónica se llevaba la comida de casa en un *tupper* y se la comía en la escuela en el rato de mediodía. Se llevó un microondas. Si no había nada especial o alguna reunión extraordinaria, a las cinco de la tarde cerraban las escuelas y hasta el día siguiente. Abrían a las diez.

Pero con la llegada de las primeras nieves, entre tres de las maestras de la zona, se buscaron un pisito en Sabiñánigo y allí vivían de lunes a viernes. La pequeña ciudad les ofrecía muchos más alicientes que la aldea. Sobre todo en invierno. Podían acudir a la Escuela de Idiomas, al Conservatorio, a informática, a yoga, *spinning*, *pilates* y a un montón de actividades. Además, si les apetecía quedarse a esquiar algún fin de semana, o hasta quedar con amigos, ya tenían el techo asegurado.



-Y si no, ¿qué haces allí toda la tarde, todos los días, más que aburrirte como una ostra? –le decía Mónica a Vanesa-, otra maestra amiga suya.

-Di que sí, chica, y luego, eso de salir de casa y encontrarte en la calle con los padres de tus alumnos, como que no mola ¿no? O que te estén esperando los críos detrás de cada esquina... Mira, el año pasado a mi me metían pilas de las gordas en el tubo de escape del coche para que no pudiera salir del pueblo...Y algún día tuve que llamar a la grúa... Vamos, que no, que es como estar las veinticuatro horas en el tajo. Eso en Zaragoza no pasa.

En invierno las carreteras solían estar limpias. Pero cuando la nieve dificultaba el tráfico, la Administración pedía a los maestros que se buscasen una habitación en el lugar donde ejercían. De esa forma los niños no perdían clase, ni tampoco los maestros se exponían a peligros innecesarios. Pero, en la práctica, nadie siguió aquella recomendación.

La escuela seguía funcionando muy bien. Siempre fue un modelo. La savia nueva siempre se nota en las aulas. Y cuando los maestros o maestras son jóvenes, contagian ilusión y frescura por los cuatro costados. Las paredes del aula se llenaron de murales. Los maestros especialistas que pasaban por aquella escuela enseñaron un montón de canciones nuevas. Los chicos conocieron juegos y deportes que jamás habían soñado. Entraban sonrientes a las diez de la mañana. Sería mucho decir que se marchaban tristes a las cinco de la tarde. Todos hemos sido niños.

El primer día que llegó y se reunió con las familias leyó y les repartió un poema de Gabriel Celaya. Hizo un cartel con el texto y presidió la escuela de Ochos durante todo el curso:

Educar es lo mismo  
que poner un motor a una barca...  
Hay que medir, pensar, equilibrar...  
y poner todo en marcha.

Pero para eso,  
uno tiene que llevar en el alma  
un poco de marino...  
un poco de pirata...  
un poco de poeta...  
y un kilo y medio de paciencia concentrada.

Pero es consolador soñar,  
mientras uno trabaja,  
que ese barco, ese niño,  
irá muy lejos por el agua.

Soñar que ese navío  
llevará nuestra carga de palabras  
hacia puertos distantes, hacia islas lejanas.

Soñar que, cuando un día  
esté durmiendo nuestra propia barca,  
en barcos nuevos seguirá  
nuestra bandera enarbolada.

Aún debe quedar alguna copia clavada en una de las carteleras.  
El que tenga algo que objetar, que lo diga... Pero ¿es que algún maestro  
vocacional no ha pensado ni soñado nunca así?

## 3.- Siempre ha habido curas... y otros que no tienen cura

### Ochos, 1950

En Ochos tenían un cura flamante. Se llamaba mosen Félix Begué Navarro. Había nacido en Luesia, en el corazón de las Cinco Villas, el más fructífero semillero vocacional de la diócesis de Jaca. Ya no era joven, pero tampoco viejo. Frisaba la cuarentena. Llegó a Ochos en segundo ascenso.

Fue ordenado sacerdote en 1935, en la catedral de Jaca, por el obispo don Juan Villar Sanz, junto con seis compañeros más. Su primer destino fue la aldea de Aurín. Durante la Guerra Civil fue movilizado en el bando nacional, participando activamente en la Batalla del Ebro, no solo como capellán sino como sanitario y camillero. Al acabar la contienda, volvió a la diócesis y, como primer ascenso, ocupó la parroquia de Sabiñánigo pueblo, con su anejo El Puente. Diez años más tarde, ascendió por méritos, asumiendo el nombramiento de Cura Ecónomo de Ochos. Ya no se moverá de aquí.

En el Valle había cinco sacerdotes más, mosen Eusebio en Sallent, mosen Miguel en Panticosa, mosen Francisco en Tramacastilla, mosen José en Hoz y mosen Dionisio en la zona meridional de Piedrafita y Búbal. En Biescas estaba mosen Vicente.

Mosen Félix tenía un temperamento jovial y abierto, emprendedor y servicial, campechano y natural como la vida misma, como todo hijo de las Cinco Villas.

En el pueblo, su principal ocupación, era la cura de almas y la atención

pastoral de la parroquia. Celebraba misa todos los días y rezaba el rosario. Administraba con celo los sacramentos y enseñaba con dulzura la Doctrina Cristiana. Pero sus inquietudes superaban ampliamente los gruesos muros de piedra de la vieja iglesia parroquial.

Los años que estuvo en el frente le proporcionaron unos conocimientos y una praxis de medicina y enfermería que para sí muchos profesionales quisieran. Por eso la gente de Ochos decía que, además de cura, mosen Félix era médico.

A media noche, a veces le llamaban:

*-Mosen, bienga ta casa que ro zagal tiene unas calenturas que ba a pegar fuego a ra casa.*

Llegaba mosen Félix y, antes de que pudiese haber llegado el médico don Ignacio, el pobre crío había recibido una correcta atención primaria. El médico recetaba unas inyecciones, pero no hacía falta llamar al practicante, mosen Félix se las ponía en día y hora conveniente.

Años atrás no solo estaba mal visto trabajar en domingos y festivos. Sino que el hecho podía ser constitutivo de sanciones económicas. Hubo curas, guardiaciviles y gerifaltes locales del Movimiento que denunciaban. Por eso cantaban en el Valle:

*Antes d'ir a fer leña  
o a rancar patatas,  
b'eba qu'ir ta misa,  
sí no te jodeban  
zingüenda duros de multa.*

Mosen Félix nunca denunció a nadie. Si acaso convenía con los presuntos infractores la virtud de guardar el cuarto mandamiento de la Ley de Dios y el primero de los de la Santa Madre Iglesia. Tampoco lo hizo el Comandante de Puesto. Así ganaron muchos puntos entre la población.

En la escuela de Ochos mosen Félix enseñaba Doctrina Cristiana e Historia Sagrada, pero, cuando por el motivo que fuese, faltaba doña Hortensia, la maestra titular, antes de que el Ministerio respirase, él se hacía cargo del aula. Así los alumnos no perdían escuela. Sus especialidades eran las cuentas y los dictados. Los críos sumaban y restaban con problemas de gallinas y conejos. Multiplicaban y dividían con problemas de vacas, ovejas y pastores. Los dictados los sacaba de los afamados *cuentos de Calleja*, muy populares por entonces y muy conocidos por los alumnos.

Cuando llegó al pueblo, cobraba escasamente quinientas pesetas al mes. El resto de sus emolumentos le venía por estipendios y otras celebraciones sacramentales.

Tenía huerto y lo cultivaba. Las patatas, nabos, coles, ensaladas y demás verduras y hortalizas que consumía eran de producción propia. No tenía gallinas ni conejos, porque los vecinos le daban huevos y todo cuanto precisaba. Por lo mismo, tampoco criaba *cochín*. Era muy aficionado a la arboricultura. De su tierra natal se trajo un montón de plántones de *manzaneras*, *pereras* y alguna *zirgüellera*. En el país había buenas *zerezeras* y *parreras*, pero por lo frío de la climatología, tampoco se daban bien otros cultivos. El caso es que, en menos de una década, llenó el pueblo de árboles frutales, lo que le valió el reconocimiento del médico don Ignacio, pues según decía, se notaba en la consulta el consumo de vitaminas.

Siempre, o casi siempre, tuvo casera. Nunca hubo una fija. Se iba una y venía otra. Eran sus sobrinas, pero las de verdad, no como otros que las llamaban así, pero que no tenían parentesco alguno con mosen. Eran las hijas de sus dos hermanas, que pasaban largas temporadas con él y, a la vez que se ganaban alguna perra, iban aprendiendo sobre la marcha los rudimentos de la cocina y del hogar. Empezó la más mayor, Pilarín y terminó la más pequeña, Angelita. Entre medio, pasaron Marcela, Elena y Paulina. Cuando una se iba a casar o ya festejaba en serio, se retiraba del oficio y dejaba el puesto a su hermana o a su prima. Con un telegrama bastaba. De ellas, tres se casaron en Luesia o en los pueblos cercanos, dos se quedaron en el Valle.

Después de comer, iba todos los días al bar que tenían en casa Gabás a jugar al guiñote. Solían coincidir en la misma mesa el sargento don Vicente, el alcalde don Francisco Naverac, de casa Ferrero, el médico don Ignacio y mosen Félix. El cura era pareja codiciada pues entendía mucho de números y llevaba muy bien las cuentas de los cuatro palos. Se jugaban solo el café.

## Ochos, 1965

La parroquia de Ochos, como todas, o casi todas, tenía su cuerpo de monaguillos. Casi todos empezaban a los siete años, cuando iban a hacer su Primera Comunión y terminaban cuando las sotanas rojas que llevaban se les quedaban cortas y enseñaban las pantorrillas, éstas ya peludas.

Su tarea consistía, en ayudar a misa y asistir al sacerdote en las celebraciones, encender y apagar las velas de la iglesia, tocar a misa, repartir la hoja *Luz y Guía* y cualquier recado o encomienda que mosen precisase. El cura siempre les daba algo, bien en especie, bien del fruto de la bandeja, con lo que los zagales quedaban más que contentos.

Uno de aquellos monaguillos, Juan Piedrafita Orús, de casa Argelés, quiso ser como su mentor mosen Félix e ingresó en el Seminario de Jaca. Tenía doce años. Era el pequeño de tres hermanos varones, Ramón y Pedro. En casa no le pusieron ninguna pega, al revés, estaban encantados.

Con doce años, como todos los niños que acudían a tan benemérita institución, fue matriculado en Primer Curso de Latín y Humanidades. Tenían que aprender bien el latín, la lengua de César y Cicerón, la lengua de la Iglesia, porque el resto de la carrera, o sea la Filosofía y la Teología, la estudiarían en latín. O sea, a ver si nos entendemos, aquellos chicos no estudiaban el latín, estudiaban en latín. Dificilmente aquellas cabezas, aquellas mentes, podían llegar a intuir que iban a adquirir una preparación tan superior y un amueblamiento intelectual de semejante calibre.

No hubo necesidad de conseguirle beca alguna ni de que pagase solo media pensión. En su casa podían pagar muy bien la pensión del Seminario, una vez que habían vendido los corderos. Tanto mosen, como doña Hortensia la maestra, como el alcalde, giraron sendos certificados de buena conducta tanto personal como familiar. En Jaca, un sacerdote, mosen Luis Calvo Bescós, hacía de intermediario entre el Seminario, la familia de Juan y el Párroco de Ochos.

Los tres primeros cursos, de Latín y Humanidades, además de la lengua de César y Cicerón estudiaban Geografía, Historia y Literatura. Después, ya con dieciséis años, estudiaban tres de Filosofía, pero atendiendo también a las Matemáticas, la Historia Natural, la Física y la Química. Finalmente, y ya con diecinueve o veinte años, estudiaban tres años de Teología, tocando también la Economía y el Derecho.

En el Seminario, desde el primer día vistió sotana negra, fajín azul y bonete. De octubre a abril se levantaban, a toque de campana, a las seis de la mañana. El resto del año, a las cinco y media. Tras el aseo, acudían a la capilla, después a desayunar y pasaban toda la mañana en clase. Después de la comida y oportuno recreo, pasaban la tarde entre el estudio, partido de fútbol, rosario y lectura espiritual. En época de buen tiempo podían sustituir el fútbol por paseos por el campo, mu-

chas veces con merienda incluida. Tras la cena, se retiraban a la capilla y a las diez de la noche, todo el mundo debía estar acostado y con las luces apagadas.

Los fines de semana era frecuente que los seminaristas se repartiesen por las iglesias de la ciudad y de los pueblos cercanos a Jaca para aprender bien la liturgia y las rúbricas. De paso se encargaban de la catequesis de los niños de primera Comunión y enseñaban cantos y otras devociones a los feligreses. Les encantaba ir a Barós, Banaguás, Guasa... Se lo pasaban bien y además aquellas buenas gentes siempre les daban de merendar.

No estaban muy bien vistas las visitas, ni siquiera por parte de sus familiares, a no ser por algún motivo grave y comunicándolo antes al Rector. Para el contacto familiar estaban las vacaciones estivales. Eso sí, pero siempre tuteladas y vigiladas por el cura párroco del pueblo.

Juan era alumno brillante. Sacó casi toda la carrera con *Meritissimus*. En su *curriculum* solo había un par de *Benemeritus*. Tras ordenarse sacerdote, con veinticuatro años, los superiores le aconsejaron marchar un par de años a Comillas, a obtener la Licencia en Teología y poder optar así a dar clase en el Seminario o en cualquier Facultad Eclesiástica, como así fue.

## Ochos, a partir de 1965

El Señor Obispo, don Ángel Hidalgo, había trasladado a Murillo de Gállego a mosen José Alastuey, hasta el momento párroco del vecino Hoz de Jaca.

Mosen Félix, perro viejo, le dijo a su compañero:

-José, ya sabes, cuando te llaman a Palacio, si no te han jodido te van a joder, más deprisa que despacio.

Y mosen José, que era de Santa Eulalia de Gállego, le decía:

-¡Hola, Félix!, que yo ya soy viejo y me voy a mi tierra. En la puerta de casa estaré como un rey.

-Bueno José, visto así, no te digo nada.

Pero, el Señor Obispo, en lugar de mandar otro cura residente a Hoz, llamó a Palacio a mosen Félix y le dijo:

-Mosen Félix, viendo las cualidades que concurren en su persona y admirando su celo apostólico, le comunico que, a partir del día 1 del mes

que comenzará, deberá hacerse cargo también de la parroquia vecina de Hoz de Jaca.

El bueno de mosen Félix no dijo nada. Y eso que, entonces aún no faltaban vocaciones. Cada domingo, o cuando era requerido, el cura se montaba en un macho y celebraba la misa o lo que fuese necesario en el vecino Hoz. Solo eran treinta minutos de cabalgada para subir y otros tantos para volver. Por eso no le subieron la paga, pero los estipendios compensaban los viajes y el esfuerzo.

Pocos años más tarde se jubiló mosen Dionisio Santander, que atendía toda la zona de Búbal, Saqués y Piedrafita. Lo mismo. Llamada a Palacio:

-Mosen Félix, haga lo que pueda y como pueda, pero atienda a esas pequeñas parroquias. Hasta donde llegue. Y si no llega, no se preocupe, nos lo diga, ya le mandaremos refuerzos, aunque usted, seguro que no los necesitará.

Así que, como entonces no se podían decir más de tres misas en un domingo, mosen Félix en Ochos celebraba todos los días, festivos y domingos y en los otros lugares lo hacía cada quince días. Un domingo iba a Búbal y a Hoz y el otro a Saqués y Piedrafita.

No se jubiló mosen Félix. El obispo, en atención a su persona, a su buen hacer y a sus méritos, a final de los años setenta lo nombró canónigo de la S. I. Catedral y el cura terminó sus días en Jaca. Todo un premio. ¡Cuántos curas hubieran querido! Allí murió en 1988. Lo bajaron a enterrar a su Luesia natal.

Ochos fue atendido, desde entonces, por el cura de Tramacastilla. Primero vino mosen Albino, luego mosen Manuel. Acabó yendo el cura de Biescas, mosen Antonio. La verdad es que era todo más sencillo, pues más de la mitad de la población meridional del Valle había emigrado. Unos lo hicieron por la inundación que provocó el Pantano de Búbal. Otros por la demanda de mano de obra de las fábricas de Sabiñánigo. Y otros, en busca de horizontes más atractivos. El cura solo tenía que saber conducir y tener un automóvil o una *motoreta*.

Años más tarde recordarían a mosen Albino por las excursiones que hacía con los monaguillos de todos los pueblos al Parque de Atracciones de Zaragoza. Y a mosen Manuel por los partidos de fútbol que organizaba con la juventud, y por ponerlos firmes a todos tras el minuto noventa. De mosen Antonio contaban miles y miles de hazañas cinegéticas, unas verídicas de verdad, otras no se sabe ni se sabrá.



## Ochos, 2005

El Señor Obispo, don Jesús Sanz Montes, que por disposición de la Sede Apostólica, era también obispo de Huesca, mandó a Ochos y, ya, claro, a todos los pueblos circundantes, a un cura recién ordenado, que había estudiado toda su carrera en España, pero era oriundo de Medellín, en Colombia. Se llamaba mosen Óscar Augusto Velázquez Baroja.

Cuando lo presentaron, los más prudentes decían:

*-¡Alabado!*

Otros:

*-Pero iste mozé ¿ya saprá leer? ¿De do lo abrán sacato? Ye un crío.*

*-¿Pero que no ne b'ha más de curas en o país que tienen que ir a buscá-ne fuera?*

*-A ixé cureta, as mozetas lo malmeterán. Ya berís...*

Pero el caso es que en un mes, aunque continuaba la sorpresa, todo el mundo estaba encantado con el cura americano.

*-¡Oy!, para cuenta qué bien habla en misa...*

*-Y qué cariñoso que ye, no como ixé cazicón que tenébanos antis. Nomás iba con os ricos...*

Claro, que no todo eran rosas:

*-¡Ah, pues! Pronto ha aprendito. Pide igual que l'autro. Se bey que los enseñan bien en o Seminario. Seis años pa pedir y autros seis pa no dar.*

*-¡Ola! Que tendrá que mandar bela perra ta casa suya... Pobrón.*

*-De pobrón cosa, lo que ye un frescachón. Yo no pienso dá-le.*

*-¡Ah! Pues yo sí, mira qué bien se porta con l'agüela de casa nuestra. Tos os días pasa a bié-la.*

En verano se iba de vacaciones a su país, y como estaba lejos, faltaba por lo menos un mes. Le sustituían algunos curas de Zaragoza que, a su vez, pasaban sus vacaciones en el Valle. A la vuelta traía recuerdos y regalos para todos. Que si monederos, llaveros, muñecos, lanas, chucherías... Para todos tenía. Si alguien le ayudaba con los pasajes o las obras que allí atendía, él se esmeraba más. Pero, como decimos, para todos había. Y a todos traía siempre algo.

Estaba mirando a ver si podía traerse a alguna de sus hermanas a España. Pero así como no había problema para encontrarles algún empleo, sin embargo los trámites de emigración y residencia, frenaban mucho sus aspiraciones. A sus padres ni siquiera se planteó traerlos, eran ya mayores.

## 4.- Matasanos y matacanes

### I.- Matasanos

#### Ochos, 1950

Ochos tenía fama de buenos médicos. El Ayuntamiento siempre había velado porque vinieran al pueblo los mejores facultativos. El médico de Ochos era don Ignacio Lozano Arbués, que era sobrino nieto del famoso doctor zaragozano don Ricardo Lozano Monzón. Su tío había nacido en Daroca, pero a don Ignacio lo parieron en Zaragoza. Allí, en su Facultad de Medicina, estudió la carrera y se doctoró en Medicina y Cirugía.

Vino a Ochos casado y con dos niñas pequeñas. Mejor dicho, llegó al pueblo y en cuanto vio que la Casa del Médico estaba en buenas condiciones, fue a buscar a su familia. Su esposa se llamaba Mercedes y las niñas Mercedesitas y Milagritos. Tenían cuatro y dos años respectivamente. Mercedes era enfermera. Había estudiado con la Sección Femenina y le prestaba a su marido un apoyo impagable.

Don Ignacio cobraba dos mil pesetas al mes. En un primer momento, las pagaba el Ayuntamiento. Más que un maestro, pero poco para un médico. Para complementar sus emolumentos, él, como todos los de su oficio, pasaba una iguala mensual de cinco pesetas por familia a sus pacientes. En casos de individuos solos y otros especiales, la iguala costaba solo dos cincuenta. De esa forma, ellos se aseguraban la asistencia del doctor, tanto en la consulta como en sus hogares, y él podía cubrir sus necesidades tanto personales como profesionales. La iguala no cubría los partos, tampoco las especialidades que llevaban a cabo los dentistas y oculistas. El alguacil del Ayuntamiento, Pablo José del Royo, se encargaba de cobrarlas mensualmente. Rendía cuentas a final del año. Por ese trabajo, percibía un diez por ciento de la recaudación. En aquellos tiem-

pos en que ni la sanidad era universal ni gratuita, cuando las circunstancias no eran favorables, algunos vecinos se veían obligados a demorar el pago de las igualas hasta que vendían los corderos, los terneros o les pagaban la leche que ordeñaban y los huevos que vendían. Y Pablo José, conoedor al milímetro de las vicisitudes de cada uno de sus convecinos, guardaba los cupones de las igualas correspondientes al año en curso hasta que las tornas venían buenas. Nunca hubo ningún problema. Ni por parte de don Ignacio ni por parte de los vecinos.

También había otra iguala farmacéutica. Un poquito más económica, pero iguala también.

El partido médico de don Ignacio se extendía por varios pueblos de la zona, todos más pequeños que su cabecera. Don Ignacio pasaba consulta en Ochos tres veces por semana. Aunque acudía a las casas siempre que le reclamaban. Los otros días pasaba consulta en el resto de pueblos. En su maletín siempre llevaba los utensilios fundamentales, botiquín de primeros auxilios, medicamentos, inyectables, estetoscopio, medidor de presión, material para coser y grapar... Le asistía un practicante, don Felipe, aunque era tanto el trabajo que tenía, que no siempre estaba disponible. De ahí el impagable papel que hizo su esposa doña Mercedes y el cura mosen Félix que en la Guerra había adquirido profundos conocimientos de medicina. Y los ejercía cuando lo reclamaban.

Las buenas gentes se volcaban en obsequiar al médico y a su esposa. Jamás tuvieron que comprar nada, excepto el pan de cada día y poco más. Continuamente recibían en agradecimiento a sus buenos oficios huevos, pollos, gallinas, conejos, quesos, verdura, repostería casera, hasta truchas y piezas de caza... Y cuando venían las *matazías*, ya cerca de las navidades, la despensa se les llenaba de morcillas, *tortetas*, chorizos, longanizas, jamones... Y hasta botellas de coñac y algún cabrito y cordero.

Al principio, para sus desplazamientos, don Ignacio empleaba La Tensina, el Ford, o bien los camiones de los maderistas o los de las eléctricas, entonces tan abundantes en estas carreteras. En pleno invierno, con las nevadas que caían, cuando lo precisaban en los pueblos, venían a buscarlo con un macho. Cuando ya llevaba un año en el pueblo se compró una Vespa. Al principio la conducía sin carnet. Tampoco hacía falta, pero cuando el sargento don Vicente le reconvino en la necesidad de hacerlo, no tardó nada en sacárselo. Y tras la Vespa se compró un SEAT 600. Era de color crema. La matrícula era HU-9678. En el salpicadero llevaba puesta una pegatina con el emblema de los médicos para que pudieran

reconocerle en caso de alguna urgencia.

Aunque don Ignacio vivía en Ochos y allí tenía su consulta, la gente a veces se lo pensaba dos veces antes de acudir a él. No es que hubiese desconfianza. Qué va. Es que estaban acostumbrados desde siempre a resolver sus problemas por sí mismos.

Cuando alguien cogía un catarro, se le daba agua cocida con azúcar y vapores de sauco. También cataplasmas de *linosa*. Si el catarro era fuerte o había peligro de pulmonía, se aplicaban al enfermo ventosas en la espalda. Para los dolores de muelas, antes que acudir al terrible dentista, aplicaban vapores de sauco y de malvas. Para las lombrices hacían unas purgaciones con agua caliente y azúcar, para que salieran del intestino. Para los dolores lumbares, calentaban un ladrillo y lo aplicaban en la parte dolorida. Para las ronqueras, afonías y dolores de garganta, aplicaban una media de lana en cuello, llena de ceniza o de sal bien caliente. Y también hacían gárgaras con limón, vinagre y sal. Para bajar la fiebre aplicaban una toalla mojada en el vientre y envolvían al enfermo en mantas secas. Para cualquier herida con sangre, si no había otra cosa a mano, o bien la desinfectaban con vino rancio y aceite, o bien le aplicaban una telaraña bien gorda. Para sacar pinchos y astillas clavadas en la carne, en lugar de ir al practicante, ponían un trozo de tocino sobre la herida y la vendaban hasta que ésta reventaba y salía el objeto clavado. En caso de fracturas, normalmente entablillaban o empalmaban con pez. Si era grave, directamente llevaban al herido a Jaca.

Tampoco le solían llamar para los partos. No se sabe si porque siempre se había encargado de eso la señora Modesta de casa Ferias o porque, como no entraban en la iguala, les dolía pagar el trance. Dicen que el doctor cobraba doscientas pesetas por parto. Y era barato en comparación con otros de la zona. Solo se le llamaba en caso de complicaciones extraordinarias. En los casi cuarenta años que estuvo en Ochos, don Ignacio solo atendió personalmente una docena de partos.

## Ochos, 1965

Aunque al acabar la Guerra Civil se recuperaron el Retiro Obrero y el Seguro de Vejez, Invalidez y Muerte, en 1943 nacieron los Seguros de Viudedad y el de Enfermedad. Pero hasta 1963 no entró en vigor la Ley de Bases de la Seguridad Social. En ese momento se creó el Régimen Ge-

neral de la Seguridad Social, gestionado por el entonces Instituto Nacional de Previsión, en conjunto con las Mutualidades Obreras. Esto supuso la supresión de los hasta entonces esquemas de previsión y seguros sociales. A la par comenzó a desarrollarse el sistema de Seguridad Social tal como hoy lo entendemos y conocemos. Aunque no será hasta 1974, cuando se modifiquen y amplíen sustancialmente las prestaciones de asistencia sanitaria. A pesar de las novedades, que se tradujeron en un aumento justo y considerable de los ingresos para los médicos, las igualas no desaparecieron.

Don Ignacio llegó a gestionar un centenar de cartillas directas. A éstas hubo que añadir las de los obreros y trabajadores de las obras hidroeléctricas del Valle, en su mayoría andaluces y extremeños. Y aunque las empresas tenían sus médicos y dispensarios propios, normalmente solo se encargaban de los accidentes laborales.

En la zona había más médicos residentes. En Sallent, Tramacastilla, Panticosa, Biescas había facultativos tan entregados a su labor y buenos profesionales como don Ignacio. Aún recuerdan a don Julio en Panticosa y a don Alfredo en Biescas.

Una de sus principales labores consistía en controlar las vacunas, especialmente a los niños. Entones la viruela, la polio, la difteria, la tuberculosis, la polivalente, etc... eran casi cuestión de vida o muerte.

Este era, además de médico de atención primaria, traumatólogo, cardiólogo, oftalmólogo, otorrino, urólogo y todo lo que se quiera. Trataba a los pacientes hasta donde sus conocimientos y medios lo permitían, evitándoles en muchas ocasiones viajes innecesarios a Jaca o a la misma capital oscense. Así, por ejemplo, enseñó a muchas personas a poner inyecciones, de tal manera que, una vez recetadas y compradas en la farmacia, la propia familia o una persona fija del pueblo se encargaba de ponerlas. Lo mismo hacía cuando alguien precisaba un análisis. Don Ignacio extraía las muestras de sangre o recogía las de orina y en persona o por cualquier medio las acercaba a Sabiñánigo o a Jaca para su examen.

Pero claro, aunque un médico rural tiene que ser especialista de todo un poco, y de hecho lo es, determinadas consultas y praxis clínicas, había que hacerlas fuera de aquí.

Para problemas estomatológicos, el dentista más cercano, don Rafael, estaba en Biescas. Aunque muchos optaban por ir a Jaca, a la consulta del doctor Armán o al famoso dentista Marcuello.

Aunque don Ignacio no ponía muy buena cara, algunos tenían seguros

particulares. Pero otros muchos acudían a título particular a médicos especialistas bien a Sabiñánigo, bien a Jaca o más lejos aún. Fueron famosos los doctores Senra y Castellón en Sabiñánigo y los doctores Del Pueyo y Borraz en Jaca.

A la par, las mujeres empezaron a trasladarse de los pueblos para parir. La mayoría lo hacían en Jaca. Allí les asistía el doctor López Belío. Las que bajaban hasta Huesca solían ser atendidas por el doctor Cardús.

De aquellos años se cuentan mil y una anécdotas.

Nada más llegar a Ochos, le llamaron de una casa:

-Don Ignacio, venga a casa que tenemos fiambre.

Don Ignacio pensaba que le invitaban a merendar. Fue y resulta que se había muerto la abuela y había que rellenar y firmar el oportuno certificado de defunción.

O cuando le llamaron de otra casa que el abuelo no podía orinar, fue don Ignacio, lo sondó y lo mandó directamente al Hospital. Allí, el buen hombre, no tuvo otra ocurrencia que decirles a las enfermeras cuando lo iban a sondar:

*-¡Ay, mozetas! No sé si me la bais a alcontrar. Que en zagueras ha benito muy a menos.*

Una vez fue a visitar a una anciana que sangraba por el ano, a causa de una fisura que daba miedo. Al examinarla, vio que la mujer no llevaba bragas. Le dijo:

-Pero señora Justa, ¿no tiene bragas!

Y la señora Justa, ni corta ni perezosa, le contestó:

*-¡Ay, don Ignacio! No l'en diga a ra choben de casa. Me faga o fabor. De tener en teneba, pero me escuezco.*

Cuando llegaron los primeros supositorios, hubo que derrochar pedagogía, pues los enfermos pensaban que se tomaban por vía oral.

-Señor Jacinto, ¿qué tal le fue la receta que le di el otro día?

*-¡Ay, don Ignacio! Me paize que no me an fecho efeuto*

*-¿Nada?*

*-¡Cosa! Lo que no los podeba pasar ni con bino ranzio.*

-¡Pero, hombre! ¡Pero, hombre! Que no se comen, que son para ponérselos por atrás.

En otra ocasión, aprovechando que había subido a un pueblo a atender un parto complicado, un vecino le llamó:

-Don Ignacio, venga a casa que la cría está muy mala.

-Y ¿qué le pasa?

-Pues mire, la garganta, que no puede hablar y se le ha puesto como un botico inflado.

Llegó a casa don Ignacio y, tras reconocerla, vio que solo se trataba de anginas. Muy fuertes, eso sí, pero solo anginas. Como llevaba penicilina en el maletín les dio un tubo de pastillas y les dijo a sus padres que le diesen una cada ocho horas. Como la familia estaba agradecida y la cría parece que empezó a mejorar tras la primera pastilla, la dueña le preguntó:

*-A bier don Ignacio, si le foy un par de güebos fritos ¿se los comerá?*

-Pues no me los voy a comer, mujer. ¡Con el tute que llevo esta tarde! Ya se los estaba terminando de comer, cuando le preguntaron:

*-Oiga don Ignacio, si a ista zagala nuestra, con o güebo frito le damos una de esas ostias que nos ha portiato, ¿se curará antes?*

En otra ocasión, un domingo por la tarde, paró en Ochos uno de los ingenieros de OCISA, que bajaba del valle con su mujer. Ésta no se encontraba bien. Por lo visto había sufrido un corte de digestión. Don Ignacio, tras reconocerla, se tuvo que oír:

-Oiga doctor, no sea usted bruto, que a veces parece que ustedes han salido de la Facultad de Veterinaria.

Y don Ignacio le contestó:

-Pues con todo el respeto a usted y a los colegas veterinarios, doña Eulalia, ya tiene usted razón. Es que aquí estamos acostumbrados a tratar con animales.

## Ochos, 1990

Con cuarenta años de servicio en Ochos, don Ignacio se jubiló. Se fue a vivir a su Zaragoza natal, donde tenían un piso. Una de sus hijas, Milagritos, la pequeña siguió sus pasos, pues también estudió Medicina. Pero ella nunca quiso salir de la capital y tras unas durísimas oposiciones, logró plaza en el Hospital Clínico como radióloga.

La administración empezó a reorganizar la sanidad en el valle. A Ochos le quedaba poco tiempo de tener médico residente.

A partir de ahora habría cuatro centros de salud, Biescas, Escarrilla, Panticosa y Sallent. De ellos, dos, Escarrilla por su posición central en el Valle y Biescas por ser otro centro estratégico, serían Puntos de Atención Continuada. Otros les llamaban Urgencias. Los médicos que tenían su



plaza fija no se movían de su destino, pero los interinos podían rotar fácilmente entre los diversos centros. En 1997 comenzó a estar operativo el PAC de Escarrilla, el de Biescas tuvo que esperar hasta 2004, por lo menos en las actuales instalaciones. Ambos recintos eran bastante capaces, tenían varias consultas, sala de urgencias, sala polivalente, despachos para el asistente social y el farmacéutico y garaje para el vehículo del centro.

A partir de la jubilación de don Ignacio, a Ochos bajaba desde Escarrilla dos mañanas por semana don Pepe, un joven y cordial médico, que enseguida conectó con sus pacientes. Entre otras muchas cosas, cayó bien porque lo que primero hizo fue quitar las igualas. Ya no tenían razón de ser. Eran una reminiscencia del pasado. Don Pepe vivía en Huesca. Cuando no le tocaba guardia, por las mañanas, llegaba Escarrilla a eso de las nueve. Abría su despacho, atendía a quienes habían pedido cita, iba a visitar a algún enfermo a su casa, cuando era necesario y antes de las dos del mediodía, acababa su labor. Lo que sucediera por la tarde o por la noche, era cuestión de los que estaban de guardia. Tenía especial fijación por el sobrepeso, la obesidad y el sedentarismo en sus pacientes de más edad. A las mujeres les hacía ir a pasear por las tardes para hacer ejercicio. A los hombres les recomendaba que no pasasen tanto tiempo en el bar y que comiesen más verdura y menos huevos fritos con *chulla*. Tras su jornada, había días que comía en alguno de los restaurantes del pueblo. Otros se bajaba directamente a Huesca.

En Ochos, el ayuntamiento destinó la casa del médico para Centro Cívico.

Don Pepe estuvo unos años en el mismo destino hasta que, al final, pudo quedarse en Huesca. Obtuvo plaza en el servicio de Urgencias del Hospital San Jorge. Allí siempre le llegaban pacientes conocidos del valle. Y si podía hacer algún favor a alguna familia conocida, o prestar algún servicio, pues lo hacía encantado. Al fin y al cabo, aunque no viviese en el pueblo, todos estaban contentos con sus servicios. Y él con la gente.

Pero estas satisfacciones no evitaron que la profesión de médico rural entrase en crisis. Tras el MIR, la Medicina de Familia es una de las especialidades menos atractivas. Incluso llega a estar falsamente desprestigiada. Y encima, si el puesto vacante está lejos de la capital provincial, aún es más difícil de cubrir. Los jóvenes médicos sueñan con trabajar en los grandes hospitales de referencia y con tener una especialidad atractiva. Y, por la tarde, si pueden, harán unas horas en alguna mutua o se abrirán una consulta privada.

A don Pepe le sustituyó una médica muy joven y muy guapa, la doc-

tora Belén. Subía todos los días desde Sabiñánigo. Al menos le caía cerca. Pero se estaba planteando quedarse a vivir en el valle. A su pareja y a ella les habían hecho una oferta de un chalet en Panticosa. Su chico era guardia civil de Montaña. Y la oferta era tentadora. Ella estaba convencida de que ser médico de pueblo es una mezcla de médico de cabecera, de urgencias, de psicólogo y hasta de confesor. Y eso que ahora ya no se confiesa apenas nadie, pero todo el mundo habla de lo suyo con todos. ¡Hasta en los platós de televisión! Y ella pensaba y piensa que la figura del médico rural sigue siendo tan imprescindible como siempre. Supone una entrega total y vitalicia, para siempre. Desde el nacimiento hasta la muerte. En sus manos está la salud de las personas y de las familias. Como los curas. Es toda una vocación.

## II.- Matacanes

### Ochos, 1950

En Ochos y en toda la Zona Veterinaria del Valle estaba como titular don Crescencio Gallizo Ciudad. Era de Ejea de los Caballeros, provincia de Zaragoza. Descendía de una familia con larga tradición en la profesión, pues tanto su padre, como su abuelo, como su tatarabuelo habían sido veterinarios. Y seguramente les venía de más atrás aún. Algunos habían cursado la carrera cuando la Medicina y la Veterinaria se estudiaban en una misma Facultad. Habían ejercido en el Ejército, cuando la caballería era un arma de vital importancia. Por aquel entonces había dos veterinarios más, uno en Biescas y otro en Sabiñánigo, cada uno al frente de su respectiva Zona.

Don Crescencio estaba casado con doña Natividad Binué, también de la capital de las Cinco Villas. Tenían tres hijos, José Mari, Bernardo y Ana Mari. De ellos, el segundo, Bernardo, seguiría la tradición familiar. Don Crescencio era un hombre abierto, alegre y jovial, campechano y siempre con buen humor. Enseguida conectó con los ganaderos de la zona.

-A la hora de almorzar, decía, es cuando se logran los mejores acuerdos. Y además, es el momento preciso para introducir en las cabezas montañesas los nuevos avances sanitarios. ¡Ah! Que a menudo la gente de los pueblos es muy refractaria a los cambios.

Cuando hubo que introducir vacunas y antibióticos, sus compañeros le decían:

-No sé tú, pero yo en mi valle me he visto negro. Y no he conseguido nada.

Y don Crescencio les decía

-Prueba con un huevo frito y un porrón de vino y verás qué pronto te admiten las inyecciones. A la primera te costará, a la segunda menos y a la tercera lo verán ya como de toda la vida.

Como cobraban un magro sueldo del Cuerpo de Veterinarios de la Administración del Estado, desde 1954 Cuerpo Nacional Veterinario, el sistema de igualas funcionaba exactamente como para los médicos y los farmacéuticos. Se pagaba en función del número de reses mayores y menores, incluyendo en éstas los perros de pastoreo.

Sin duda alguna, la ganadería era el eslabón más débil de toda la cadena agropecuaria, sobre todo porque, debido a las condiciones higiénicas y sanitarias del momento, los animales estaban siempre predispuestos a enfermar. Los animales de carga y de trabajo no estaban bien nutridos. Para el buen tiempo la hierba y el forraje sobreabundaban. Pero en tiempo de invierno tenían que alimentarse con el heno recogido durante el verano y la hoja verde que recogían de *fraxins* y otros árboles forrajeros. De vez en cuando les daban *ordio*, pero con cuentagotas, pues se terminaba pronto.

La muerte de un macho, de una mula o de una vaca podía considerarse como una verdadera catástrofe familiar, si no la ruina. Sobre todo por la dificultad y el sacrificio que suponía adquirir otro animal que sustituyese al fallecido. En algunos pueblos tenían una *dula* de bueyes o de machos para asegurar estas catástrofes, de modo que cuando se moría un bicho, al propietario se le reintegraba inmediatamente otro similar de la dula comunal. No es extraño que, cuando la gripe de 1918 asoló el país, causando una mortandad notable de personas, un abuelo de Ochos dijese:

*-Cagonlá. Menos mal que ra peste ixa ha pegato por as personas. Si plega a pegar por os bichos, estamos apañatos.*

Seguramente, esa impotencia ante el tratamiento de las enfermedades de los animales, era el punto más débil de este eslabón de la cadena agropecuaria. Al veterinario apenas se le llamaba, solo en los casos de máxima urgencia. Y no siempre. Tampoco sobraba el dinero.

Por eso era muy frecuente que los pastores llevasen en su morral piedras de rayo para conjurar las tormentas, o que en la caseta dejasen la

navaja abierta con el filo mirando hacia la nube más negra y chispeante. Por lo mismo, en todos los rebaños había una o varias ovejas *martas*, o de lana negra. Éstas, al contrario que cuando a alguien le llaman así, protegían al rebaño de ese y otros peligros. En todas las cuadras, establos, casetas y *mallatas* había si no piedras *modorreras* colgadas de las puertas, sí al menos *bucharretas* bendecidas el Domingo de Ramos. Tampoco faltaban los *ramos de San Chuan* con siete plantas medicinales recogidas la noche del 23 de junio. Además hablaban de una piedra medicinal que tenían en una casa de un pueblo de La Guarguera, llamado Ordovés, que metida en agua y dándosela a beber a las ovejas, curaba casi todos los males del ganado.

Por todo esto y más los pastores y ganaderos utilizaban un sinfín de remedios, heredados desde hacía siglo, contra los males de la ganadería.

Dicen que las gallinas tenían muchas enfermedades. Las más frecuentes eran la *zeguera* y la *pepita*. Para la ceguera les hacían respirar humo de laurel o de *chinebro*. La pepita era una enfermedad que se les ponía en la lengua y les dificultaba tanto cacarear como comer. Para eso les ponían ceniza o bien ajos con aceite.

Para prevenir la rabia en los perros, además de una cuarentena al nacer, les retorcían la punta de la cola para que así saliera el nervio que dicen que la provocaba.

Cuando a las cabras les salía el *lobado*, una especie de tumor en el pecho, simplemente las sangraban. Cuando padecían de *sanguñuelo*, por comer demasiado forraje verde, el remedio era dejarlas ayunar.

A los conejos se les hinchaban los ojos. A esto le llaman mixomatosis. En otras partes del país causó estragos. En comarcas enteras no quedó un bicho. No había remedio. Sin embargo la plaga no llegó a Ochos. Se ve que el clima frío y la altitud se hicieron valer al respecto.

Había pocas vacas. Cada familia tenía una o dos para consumo propio de leche y para vender los terneros y poco más. Más tarde el ganado bovino fue aumentando sustancialmente, tanto el destinado a leche, como el destinado a carne. Los principales problemas estribaban en los partos. Un ternero muerto privaba a la familia de unos ingresos importantes. Por eso, cuando había peligro, entonces sí llamaban a don Crescencio. Por lo demás, algunas de las enfermedades e infecciones propias de las vacas las solventaban casi del mismo modo que con las ovejas. Pero sobre todo las evitaban teniendo limpios los establos y las cuadras, sin *fiemo* acumulado.

Las mulas y los machos les daban pocos problemas. Pasaba como con las vacas, si se tenía limpia la cuadra, se evitaban las infecciones y otros problemas en las extremidades. No obstante eran animales muy resistentes a las enfermedades y a los parásitos.

Pero en Ochos, como en toda la montaña en general, el grueso de la ganadería lo constituía el lanar. En el pueblo había unas cinco mil cabezas. Constituían el verdadero pilar de la economía. Los pastores enseñada sabían si una res estaba enferma. Simplemente bastaba ver si llevaban la cabeza alta o gacha o mirarles al iris de los ojos. Un buen pastor era también un buen veterinario, aunque la picaresca estaba siempre presente.

-¡Joder! decían en el pueblo, *a ro pastor ixé nunca se le mueren as obellas d'el, siempre son as de l'amo.*

Cuando enfermaban de *banzo*, pues orinaban muy oscuro, les daban cenizas mezcladas con aceite. Para la *basquilla*, que era una especie de rabia, a veces sangraban al animal, pero si no había remedio, para evitar el contagio, degüello y listo. Si acaso para *salón*. Lo mismo pasaba con las *obellas modorras*, a las que “se les habían vuelto los sesos agua” por algún golpe en la cabeza. Degüello y para *salón*. Por eso y para evitar eso ponían la piedra *modorrera*.

Si a una oveja se rompía una pata la *empilmaban* con pez, unas *rametas* de *bucho* y un trapo.

Si por mucho comer forraje fresco se *atorzonaban*, se les hinchaba el vientre y corrían el peligro de morir. Con mucho cuidado les pinchaban con una aguja de hacer punto hasta el aire salía. A veces el método, por traumático, fallaba, pero era lo más socorrido.

Otro mal frecuente era la *patara*, que afectaba a las pezuñas de los animales sobre todo por exceso de humedad, barro y *sirrio*. Como medicamento les daban *vitriolo* y *zotal*. También las sangraban.

Podían ser frecuentes las picaduras de víboras o alacranes en los *bragueros*. En cuanto el pastor veía al animal causante de la picadura. Lo capturaba, lo mataba y lo freía en aceite o sebo y untaba el resultado en el pezón de la oveja. Si no, hacían una cruz con la navaja en el mismo braguero y que fuese lo que Dios quisiese.

Cuando un animal sufre una herida, hay que intervenir inmediatamente para que las moscas no pongan sus huevos en la *cuquera*. Entonces untaban la herida con aceite de *chinebro* y ceniza.

El *mal de boca* se producía cuando una res, al comer o al beber se

pinchaba con algún *arto* o cualquier otro vegetal punzante. Enseguida se le infectaba el morro o la boca. Para ello el pastor, pinchaba con la navaja la herida supurante y la desinfectaba con agua salada o cualquier infusión similar.

## Ochos, 1992

Don Crescencio se jubiló en 1990, el mismo año que don Ignacio, el médico. También llevaba cuarenta años de servicio. Le sustituyó un veterinario joven, don Ernesto, aunque por poco tiempo, pues en 1992 cambiarían radicalmente las cosas. Don Ernesto subía y bajaba todos los días desde Jaca, donde tenía su hogar. Como su antecesor, seguía cobrando de la administración, más la correspondiente iguala que cada ganadero le pagaba en función del número de cabezas que tenía.

En 1992 se liberalizó la profesión veterinaria de tal manera que los facultativos ya no eran necesariamente funcionarios. Muchos se convirtieron en autónomos. Se crearon las Agrupaciones de Defensa Sanitaria Ganadera (más conocidas como AD SG o simplemente ADS). En ellas participaban como socios todos los ganaderos de una zona determinada que querían. Contrataban a un veterinario y le pagaban en función del número de cabezas que tenían. Como en las igualas.

Seguía habiendo veterinarios funcionarios, tanto del Gobierno de Aragón como del estatal Cuerpo Nacional Veterinario. Ellos se encargaban de disponer las normativas emanadas a nivel europeo, nacional y regional. También gestionaban los seguros y las subvenciones, además de la cada vez más engorrosa burocracia.

La ADS a la que pertenecían los ganaderos de Ochos abarcaba todo el Alto Gállego, desde la *güega* con Francia hasta Monrepós. Lo que antes eran las Zonas del Valle, de Biescas y de Sabiánigo. Y la ADS era exclusivamente vacuna. En algún valle cercano la ADS era mixta, y atendía vacas, ovejas y equinos. Como, desde la mecanización del campo, casi no quedan equinos, solo hay una ADS equina y ésta abarca toda la provincia de Huesca.

Don Ernesto, como funcionario, fue absorbido por la administración autonómica. Además tenía bastantes puntos y algunos trienios. La nueva ADS contrató nada más y nada menos que a una joven veterinaria, que procedía de Sallent de Gállego y que acababa de terminar sus estudios

en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza. Le encantaban los animales y sobre todo sentía pasión por el trabajo de campo. Se llamaba Patricia Urieta Fanlo. Aunque tenía casa y familia en Sallent, al cabo de tres años de ejercicio de la profesión, optó por mudarse a vivir a Sabiñánigo.

*-¡Ostras! -decían los ganaderos de Ochos- ¿Dende cuándo s'ha bisto una mozeta que faga d'albeitar?*

*-¿Ta do plegaremos?*

*-¡Uy! Y lo que nos quedará encara por bier.*

*-¡Ola! Pos m'an dito que se maneja muy bien con os terneros. Y que tiene muy buena mano con os partos, bamos que no se l'ha quedato ninguna baca muerta...*

Y Patricia, que así le llamaban, sin el “doña”, además del trabajo de campo y de seguimiento de los animales, hacía también bastantes trámites y labores no oficiales, atendía partos complicados, analizaba cerdos y jabalíes, vacunaba perros y todo lo que en su mano estuviese. Se ganó a la clientela en muy poco tiempo.

Cuando se casó, se montó una clínica veterinaria en Sabiñánigo con su marido, que no había llegado tan alto como ella, pero era Auxiliar Veterinario. Normalmente ella estaba en el monte y él en el establecimiento, pero hacían buena pareja. No solo a nivel familiar, sino a nivel profesional. Allí atendían mascotas, vendían medicamentos, piensos, alimentos y complementos y hasta ofrecían servicio de peluquería. Esa fue la primera clínica del ramo en la zona, pero pronto abrieron otras dos más, una en el mismo Sabiñánigo y otra en Escarrilla.

Por aquellos años surgieron nuevas enfermedades en la ganadería, tanto ovina como bovina.

*-¿Has oíto? A Fulano l'an feto sacrificar as obellas. L'han trobato una u dos con lengua azul.*

*-Sí, sí, pos de sisziendas que en teneba, no n ha quedato ni garra.*

*-Y ara, enchufas a tele y ya nos están acojonando con o deras bacas locas.*

*-En dingún lau te darán o chuletón con güeso... Con o güeno que ye...*

*-En Franzia, cerca de Laruns, eban sacato bel rebaño con glosopeda u no sé como dizen que se clamaba ra peste ixa.*

*-Ixo ye ro que antes más se deziba ra fiebre aftosa.*

Y en estos casos, tras informarse bien, las autoridades veterinarias deciden y ordenan. Las faenas concretas les corresponden a los veterinarios de campo, como a Patricia.

Pero, aunque las facultades de Veterinaria estaban y están llenas y cada curso salían y salen varias decenas de graduados, la profesión de veterinario rural también ha entrado en crisis. La veterinaria de la ganadería se hace poco atractiva. Incluso llega a estar falsamente desprestigiada. Y encima, si el puesto vacante está lejos de la capital provincial, aún es más difícil de cubrir. La mayor parte de los nuevos veterinarios y bromatólogos sueñan trabajar bien en los laboratorios de la ciudad, bien en las oficinas del Gobierno de Aragón o cualquier otra administración. Los más emprendedores montan clínicas veterinarias para atender a las mascotas domésticas. Algunos trabajan por la mañana en la oficina y, por la tarde, si pueden, harán unas horas en alguna clínica, bien propia, bien por cuenta ajena. En el bar de Ochos Patricia, mientras se tomaba un café, hablaba:

-Veterinarios de *lulús* hay muchos. Y de maletín y tableta aún más. Pero de vacas cada día estamos menos y cada vez nos tocan más bichos y *crotales* por cabeza. No se quieren manchar las manos. Y parece que solo quieren pisar moquetas. Se les ha olvidado pisar el barro y el *fiemo* de las cuadras.

-*Pero si ye que cada bez estamos menos ganaderos. Este año astí en o lugar ban a plegar dos. ¿Has oíto que os de Ferrero se benden as bacas?*

-*Y fa dos años que Laseras se bendió ras obellas.*

-Pero eso no nos quita trabajo. Ahora todo el mundo sabe pinchar y poner inyecciones. Y casi todos tienen los aparatos para los partos difíciles. Ahora lo que nos mata es la dichosa burocracia. Papeles y más papeles. A veces pasamos todo el día escribiendo y rellenando formularios.

-*L'autro día me dijón que en as clínicas ixas deros bichos, como ixa que tiene usté en Samianigo ingresan a ros cans o mismo que a ras personas, ¿pero será berdá u no?*

-No te han mentido

-*Y que a un mixino l'operón dero corazón?*

-Tampoco te han engañado.

-*Y a una zagala de Samianigo que les llebó ro canario con no se qué, le daron unas pastillas que costaban sesenda euros y los mandó a cascá-la.*

-Claro, vale más el remedio que el bicho. *Pintacoda*, otro nuevo y a correr.

-*Pero no, se bey que a ra zagala le feba duelo y se gastó ras perras...*

-*¡Ay! Que l'autro diya, a istos de Piquero, casi se les muere baca y ternero en un parto. Se conoze que ra baca no podeba librar bien, o bicho*



*saliba de retaculas y l'albeitar que no beniba... Que se l'acumulaba ra faina. Que teneba tres u cuatro partos ixe día. Pero a ra fin llegó. Fizon a zesaria y salbón a ra madre y a ro ternero...*

*-Milagro y mientras, os señoritos sellando papels y trucando en l'ordenador.*

*-¿El ordeñador?*

*-¡Qué cojones! Si no deben saper o que ye...*

Lo que no entiendo, ni entenderé –decía Patricia- y eso que soy de aquí, como vosotros, es cómo si cada día estáis menos ganaderos y hay muchos menos animales en estas montañas, por qué los ganaderos no terminan de ponerse de acuerdo nunca. Hay hierba y pastos para diez o veinte veces más de animales que los actuales. Antiguamente no había problema. Ahora no se hablan entre ellos.

*-¡Oy, ya tiéns razón, mesacha! Antes más, cualquiera se pasaba un metro con os bichos de do le tocase. O Quiñón deziba, dize y tiene ras cosas muy bien atrapaziatas. Pero, ara a tos istos escamisatos, les parixe que to ro mon ye d'ellos. Y nó n tienen prou. Contra menos bichos en tienen, más de yerba en quieren. Y todo ancho patalero. Y, total ¿pa qué? Para discutir y reñir entre ellos. ¡Qué joditos! No se puén bier. Ni entre bizinos ni pariéns. Lo que más les cuacarba ye que todos, tos de todo, plegaran y nomás s'en quedase uno d'ellos con todo y pa todo. Y total, pa zingüenda o sesenta bacotas.*

*-No feremos carrera con ista caterba.*

*-Y beluno, no puya ni a uscar as bacas que se le quedan en Samigalada. Ni bende os terneros ni ostias. Yo no sé de qué debe comer.*

*-Si os contase las historias de algunos. Fulano y Mengano tienen embargada la PAC.*

*-Y a Tal de Cual ¿ye berdá que lo an denunziato por maltrato animal?*

*-No andas muy descaminado. Tiene la cuadra tan sucia, que los bichos tocan el zernillón con el lomo.*

*-En fin, bien se bale de algunos que todos conocemos, que aún son capaces de vivir solo de los animales. El resto, entre los que esperan jubilarse y los que no saben o no quieren vivir de otra manera, nos llevan de cráneo.*

*-Pero ixo por as subenzións que les dan, si no, ¿de cojón!*

*-Ya tienes razón, ya.*

*-Pero en este valle, todo el mundo se ha tirado al dichoso turismo. Mono tema y mono economía. ¡Con la riqueza de pastos que hay! Si al*

menos quisieran tener economía mixta, como en otros sitios de Europa, el territorio estaría mucho más equilibrado, habría menos despoblación y las cosas marcharían infinitamente mejor. Pero aquí ¡somos así! Y, me parece que no tenemos remedio. Es que, el cambio ha venido demasiado deprisa. No se ha sabido metabolizar el cambio social que ha traído el progreso. En treinta años esto ha pegado tal *pintacoda*, que a la Montaña no la conoce ni Dios.

*-L' outro día un agricultor d'ixos fuertes y ricos dero Campo Jaca me dijo que l' agricultura ye ro millor negocio de istos momentos.*

-¡Bueno! ¿Y te lo crees?

*-Sí, claro, deziba, mira les e bendito ra tierra a ros dero Ministerio pa fer l' autobía. M' han dato una pila de millóns. ¡Pa qué quiero treballar! Os fillos míos no quién saper cosa... ¡Cascá-la!*

Y así nos va. Y nos irá. ¿Ese panorama nos queda?

## 5.- Todo por la Patria

### Ochos, 1950 y años posteriores

Ochos, por su posición estratégica, junto a la carretera y a la entrada del Valle, siempre tuvo Cuartel de la Guardia Civil. El edificio era más bien modesto, pero suficiente para la misión que desempeñaba. En puertas, el cuartel disponía del cuarto de guardia, el armero y la oficina del Comandante de Puesto. Además, para alojamiento de la guarnición disponía de los oportunos pabellones de casados y de solteros. En el pabellón de casados cada familia tenía vida propia. El pabellón de solteros, a veces dejaba mucho que desear, por eso solía ser objeto de abundantes revisiones y revistas. El Puesto tenía una dotación humana de seis miembros, un sargento, un cabo y cuatro guardias.

El sargento, don Vicente Villagrasa Montánchez, era el Comandante de Puesto. Estaba casado. Su esposa se llamaba Remedios. Ambos eran de Peñaranda de Duero, provincia de Burgos. Tenían tres hijos varones, Vicente, Alejandro y Javier. Había realizado su formación en la Academia de Navas de Tolosa, en el mismo Barcelona. Su primer destino, como guardia, fue Ansó. Dados sus valores y méritos, enseguida ascendió a cabo, pasando al vecino Roncal. Allí estuvo tres años, la mitad de los cuales ya como cabo primero. Al ascender a sargento, fue destinado a Ochos. No salió, pues, de la montaña.

El cabo Cipriano Silva era el veterano del cuartel, por edad y por años de servicio. Era de Viveiro, en la provincia de Lugo. Siempre permaneció soltero. Accedió a la Guardia Civil, después de siete años de servicio militar, tras la Guerra de 1936 por reenganche del Ejército, aunque pasando brevemente por la Academia de Úbeda. Llevaba la milicia en la sangre. Nadie le había visto nunca vestido con ropas de paisano.

Y en cuanto a los guardias, en primer lugar estaba Eugenio Santoro, que vino casado a Ochos, pero que aún no había tenido hijos. Era del mismo Toledo. Y en segundo lugar estaban los tres andaluces que llegaron juntos en verano de 1950, recién salidos de la Academia de Úbeda. Eran Manuel Grima, de Turre, en la provincia de Almería; Felipe Calero, de Montoro, en Córdoba y Juan Bejarano, de Belalcázar, en la misma provincia. Cobraban escasamente doscientas pesetas al mes. Estos tres últimos acabarían casándose con chicas de Ochos.

El pueblo les daba poco trabajo, es decir, pocas o ninguna preocupación. Se vivía en paz. No había robos, hurtos ni peleas. Con mosen Félix, el cura, habían convenido no denunciar a nadie por trabajar en domingo. Si acaso les advertían que fuesen prudentes. La misión del cuartel había que entenderla con relación a la zona donde se ubicaba. En aquellos años los maquis y los contrabandistas les daban bastantes problemas.

En la zona había cuarteles en Biescas, Panticosa, Tramacastilla y Sallent. Además contaba con dos destacamentos semipermanentes del Ejército, uno en el fuerte de Santa Elena y otro a las afueras de Biescas.

El Gobierno había sembrado el Valle, y el Pirineo en general, de búnkeres y de nidos de ametralladoras. Le llamaban *La Línea P*. Había miedo de una invasión francesa, bien en solitario, bien con otros aliados europeos. Aunque dicha infraestructura también sirvió para controlar y luchar contra las partidas de guerrilleros, conocidos vulgarmente como los *maquis*.

En los años cincuenta ya no suponían para el gobierno ninguna amenaza real, pero quedaban todavía algunos individuos irredentos, a modo de lobos solitarios, que tardarían en deponer las armas. La Guardia Civil y el Ejército tuvieron que emplearse a fondo.

Pocos años atrás, cerca de Panticosa, hubo un enfrentamiento durísimo entre unos y otros, que terminó con un soldado muerto. Se ve que habían entrado a España por el collado de Mercadau y fueron avistados en Bachimaña, dando la voz de alarma desde el Balneario. Contaban en Ochos que una partida de *maquis* habían sorprendido a dos guardias y en lugar de acabar con ellos, decidieron quitarles el armamento, la munición y despojarles de todo lo que llevaban encima. Les desnudaron, les quitaron las botas y a cambio aún tuvieron la delicadeza de cambiárselas por dos pares de alpargatas. Les dejaron, eso sí, los tricornios. Era una lección y un aviso a la Benemérita. Cuando llegaron al cuartel y se presentaron de esa guisa, el Comandante de Puesto les preguntó:

-Pero bueno, ¿qué ha pasado? ¿Qué os han hecho?

-Pues ya lo ve, mi sargento. Nos han cogido por sorpresa y nos han dejado en pelota picada. Podía haber sido mucho peor.

-¿Peor?

-Sí, sí, peor para ellos, mi sargento. No ha nacido aún nadie capaz de quitarle el tricornio al Cabo Cipriano. ¡Menudos cojones tengo yo!

En otra ocasión, se presentaron dos pastores a la puerta del cuartel. Denunciaron que habían visto una partida de bandoleros acampando en el puerto de Piedrafita, entre Lana Mayor y Bucuesa. El sargento dio el parte al resto de cuarteles vecinos, a los militares y a la capitania de Jaca. Subieron los guardias de Ochos, por supuesto, pero viendo que se dirigían a Acumuer por la Canal del Pan y el ibón de Bucuesa, les dejaron pasar. Dando el oportuno parte, antes de llegar a Acumuer, habían sido detenidos y llevados a prisión.

También declararon la guerra al contrabando. Por los pasos de montaña entraban muchas mercancías y pasaban muchas cabezas de ganado. De esta forma eludían cualquier control aduanero y proporcionaban pingües ganancias a los porteadores, en detrimento de las arcas del Estado, claro. Con la excusa de ir de maniobras por las montañas, los guardias intentaban controlar el contrabando. Una vez al año subían al Pico del Infierno, de más de 3.000 metros de altitud, con traje de tirilla y corchete, tricornio calado con el barboquejo, capote, mosquetón y cartuchera de espalda. Los zurrones de cuero los dejaban escondidos en puntos estratégicos para quitarse peso inútil de encima. Alguna vez desapareció más de uno. Vigilaban a los pastores, a los ganaderos y a cualquier individuo que se atreviera a recorrer las veredas de estas montañas. Entonces apenas se veían montañeros. Si acaso algún francés. Por supuesto, los habitantes del país, conocedores de su tierra palmo a palmo, sabían burlar los pasos del instituto armado. Sobre todo cuando lo que pasaban eran cabezas de ganado, bien mulas y équidos para criar, bien cerdos para engordar. Y, como en todo en esta vida, había gente comprensiva y gente estricta en el cumplimiento del deber. A Joaquín de casa Campanero lo denunciaron porque le encontraron un par de paquetes de café de marca francesa. Al cura mosen Félix nunca le confiscaron el tabaco porque se escondía los paquetes de picadura debajo de la sotana.

En 1959 se fundó la Agrupación de Tráfico de la Guardia Civil, con la misión de poner un poco de orden en las carreteras españolas. Varias veces por semana subía una pareja de motoristas desde Jaca con sus chaquetones de cuero y chapa ovalada y, en ruta por todo el valle, paraban

en Ochos junto a la carretera. Observaban el escaso tráfico que entonces había y si había que denunciar a alguien, pues denunciaban. Los guardias del Puesto de Ochos los envidiaban porque, según decían, cobraban el doble que ellos. O sea, recibían la paga de un teniente. No había demasiado tráfico. El médico don Ignacio aquel año se compró una moto y en la matrícula se leía HU-3187. Con que, ¡cuántos vehículos rodaban entonces por la provincia de Huesca!

Solían parar a los camiones, furgonetas y vehículos de transporte de mercancías en general:

-Buenos días, por favor, la Tarjeta de Transporte... El Libro de Ruta...

No se libraba nadie. Pero en honor a la verdad hay que decir que si algún chófer se veía en apuros, bien por avería, bien por accidente, les atendían y se quedaban con ellos hasta que el percance se solucionaba y pasaba a la historia.

Para el buen tiempo llevaban a raya a las motos. Sobre todo cuando los domingos por la tarde muchos mozos salían a festejar por los distintos pueblos del valle y a veces llevaban encima a sus novias. Estaba prohibido llevar montado al pasajero a mujeriegas, había que hacerlo a horcajadas. Pero, claro, eso requería una falda especial, a no ser que quisieran romper la falda normal e ir enseñando todo por ahí, como una fulana cualquiera... Las chicas, por aquel entonces, aún no llevaban pantalones.

A veces era difícil salir del pueblo. Si los guardias no te conocían, ya se sabía:

-A ver, carnet de conducir, permiso de circulación, el seguro...

Y cuando ya parecía que terminaban, el otro guardia de la pareja, seguía:

-Continuamos: ¿Lleva lámparas de repuesto?

-El dibujo de las ruedas... Vale, se ven bastante nuevas.

-Intermitentes. Probamos... Derecho...¡Izquierdo... Luces de freno...

-Muchas gracias, caballero, puede continuar.

Y al sufrido conductor, no le quedaba otra que responder.

-Muchas gracias, agente, que tenga usted un buen servicio. Que la Virgen del Pilar le proteja.

Pero, tras un par de meses, como ya conocían a los del pueblo, y vieron que no había problema alguno, acabaron con las rutinarias revisiones.

-*Sí, sí*—decían en el bar de Ochos- *Con istos, rai, pero b'ha una pareja en Puente la Reina que dizen que son más malos que rancatos. No deben*

*dixar pasar ni a Dios.*

*-Ye berdá. L'autrol día marchemos ta Pamplona ta casa dero cuñato, a bier a l'agüelo y nos tubon astí casi media ora... Que si isto, que si l'altro... Bienga zangolotiar... Total, cosa...*

*-Son famosos. Mira si deben ser malos que en Chaca les dizen El Tempranillo y El Pernaes.*

Los guardias jóvenes, recién salidos de Úbeda y llegados al Puesto de Ochos intentaban contactar con la juventud del pueblo. A su vez, las mozas se fijaban en ellos. Los uniformes les volvían locas.

*-¡Ay, Marité! Para cuenta que güena planta tiene ro guardia Felipe.*

*-Anda y cuando se quita ro tricornio, biés que ondetas y que rizetes se le fan en o pelo. ¡Y qué güellos!*

*-Sí, sí, pa güellos os que metes tú. Y ros que te se quedan después.*

El guardia Manuel Grima se encaprichó de Pilarín de Campanero. Como se le debía notar mucho, mosen Félix le llamó un día y le convino:

*-Oiga, tenga cuidado con esa moza, que puede arruinarle a usted la carrera.*

*-No se preocupe, mosen, que ya me han advertido.*

Pero señora Felisa, la madre de Pilarín, a los pocos días de aquella conversación, declaró oficialmente por el pueblo que el guardia y su hija eran novios.

*-¡Ah, pos parixe güen zagall!, decían las mujeres.*

*-Mira Felisa, no te pase como con aquellos carrilanos que binon y tar-cual s'en yeron. Y l'unico rastro que dixón fue aquella pobrona de Rosario que se quedó preñata.*

*-No muller, no –decía Felisa- ¡bas a contimparar a ixos carrilanos con a Guardia Zibil! A iste zagal cualsiquier diya lo fan capitán... ¡Menudo partido!*

Y señora Felisa, como buena madre, se encargaba de organizarle la vida a Pilarín en función de los horarios del novio.

Y en cosa de dos años el guardia Manuel se casó con Pilarín, el guardia Felipe hizo lo mismo con Antonieta de Bareches y el guardia Juan Bejarano con Marité de Asún. Ambas partes salían ganando. Los guardias abandonaban definitivamente el pabellón de solteros y fundaban una familia. Las mozas abandonaban el pueblo. Allí no les esperaba más futuro que el que habían conocido hasta ese momento, cuidar bichos y picar el

huerto. Si tenían suerte se casarían con algún *zamarugo* y si no, se quedarían para vestir santos. Aunque, exactamente no se sabía que sería mejor. Así que, a lo seguro, de momento alas para volar.

## Panticosa, 1981 y a partir de ese año

Desde hacía pocos años la Guarda Civil estaba reestructurando su presencia en el mundo rural y actualizando los recursos y efectivos humanos según los nuevos tiempos. Cada época tiene sus necesidades. Los *maquis* solo existían ya en los libros. El contrabando conoció mejores tiempos. De Europa llegaban nuevos vientos que anunciaban la supresión de aduanas y fronteras tal como hasta se habían entendido. El turismo y la generalización del tiempo de ocio y vacacional hizo que las montañas se fueran llenando poco a poco de excursionistas, montañeros, escaladores y esquiadores.

El Puesto de Ochos, como algunos más en la montaña, fue cerrado. El edificio fue cedido al ayuntamiento.

Aunque ya en 1967 se había creado el Servicio de Montaña de la Guardia Civil, con la especialidad de Esquiador-Escalador, será en 1981 cuando nazcan los Grupos de Rescate e Intervención en Montaña, los GREIM, cuya misión específica será ejercer todas las funciones propias del Cuerpo en las zonas de montaña. Así por ejemplo, se encargarán de la vigilancia de la frontera, del auxilio a los accidentados, perdidos o aislados en lugares de difícil acceso, vigilancia del medio ambiente y también la prevención y mantenimiento del orden público en las estaciones de esquí. Ese mismo año se abrió en Candanchú, en el edificio de la antigua aduana, la Escuela de Montaña de la Guardia Civil, donde cada año, una veintena de guardias jóvenes se preparan para los servicios y misiones de estas unidades. Además, desde que salen de la escuela, tienen reservados catorce días al mes para el entrenamiento y reciclaje, tanto físico como técnico.

En la provincia establecieron una Sección en Jaca, con mando además en Navarra, Mora de Rubielos y Tarazona; dos Grupos de Rescate, en Boltaña y Benasque y otros dos Equipos de Rescate, uno en Panticosa y otro en Huesca.

En el vecino pueblo de Panticosa, lo primero que hubo que hacer fue construir un nuevo Cuartel. El viejo edificio de la Calle la Escuela, pasó



a ser Biblioteca Municipal. El nuevo edificio se levantó en el Camino La Paúl, un Puesto amplio, luminoso, capaz y adaptado a su nueva función. La dotación del Puesto Rural seguía teniendo cinco, a veces seis, guardias, contando al sargento y al cabo. A estos había que añadir ahora el nuevo Equipo de Rescate, al principio con una dotación de cinco miembros. Con el tiempo pasaron a siete. De ellos, algunos vivían allí, en la misma Casa Cuartel. Otros lo hacían fuera, incluso en poblaciones vecinas. Había dejado de ser preceptivo vivir dentro de la instalación militar. Los guardias jóvenes que se incorporaban a las unidades de rescate e intervención en montaña dejarán a un lado las armas de fuego, las máquinas de escribir y los cuadernos de multas, pero deberán hacer frente a cualquier urgencia y atender desde búsquedas nocturnas y rescates en barrancos o cimas, hasta asistencias a heridos en medio de la montaña.

También es competencia suya el control de las estaciones de esquí. En un principio realizaban ellos el servicio de camillas. Pero enseguida los sindicatos protestaron porque restaba puestos de trabajo en la estación. Y desde entonces solo se encargaban del orden público en las pistas y de la redacción de los atestados en caso de accidentes dentro de las mismas.

-En las colas de los remontes siempre hay follón, dice uno de los guardias. Que si uno quiere colarse sin *forfait*, que si otro lleva encima la tarjeta de otra persona en lugar de la propia...

-Ah, y luego están los que siempre tienen prisa... Son los mismos que en las carreteras van adelantando a todo el mundo por sistema para llegar antes. Se abren paso a codazos y a golpes de esquí. Y a veces, no solo montan bulla, sino que llegan a las manos.

Los equipos y resto de unidades se organizaban para tener un núcleo de guardia cada veinticuatro horas. El personal tenía obligación de permanecer en el Puesto durante unas horas y el resto se les localizaba a través del *busca*. Cuando llegó el teléfono móvil, la cosa se simplificó mucho.

El guardia Enrique Villasur decía:

-Jope, estás en casa con la familia el día del cumpleaños de la cría, y a nada que suena el aparato tienes que dejarlo todo y en treinta minutos lo mismo estás en la cima de las Argualas que en la Gran Facha. Si no, alguien puede perder la vida, y estamos para salvarlas, aun a costa de la nuestra propia.

La alerta se pone en marcha cuando, bien desde el 112, bien desde cualquier otra instancia, se traslada la llamada a la Central Operativa de

Servicios de la Guardia Civil. Desde allí se avisa al Equipo de Rescate más próximo a la zona.

El guardia José Antonio Torrijos dice sin dudar lo que hay que hacer:

-Lo primero es evaluar rápidamente la situación. Si se puede contactar con los accidentados, por teléfono o por radio, se hace. Hacemos primero de psicólogos. Se les tranquiliza. Se les pide que nos expliquen lo que les ha pasado. Y, sobre todo, esto es importantísimo, se les ordena que no se muevan de donde están. En el menor tiempo posible serán auxiliados y rescatados.

El teniente de Jaca Pedro Antonio López, que estaba ese día en el pueblo, continuaba:

-Si hay que llamar al helicóptero, se le llama y punto. Pero, claro, el aparato no puede volar de noche y tampoco cuando las condiciones meteorológicas son adversas. Y eso que nuestros pilotos son los mejores de Europa.

En estas fechas podría considerarse como natural la integración de los guardias con la población local, especialmente los nuevos guardias del GREIM, dado su prestigio y su dedicación exclusiva a la montaña. Si en décadas pasadas no era extraño verlos jugando al guiñote o tomando café en los bares del pueblo, ahora podía ser habitual. Las vueltas que da la vida. La mayor parte de los días hablaban de las imprudencias de algunos turistas

-*Parar cuenta ro que dice oy a Güesqueta*: “La ascensión de cuatro jóvenes zaragozanos al Anayet termina en tragedia. Uno de ellos de 19 años, José Antonio Velilla, muere al despeñarse por un cortado. Sus compañeros quedaron aislados y pasaron toda la noche perdidos en medio de la nieve”.

-*¡Coño!, y ayer o Heraldo*: “El cuerpo del francés de 30 años, Vincent Urrustoy, atrapado por un alud en Ordesa el pasado 31 de enero, aparece y es rescatado cuatro semanas después. Otro alud causa la muerte de un joven catalán de 19 años en un lugar cercano. Su aventura de esquiar por zonas vírgenes le costó la vida”.

-*Callar, callar, ascuchar o arradio*: “Un montañero navarro, Fernando Calero, de 30 años, cayó al vacío cuando se encontraba esquiendo en el Pico de Aspe. Su desaparición fue denunciada por un amigo y los efectivos de la Guardia Civil patrullaron durante toda la noche por la zona hasta dar con el cuerpo. Y también ayer, el 22 de febrero, un accidente similar ocurrió en la estación de Formigal, cuando Alberto García, de 26

años y vecino de Elgóibar, en Guipúzcoa, intentó cruzar un barranco fuera de las pistas balizadas”.

-Pero, ¿que no tendrán outra cosa que fer? Pa ratos yo.

Y decían los guardias:

-Si es que, no puede ser. La gente cada día es más imprudente. Mira que hay campañas y campañas para prevenir la seguridad en la montaña, pero que si quieres arroz, Catalina.

-Cuando salen cuatro días de buen tiempo, ya nos podemos preparar. El año pasado rescatamos a una familia entera, con cuatro críos, cerca del Pico del Infierno. Iban con *maripis* y en camiseta de tirantes. No sé cómo no se helaron de frío.

-¡Jobar! ¿No te acuerdas lo que nos pasó el año pasado en Tendeñera? Tener que subir de noches, con la camilla a cuestras a buscar a un chico que se había roto un tobillo. Y en cuanto llegamos a la pista de La Ripera, después de tres horas con él al hombro, va el gacho y se pone a andar tan tranquilamente. Para matarlo...

-Oiga, ¿es verdad lo que pasó el año pasado en Sierra Nevada? Dicen que unos etarras se quedaron colgados en el Mulhacén. Dieron el aviso y subió la Guardia Civil a rescatarlos y la patrulla de rescate pasó la noche con ellos. Y hasta les llevaron café con leche caliente en termos. ¡Lo que hay que ver!

-Sí, sí, lo que, cuando llegaron a la estación, alguno de ellos, en lugar de agradecer el rescate, se ponía a insultar al Cuerpo.

-¿Y qué hay que hacer en estos casos?

-Por nosotros, nada. Cumplir con nuestra obligación y callar. Nos consta que el cabo les dijo: “Pues mira, tú no sé, pero yo he arriesgado mi vida por ti y lo haría las veces que hiciera falta”. Esa es la diferencia.

El cura mosen Agustín, que estaba en el bar, intervino:

-No, si vosotros sois como Jesucristo, que dio su vida por todos nosotros. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los demás.

-Ya sabe, mosen, que en los rescates ha habido guardias que han muerto.

-Y algún piloto también...

A partir de 1989 comenzaron a llegar las primeras mujeres guardias civiles a los distintos puestos de la geografía hispana. Al Puesto rural de Panticosa llegaron dos, ambas de origen gallego, Patricia Sesteira, de Vigo y Begoña Merino, de El Ferrol. Al día siguiente, en los bancos del barrio de La Cruz, junto al Cuartel, no había otro tema de conversación:

*-¡Ospi, abís bisto! Yo creyeba que lo teneba ya todo bisto en ista puta bida... ¡Pero mullers en a Guardia Zibil!*

*-¿Cómo meterán en bereda a ros quinquis?*

*-Ola, pues a yo m'atura en a carretera una d'ixas guardiesas y no tengo cojones de dezí-le cosa. A uno d'ixos guardias de bigotes, sí, pero a una guardiesa, no.*

*-Ostia, pues, o mismo a que a tú ra muller tuya. ¿O mismo te creyes que por tener bigotes mandas tú en casa? Ja, ja, ja... A Ramoneta tuya siempre ha llebato ro tricornio ¿no?*

*-Bai... No sé ta do nos ferán plegar...*

*-Pos me cuacarba bié-las petenar por ixas montañas. Con o güen tipo que tienen, os sarrios deben tené-les embidia. Sí señor.*

## **Pirineo Aragonés, 1999**

En este año nace el Servicio Aragonés de Medicina de Urgencia de Montaña (SAMUM). Una auténtica revolución que permite salvar decenas de vidas cada año y que se encuentra entre los mejores del mundo en su género. Acompaña a la Guardia Civil de Montaña en los helicópteros y atiende a los accidentados desde el punto fatal del accidente hasta el hospital de referencia más próximo. Se ubica en el Hospital San Jorge de Huesca por su cercanía a la base del helicóptero, en Monflorite. Del servicio se encargan cinco médicos con Máster en Medicina de Urgencias en Montaña, que trabajan conjuntamente con los Grupos de Rescate de Montaña de la Guardia Civil y con el helicóptero de la UHEL-41 de la Guardia Civil, con base en Huesca. La clave del éxito está en coordinación y en el trabajo en equipo entre la Guardia Civil y el personal sanitario. De esta forma se pueden realizar los primeros auxilios en el mismo lugar del accidente, lo que acorta notablemente los plazos de respuesta, tanto que pueden llegar a salvarse vidas. En palabras del teniente Usieto:

*-No es lo mismo que acudamos cualquiera de nosotros, que escasamente tenemos unos conocimientos básicos, que sea un médico profesional quien atienda cualquiera de las situaciones en las que nos podemos ver metidos.*

Todos los problemas que puedan surgir se deben prever antes del transporte, ya que las maniobras que se pueden realizar dentro del aparato son mínimas. A ver, en su bodega caben hasta dos camillas, pero si

se meten las mochilas, el material sanitario y el de rescate, solo queda espacio para una. Puede llevar una tripulación de cinco personas, entre piloto, copiloto, médico y dos guardias. El tiempo de llegada al punto de rescate puede precisar veinticinco o treinta minutos de vuelo. Por eso deben preverse todos los problemas posibles antes de emprender el vuelo. Dentro del aparato es imposible intubar al paciente o realizar cualquier tipo de maniobra con él. Si surge la necesidad, es forzoso aterrizar y actuar fuera del mismo. Después el herido será conducido al hospital más cercano, Jaca o Barbastro, o directamente a San Jorge de Huesca.

Casi a la par, el guardia Torrijos se convirtió en Guía Canino para los rescates bajo la nieve, sobre todo cuando hay que rastrear tras caer un alud. Los canes Aiton, Serafín, Kimon, Curro, Claus y León han llegado a ser legendarios. Que se lo digan, si no, a los rescatados.

-En 2001, el perro Aiton sacó en el Garmo Negro a un montañero después de cuatro horas bajo un alud de casi tres kilómetros de extensión. Ya lo dábamos todo por perdido, pero al final apareció en una ladera, en posición fetal. Al sacarlo a la luz, aún murmuraba. Se enteró de que estaba vivo cuando el helicóptero lo evacuó. El subidón que sientes en esos momentos entonces es determinante para tu carrera.

En los mentideros de Panticosa, se oye:

*-Ola, oyes l'alicotero y ya sapes, de tardes fiambre. Ixe debe marchar ta Bachimaña u ta Bramatuero.*

*-Ombre, no sías pesimista, que b'ha muchos que salen t'alante.*

*-Sí, sí, os que salen por os que no'n salen. ¿Qué no tendrán outra cosa que fer?*

*-Y bel guardia que s'ha estorrutato también. No b'ha drecho.*

*-Yo les ferba bosar o rescate. Y ya se lo pensarban bien, ya...*

El doctor Jorge Palop, uno de los médicos que habitualmente sube al helicóptero y muchas veces, cura, interviene e incluso ha operado quirúrgicamente de urgencia a más de 3.000 metros de altitud, a propósito de uno de los rescates, nos cuenta:

-Era octubre de 2010 y, como suele ser frecuente, aún hacía buen tiempo. Tres montañeros estaban escalando en un corredor en el valle de Benasque. De repente, uno de ellos se cayó y se rompió el peroné. Llamaron entonces a emergencias. Llegamos con el helicóptero de la Guardia Civil al límite de las posibilidades de vuelo, a 3.200 metros de altitud y con visibilidad casi nula. El aparato nos dejó a los guardias y a mí con la

idea de volver a buscarnos. Pero el tiempo cambió súbitamente, la niebla se echó encima y empezó a nevar. El helicóptero no podía regresar. Así que nos quedamos allí con el herido y sus compañeros. La noche se hizo eterna. Pero, a pesar de los pesares, otro par de guardias pudieron llegar a pie con alimento, bebidas calientes y ropa de abrigo. Han pasado tres años y aquellos montañeros nos llaman de vez en cuando y siempre nos felicitan las navidades.

En palabras del guardia Torrijos

-En la montaña toda prudencia es poca. La vida se escapa en un instante.

Y el guardia Paco Torres añade:

-Y nosotros tenemos que llegar justo en ese instante, aun a riesgo de nuestras propias vidas.

## 6.- De padres trabajadores, hijos vagos... y los nietos a pasar hambre

### Ochos, 1950

En Ochos, como estaba junto a la carretera, había una fonda, con bar, que además tenía un pequeño comercio en el que se podía comprar de todo, desde una lata de sardinas hasta un paraguas de pastor. En la fachada lucía un flamante cartel: FONDA BAR GABÁS.

Gabás era el nombre de toda la vida de la casa. Vivían el matrimonio formado por Pascual y Ramona, con sus hijos Pascualé, Isabelita, María José y Carlos. Todavía vivía la madre de Pascual, la señora Miguela. Eran trabajadores como abejas en un panal. Además del establecimiento, mantenían un modesto rebaño de ovejas, una docena de vacas, otros tantos *cochíns*, conejos, gallinas y cultivaban como huerto varias *faxas* de regadío. Podía decirse que eran autosuficientes. Todo, menos el vino, el pan y la fruta, era de casa. Y lo que había que comprar, venía de cerca. El vino lo subía Marquitos de Biescas. El pan lo amasaban y cocían en el horno local. La fruta, siempre de temporada, la traían los vendedores ambulantes. Y lo que faltaba, lo sacaban de su propia tienda. Así que, el negocio era seguro.

El bar estaba abierto desde las siete de la mañana hasta las once o las doce de la noche, según la época del año. Lo mismo decimos del comedor. Allí paraban a almorzar, comer, cenar, o simplemente a echar un bocado, decenas de camioneros, viajeros y demás *trachinantes*. El turismo, por aquel entonces, era solo un espejismo.

## Ochos, desde 1965

El turismo había empezado ya a llamar a las puertas del Valle. Primero solo estival. Pero los deportes de nieve no se hicieron esperar y en el Valle abrieron un par de estaciones de esquí. Y una noche, después de cerrar, Pascual le dijo a Ramona:

*-Oye, estoy pensando que poderbanos ampliar a fonda y fer un otelacho. Y d'ixas trazas, con l'otel, o bar y ra tienda, les dixamos a istos mozetes nuestros a bida bien encarata. ¿Qué te parixe?*

*-Y de do bamos a sacar as perras?*

*-¡Rai! Ixo no ye problema. En o banco en tenemos una pila, y amás si cal pedir bel prestamo, no tendrán cojones de dizir-nos que no.*

Dicen que de las conversaciones de almohada, los matrimonios sacan grandes provechos. Y así fue. Dicho y hecho. Dados quienes eran, en la Caja de Ahorros no les pusieron ningún problema. En el Ayuntamiento, menos. Un arquitecto les hizo el proyecto y una empresa de albañilería local se hizo cargo de la obra.

En un par de años el hotel abrió sus puertas. Invitaron a todos los del pueblo a un aperitivo, a base de jamón y varios porrones de vino. Mosen Félix bendijo las instalaciones. HOTEL GABÁS (\*\*). BAR-RESTAURANTE. COMERCIO. Dos estrellas. Tenía veinte habitaciones. Había dos baños en cada planta. En las habitaciones solo había un lavabo. Además del bar y del comedor, el hotel tenía un salón. Allí pusieron la primera televisión. Durante bastantes años mantuvieron abierta la tienda.

Ramona seguía al frente de la cocina. Pascual continuaba gobernando la barra del bar y la tienda. Sus hijos les ayudaban en lo que podían. Pascualé y Carlos iban con su padre. Isabelita y María José, se encargaban de servir las mesas en el comedor. Además pagaban horas a varias mujeres del pueblo para hacer las camas, limpiar las habitaciones, las ropas, la lavandería y demás faenas menudas. Aunque Pascual y Ramona, cuando levantaron el hotel, en principio pensaban en sus hijos, sin embargo les dieron o les quisieron dar estudios a los cuatro. Entre semana estaban estudiando fuera. Ellos en Jaca, ellas en Huesca. Cuando venían de vacaciones ayudaban en el hotel. Sus padres, de natural generoso, les pagaban un pequeño sueldo. A los dieciocho años Isabelita fue a Zaragoza a estudiar Derecho. Un par de años más tarde, su hermana María José empezó Enfermería. Pascualé no hizo nada. Cuando terminó en los Escolapios de Jaca, se quedó en casa. Buena falta hacía. Carlos, el pequeño,



quiso estudiar Económicas y Empresariales, pero colgó la carrera en primero. Al curso siguiente se conformó, y en casa le apoyaron, con hacer un curso de contabilidad y aprender francés. Así ayudaba en casa con las cuentas y con los turistas del país vecino.

Durante los meses de julio y agosto el hotel estaba siempre lleno. Se iban unos clientes y llegaban otros. No paraban ni de día ni de noche. No guardaban, ni podían guardar ni un día de fiesta. Durante el invierno, era sobre todo los fines de semana entre diciembre y abril, cuando tenían una buena ocupación. No digamos en las Navidades y Semana Santa. Los meses de septiembre, octubre, noviembre, mayo y junio, estaban tranquilos. No cerraban, pero apenas había clientes fuera de los habituales del bar, la tienda y el restaurante de carretera. Aprovechaban entonces para pintar y reformar lo que fuese menester. No conocían ni concebían las vacaciones. ¿De qué?

El hotel seguía siendo autosuficiente en todo lo posible, como la fonda. Ahí estaba gran parte de la clave del éxito del negocio. Cuando abrían el bar, Pascual ya llevaba levantado un par de horas. Había ordeñado las vacas. Había pasado por el gallinero. Había cogido en el huerto todo lo que iban a consumir durante el día... A mitad de mañana bajaba al matadero de Biescas a buscar la carne que previamente habían bajado viva. Que si un par de corderos, que si un ternero... Las cámaras estaban llenas, pero era todo carne de casa. Al volver, Pascual seguía arreglando los huertos. Y, un poco antes de servir las cenas, Pascual regaba. Así se aprovechaba más el agua. El caso es que, aunque apenas se le veía, estaba todo el día en movimiento. Algún turista del hotel comentaba:

-Pero este hombre... ¿dónde se mete? En esta casa solo trabaja Ramona. Y las chicas, lo mismo. Fíjate qué tutes se meten en el comedor. En el pueblo igual, solo se ven trabajar a las mujeres. ¿Qué hacen los hombres? ¿Dónde se meten? En estos pueblos los hombres son unos vagos.

Ignorantes. Cuando los veraneantes se levantaban, los hombres ya llevaban varias horas trajinando. Y las mujeres también. Pero sin levantar polvo ni hacer ruido.

La otra clave del éxito de la empresa era y es el negocio familiar. Horas y más horas. Todas las del mundo. Y si falta uno, enseguida cubre el hueco otro. Los sueldos que no se pagan, van a la caja común familiar. Y de dicha caja salen los beneficios, las obras de mejora, los estudios de los hijos y lo que haga falta.

## Ochos, 1980

Isabelita se acababa de casar. Unos pocos años antes había terminado la carrera de Derecho y se montó una gestoría propia en Huesca. Su marido era un gestor inmobiliario importante, pieza fundamental en el nuevo boom urbanístico en el Valle propiciado por el turismo invernal. De lunes a viernes estaban en la capital de la provincia. Los fines de semana los pasaban en Ochos. A ella le tiraba la casa y la familia. A él su negocio. Pero todo era compatible. Por supuesto que sí. Años más tarde, cuando ya sus hijos Armando y Ernesto tenían alguna edad, les encaminaron a trabajar en el bar y en el hotel. Por lo menos se ganaban unas perras en vacaciones y no estaban ociosos durante el verano, como tantos otros.

María José, la enfermera, sacó a la primera las oposiciones del entonces Ministerio de Sanidad. Quiso quedarse en Zaragoza, donde estudió, y allí echó raíces. A los pocos años, se enganchó a estudiar Medicina y, a curso por año, terminó brillantemente la carrera. Eligió la especialidad de cardiología, o sea, pulmón y corazón. Se casó con el director del Hospital Clínico de la capital aragonesa. Un buen partido por ambas partes. Su vida quedó definitivamente radicada a orillas del Ebro. Solo subían a Ochos de vez en cuando, a esquiar en invierno y quince días en agosto.

En casa quedaron, de momento, Pascualé y Carlos, los dos varones. El primero quedó soltero. El segundo se casó con Itziar, una chica de San Sebastián que solía venir a esquiar todos los inviernos. Fundaron hogar en Ochos.

Pascualé, a pesar de que iba siempre con su padre, apenas tenía iniciativa propia. Trabajaba, por supuesto, pero si no le mandaban, se dedicaba a la buena vida. Y, en temporada alta, tanto en invierno como en verano, con semejante ambiente, le costaba encontrar el camino de casa y hasta la puerta de su habitación. Luego, al otro día, nadie era capaz de hacerlo levantar a buena hora.

Carlos, llevaba la gestión y las cuentas del múltiple negocio familiar. No lo hacía mal. Además, gracias a su conocimiento de la lengua francesa, eran cientos de turistas galos los que paraban en su establecimiento. Su mujer Itziar, era monitora de esquí. Al principio ayudaba en todo lo que podía y sabía en el hotel. Pero luego pudo más su vocación deportiva que el negocio familiar y en invierno se dedicó exclusivamente a la nieve. En verano, entre el Tour, el Giro y la Vuelta, y el creciente interés por el ci-

clismo, llegó a organizar una agencia deportiva basada en las dos ruedas, con tienda incluida. El matrimonio era una pareja modelo. Se querían mucho. Tuvieron tres hijos, Aitor, Arantxa y Miren. Se nota que su madre era vasca, ¿no? Ahí siempre manda la madre.

Pascual, el patriarca de la familia, en la terraza del bar, comentaba con sus amigos de confianza:

*-¡Rediez, istos zagals! No sé qué radio se les pasara por a capeza. ¿Qué modas nuevas en an portiato? No me quiere seguir garra chen d'ellos. A cría mayor, cosa. Ya en tiene pro con o suyo. Os zagals, un poqué en o bar cuando bienen y no asperes más. A medica, ostias. Pascualé, ya sapes pa qué bale. Y si se bola en a cama capino, a l'otol diya no muebe ni aunque lo metan en un esturrazo. Y ro chicorrón, Carlitos... ixe sí que ye un señorito. Con ixo que sape de cuentas y charra franchute... Como ra muller, a deportista ixa... En fin, que no sé qué feremos. Toa ra biba escolonatos a treballar con a Ramona y ya biés pa qué. Cagon...*

## Ochos, a partir de 1990

Cuando Pascual y Ramona se jubilaron, se hizo cargo del negocio Carlitos, el pequeño de la familia. A su lado esta Pascualé, el hermano mayor, pero siempre como apoyo. A veces como estorbo.

La autosuficiencia del suministro enseguida se acabó. Era más fácil traer de fuera la leche, los huevos, los conejos, los pollos, la carne, las patatas, los jamones, los embutidos, los quesos, las hortalizas y las verduras, que tenerlas de producción propia. Es cierto que se ahorraron infinitas horas de trabajo suplementario. Tampoco tenían que madrugar tanto. Y podían pasar en la terraza del bar sentados, hablando con los clientes, sus buenas horas. Cristóbal, el cocinero que habían contratado era bueno y trabajador, pero la comida dejó de ser tan casera como antes. La gente lo notaba, pero tampoco se resentía el negocio. Si acaso, la caja registradora ingresaba menos que antes, cuando casi todo era de producción propia.

A los dos años de hacerse cargo del hotel, Itziar le propuso a su marido:

-Oye Carlos, ¿no te parece que no vale la pena sacrificarse tanto para vivir? Fíjate, con lo que tenemos tú y yo, el par de fincas que hemos vendido y poco más, nos sobra. Si nos quedamos con las habitaciones y al-

quilamos el comedor y el bar, fíjate la cantidad de preocupaciones que nos quitamos de encima. Y el tiempo que nos quedará para nosotros.

Dicho y hecho. La temporada turística de 1992 abrió con novedades. Carlos e Itziar solo llevaban las camas del hotel. La cocina y el comedor corrió por cuenta de Cristóbal, el cocinero, que ansiaba establecerse por cuenta propia. Y el bar lo cogió uno del pueblo, Paquito de casa Cojo. Las habitaciones siguieron estando llenas en temporada alta. Tanto Cristóbal como Paquito pagaban al matrimonio mensualmente sendos alquileres.

-¿Ves? Ya te lo decía yo. Esto sí es vivir y no lo de antes, decía Itziar a su marido.

-Pues sí que vas a tener razón. Vamos, que siempre la has tenido, respondía Carlos.

El sistema, en principio funcionaba bien engrasado, pero con el tiempo las piezas de la maquinaria comenzaron a resentirse. A Cristóbal no le terminaban de salir las cuentas. Es que, a los cocineros les parece que el dueño del establecimiento se enriquece a su costa y, cuando se independizan, por muy buenos profesionales que sean en los fogones, por falta de talento empresarial, muchos de ellos suelen fracasar. Paquito pasaba muchas horas detrás de la barra y enseguida se dio cuenta de que solo no podía, que necesitaba contratar a alguien. Con Cristóbal, el cocinero, llegaron a un acuerdo para bocadillos y tapas. Los dos saldrían beneficiados. Cuando estaba él al cargo de la barra el bar se animaba. Según quién le sustituía, a veces ahuyentaba a los clientes. No era muy partidario de tener personal, pues eso le dificultaba llegar a final de mes, sobre todo en temporada baja. En noviembre había mañanas que solo servía un par de cortados y media docena de carajillos. Y muchas tardes, con otros tantos vinos, tenía que cerrar caja. No sacaban ni para la luz. Menos aún para el sueldo del camarero.

El caso es que Cristóbal terminó dejándolo. Detrás de él vinieron otros, unos cuantos, a veces un par por temporada. Pero el problema estaba en que el que se hacía cargo del negocio, tenía que hacer atractivo su sueldo y compaginarlo con el cada vez más alto alquiler. Y eso no siempre se conseguía.

El bar también languidecía. Necesitaba una reforma. El mobiliario era viejo. Las mesas y las sillas movían sus patas. La barra estaba ya desgastada. Pero los dueños se resistían. Aunque a Carlos le salían los números de la inversión, no se terminaban de decidir.

Los hijos del matrimonio propietario, Aitor, Arantxa y Miren nunca

se interesaron lo más mínimo por el negocio. Tampoco sus padres les hicieron mucha presión. Aitor era monitor de esquí, como su madre. Se montó en el pueblo una tienda de deportes. Arantxa estudio fisioterapia y se fue a Inglaterra a ejercer. Allí se quedó. Miren era muy hábil con la informática. Se colocó en la Caja de Ahorros. Le dieron plaza en una de las oficinas de Jaca.

Así que, cuando Carlos e Itziar cumplieron la edad reglamentada, se jubilaron. Les quedó una buena pensión a cada uno. A ello había que sumar, como tantos empresarios y autónomos locales hicieron, un plan de pensiones particular. Y, en vista del panorama, decidieron vender. Nadie quiso comprar el negocio al completo. No sabemos si es que los dueños pedían mucho o que los posibles compradores no lo veían rentable. El caso es que terminaron partiéndolo en tres porciones. Una era el bar. Otra el restaurante. Otra las habitaciones.

El bar, al final, lo compró Paquito de Cojo. Pero lo hizo como inversión. Como ya tenía una edad, contrató a dos colombianas que vinieron a trabajar al pueblo, Isabella y Amaranta. Las dos se entendían bien y lograban atraer altas cotas de clientela, sobre todo masculina.

Tras pasaron el restaurante a Christian, un cocinero argentino especializado en pizzas y brasa. También supo atraer y fidelizar una buena clientela, pues los menús del día eran variados, económicos y con raciones abundantes. Los fines de semana tenían carta aparte. Pero siempre estaba lleno.

Nadie quiso hacerse cargo de las habitaciones. Así que, ni cortos ni perezosos, Carlos e Itziar decidieron derribarlas y construir cuatro apartamentos. Los vendieron sobre plano. Los nuevos inquilinos eran todos de Zaragoza.

Y así terminó la historia del hotel Gabás, que no de la casa, porque algunos de sus descendientes continuaron en el pueblo.

Tanto Aitor, como Arantxa y Miren vivían de su trabajo y disfrutaban de un buen sueldo. Tampoco necesitaban más. Además sus padres les habían dejado a cada uno una buena cuenta corriente.

Pero Aitor no terminó bien. Consumía todo tipo de sustancias. Todo lo que salía lo probaba. Ya se sabe lo peligroso que es el mundo del esquí. Su mujer y sus hijos continuaron en Ochos. Arantxa, como se quedó a vivir en Bristol, apenas venía a España. Guardó el dinero que sus padres le dejaron. Y la pobre Miren tuvo mala suerte. A los treinta y cinco años le diagnosticaron una enfermedad degenerativa. Gastó mucho en trata-

mientos. Incluso viajó a Estados Unidos. Pero todo fue inútil. Su hermana le tuvo que ayudar económicamente. Tras mucho sufrimiento, falleció a los tres años. Dejó esposo y dos niñas.

El tío Pascualé, que se había quedado en casa, terminó sus días en la residencia de Biescas.

Aquella conversación de almohada entre Ramona y Pascual, se hizo realidad. Pero con el tiempo, sus sueños se volatilizaron. Por eso se dice que lo que una generación levanta, otra lo mantiene y otra lo espalda. O lo que es lo mismo, de padres trabajadores, hijos vagos y nietos a pasar hambre. Vivir para ver.

## 7.- Los conquistadores del Pirineo

### Ochos, 1980

El desarrollismo vivido en España durante los años 60 del siglo XX propició el nacimiento de una amplia clase media, que, sin llegar a ser millonarios, podían permitirse lujos hasta entonces impensables como comprarse un coche, una vivienda en propiedad o irse de vacaciones. Desde entonces, algunas familias urbanas gustaban de pasar unas semanas de vacaciones en el Hotel Gabás de Ochos. Es el caso de la familia Martínez Lozano, de Zaragoza, formada por el matrimonio Mariano y Angelines y sus cuatro hijos Nanín, Fernando, Carmen y Patricia. El padre era encargado en un taller de manufacturas metálicas. Ella se dedicaba a sus labores, que no eran pocas. El padre disfrutaba mucho en la montaña y vivía con pasión la pesca. Eran buena gente. Todos los años pasaban un mes en Ochos, desde el 18 de julio hasta el 18 o el 20 de agosto, cuando se acaban las fiestas patronales. Y así un año y otro.

Por la mañana, después de desayunar, Mariano solía irse a pescar al río o algún ibón cercano. Angelines se iba al río con los críos. Ella tomaba el sol. Los críos jugaban y se bañaban. A veces hacían alguna excursión con el coche. Podían ir al Balneario, a Formigal, a Francia... Otras veces Mariano se iba con los críos mayores a alguno de los lagos de la zona y allí pasaban el día. Mientras Angelines se quedaba en el pueblo con los pequeños. Los críos disfrutaban cogiendo fresas, *chordones*, moras y todo tipo de flores. Por la tarde solían quedarse en el pueblo. Mariano iba a tomar café al bar y tenía su cuadrilla de guiñote. Luego salían a pasear. Se mezclaban con la gente del lugar. Los críos jugaban con los del pueblo. Angelines hacía corro con las mujeres. Las dos partes siempre se entendieron bien. Nunca hubo problema alguno ni de integración ni de adap-

tación. Y así un año y otro. Y a fuerza de años llegaron a formar parte del paisaje.

Con el tiempo llegaron a plantearse comprar un apartamento, en los bloques que construían a las afueras del pueblo y lo adquirieron. Eso les permitió y les obligó a subir al pueblo no solo durante el verano, sino durante todo el año. Además los críos le habían cogido afición al esquí.

## Zaragoza, 2000

Con la crisis industrial, el taller donde trabajaba Mariano cerró sus puertas a principios de los noventa, pero él tuvo suerte porque tras un par de meses en paro, logró colocarse en la Opel de Figueruelas. Con su experiencia en mecánica, en el manejo del torno y la fresa, y sobre todo, con su prestigio como encargado, entró a la primera en la multinacional. No solo aumentó sus ingresos mensuales, sino que mantuvo su seguridad laboral hasta su jubilación en 2010.

Angelines, como de soltera había sido costurera y medio modista, cuando los críos se hicieron mayores y no precisaban tantas atenciones, entró a formar parte de una cooperativa formada por varias vecinas del barrio de las Delicias de Zaragoza, donde vivían. Trabajaban sin parar confeccionando trajes femeninos para joterías y el creciente número de mujeres que participaban en la Ofrenda de Flores a la Virgen del Pilar el 12 de octubre. Es cierto que se les acumulaba la faena durante el mes de septiembre, pero aprendieron a ir adelantándola durante todo el año.

Los críos fueron estudiando. Los dos mayores, Nanín y Fernando, que iban a los Salesianos de la Ciudad Jardín estudiaron sendas ingenierías, el uno mecánica en La Almunia y el otro informática en Zaragoza. Se colocaron rápidamente. Nanín, por mediación de su padre, ingresó en la Opel. Los jefes se lo llevaron a Alemania. Allí se casó y fundó su nuevo hogar. Fernando se quedó en Zaragoza. La informática estaba empezando a invadir todos los sectores sociales, económicos y productivos. Fundó su propia empresa, Informática Aragonesa XXI. Hasta la fecha, aunque tiene pareja, aún no se ha casado.

Las crías, las pequeñas de casa, llevaron otra historia. Las dos fueron al colegio de las Josefinas, en el mismo barrio de las Delicias. Mari Carmen estudió Magisterio. Como no aprobaba las distintas oposiciones,



como maestra interina iba recorriendo curso a curso los pueblos más alejados de la geografía aragonesa. Pero era feliz y muy competente en lo suyo. A falta de una estabilidad laboral, tampoco se sentía en condiciones de rubricar una estabilidad afectiva embarcándose en el matrimonio.

La pequeña, Patricia, era la más insegura de los cuatro, siendo que sus dos hermanos varones no tenían nada de inestables y su hermana solo esperaba aprobar la dichosa oposición para dar los pasos que quería en su vida. Ella no estudió carrera, aunque iba bien en los estudios. Se conformó con un par de cursos de Administrativo de Formación Profesional. Además, como por las tardes le ayudaba con la contabilidad a su hermano Fernando, aprendió informática de forma casi autodidacta. Por la mañana trabajada a media jornada en una panadería de la calle Unceta.

A Patricia le agobiaba mucho la vida en la ciudad. Las calles del barrio de las Delicias, estrechas, sombrías, llenas de coches, sin sitios para aparcar, sin una zona verde cercana, le martirizaban la cabeza cada día más. Salía, que ahora ya no se decía que festejaba, con un chico del barrio llamado Iván. Él era un gran amante de la naturaleza y miembro activo de una conocida asociación ecologista. Era monitor deportivo. Trabajaba de esto y de lo otro, nunca en un sitio fijo, pero nunca estuvo en paro.

Patricia seguía subiendo a Ochos regularmente, bien con sus padres en verano, bien sola o con su chico, cuando les apetecía. Allí se fue dando cuenta de que en un pueblo viviría mejor que en la gran ciudad y que estaba dispuesta a cambiar el asfalto de las Delicias por las calles empedradas de Ochos. Así que fue madurando la idea. Se lo propuso a Iván y éste no solo no le puso ningún problema, sino que le animó en su proyecto. Además así podían empezar a vivir juntos, pues hasta ahora, cada uno lo hacía en sus respectivos hogares paternos.

¿Dónde vivirían? Primero, quizá, en el apartamento de sus padres. Aunque le habían echado el ojo a un garito que habían acomodado en un pajar de casa Garrillas y que los dueños alquilaban a quien se lo pidiese. Era pequeño, una cocina-salón, eso sí, con hogar, baño y un par de habitaciones. No necesitaban más.

¿De qué vivirían? Ella sabía mecanografía, informática, contabilidad... Y estaba dispuesta a engancharse a lo que fuera. Además había aprendido a dar masajes en un cursillo de la Cruz Roja. Él intentaría colocarse en las pistas de esquí en invierno y como guía de montaña en verano. También le plantearon la posibilidad de instalar unas colmenas en el amplio monte de la zona, ya que la miel empezaba a cotizarse mucho. Además,

con un huerto, media docena de gallinas, otros tantos conejos y poco más, tenían más que suficiente.

¿Qué futuro tendrían? De momento no miraban al futuro. Si acaso al presente y al mínimo tiempo que se desprenda del mismo. De casarse, ni hablar. Y si decidían tener algún hijo, mejor que naciera en el paraíso del pueblo, que no en la vorágine de Zaragoza.

Dicho y hecho. Ambos comunicaron a sus respectivas familias la decisión tomada y se embarcaron en la empresa. Iván tenía veintitrés años, Patricia veintiuno.

Así que abril del año 2002, coincidiendo con las vacaciones de Semana Santa, dejaron sus respectivas ocupaciones en la capital y se instalaron en Ochos.

En el pueblo, algunos comentaban:

*-Abís bisto a ixa pareja. Lo que nos faltaba, que se nos claben os jipis astí.*

*-Ala no digas fatezas, que a ixa mozeta la conoxemos de toa ra bida. Y con su pay, güenas partidas de guiñote que chugas.*

*-Sí, sí, cata que trazas traen. Ella, antes más yera maja, pero con ixos ropajes no b'ha qui le clabe ros güellos. Y él, ta ra mili tenerba que ir a que le rapasen ixas greñas.*

*-De tabaco, me pa qué en gastan una pila, porque nomás fan que fumar, pero en o estanco no deben dixer una perra...No lo sacarán d'Andorra.*

Les dejaron a buen precio el apartamento de casa Garrillas. También, les dejaron un huerto, muy cerquita de la casa, prácticamente gratis. Como los amos ya no lo cultivaban, solo les pidieron que mantuvieran limpio de maleza tanto el huerto y sus inmediaciones, como el camino.

Enseguida se pusieron manos a la obra. Desbrozaron el campo, lo labraron con una mula mecánica que les dejaron, y, siempre con ayuda y consejo de los propios del país, empezaron a sembrar. En la mingua de mayo pusieron ensaladas, acelgas, borrajas, cebollas, ajos, zanahorias y patatas. En el creciente, pepinos, tomates y calabazas.

*-Ay, mozeta, mira que no cogerás tomates asta ra Birgen de agosto, le decían, e ixo si b'ha buen orache, que en Zaragoza ya ros cogen en junio.*

Iván se subió una docena de colmenas y las puso en los campos donde más daba el sol. Nadie le puso problemas. Gastó casi todos sus ahorros al respecto.

Había en el huerto cuatro *manzaneras* de reineta, que, los años que

no se helaba la flor, daban muy buenos frutos. Ya nadie cogía las manzanas. Así que un punto más a tener en cuenta. Ya las podarían cuando fuere el momento. En mayo ya era tarde.

Se subieron de Jaca media docena de *pollas* que, en breve empezarían a poner huevos. También compraron a un particular cuatro conejas hembras y un conejo macho.

Pasaron el mes de mayo entusiasmados con la nueva vida y con la acogida que habían tenido en el pueblo, ya que eran buena gente y no se metían con nadie. A todos saludaban y con nadie tenían una mala palabra. Entre el acomodo del huerto, la provisión de leña y las labores de construcción del conejar y del gallinero, se encontraron a las puertas del verano casi sin pensar.

Enseguida se dieron cuenta que solo con un huerto, cuatro bichos y un par de masajes por semana no se vive, que había que pagar el alquiler y dar cauce a otros muchos gastos cotidianos como ropa, calzado, tabaco, el coche de Iván y, por qué no, algún capricho. Necesitaban ganar algún dinero, tampoco mucho, pero sí lo suficiente. Él pensó que se podría colocar como guía de montaña en verano y monitor de esquí en invierno, pero no le dejaron porque necesitaba una formación previa y la titulación adecuada. Con lo que él traía de Zaragoza, quizás para el año siguiente, haciendo los cursos de la FEDI y de la FAM, tendría hueco en el mundo deportivo profesional. Ella, viendo que las colmenas tiraban bien, ideó un comercio de conservas vegetales y naturales con los frutos del bosque y bayas que producía la rica floresta de la zona. Podrían hacer mermeladas de todas las clases, de *chordones*, de *tapaculos*, de *mirtillos*, de moras... Además, durante la temporada micológica, podían poner a secar y a envasar varias clases de setas y *ongos*. Pero, claro, si el primer año se siembra, la cosecha no llega hasta el segundo. Mientras el ciclo vegetal lleva su curso, ellos no solo debían ir preparando envases, sino también una mínima infraestructura productiva. Y luego estaba el incordio de los permisos de Sanidad y las licencias comerciales. Eso les producía vértigo. No habían venido al mundo rural, abandonando la ciudad, para agobiarse con papeles, Hacienda y demás rollos... Además necesitaban un dinero, no mucho, que no tenían, ¿Qué iban a hacer? ¿Pedir a sus padres? ¿A sus hermanos? ¿Prestado? ¿A fondo perdido? Optaron por esperar, por ganar alguna perra haciendo horas sueltas en cualquier ocupación, ahorrar y ver qué pasa, cómo se desenvuelve el panorama.

Mariano y Angelines, cuando subían a Ochos, veían que su hija estaba

algo desmejorada, pero era feliz. Había adelgazado ostensiblemente, pero eso le iba bien, pues las *cartucheras* que trajo de Zaragoza casi habían desaparecido. Además tenía buen color y derrochaba salud y energía. A principios del verano ya empezaron a coger alguna lechuga del huerto. También salían ya judías verdes, acelgas y borrajas. Eso les animaba a unos y a otros. Los huevos que ponían las gallinas aún eran pequeños, pero tenían un sabor como nunca habían probado en Zaragoza. Y así fueron pasando el primer verano. Los tomates se retrasaron hasta casi septiembre, pero comieron y pudieron guardar los que quedaban verdes envueltos en paja para que fueran madurando poco a poco durante el tiempo frío.

Llegó el otoño. Pudieron recoger manzanas y tener así fruta para todo el invierno. Además las colmenas dieron de media veinte kilos de miel por cada una. No les fue nada mal. Sacaron las patatas. Cogían *rebollones* y varias clases de setas. Seguían felices. Iván se inscribió en los cursos de la FEDI para sacarse el título de monitor de esquí. Lo de la Federación de Montaña lo dejó para más adelante. No tenía prisa. Además no había dejado la ciudad para vivir con agobios.

El último domingo de octubre cambiaron la hora. Amanecía antes, es verdad, pero a las seis de la tarde era de noche oscura. Y ya solía helar todos los días. En las cumbres de los montes aparecieron las primeras nieves. En el huerto solo quedaban coles y *esquerolas*. La naturaleza había comenzado su largo letargo invernal. El fuego del hogar permanecía encendido todo el día. Al principio se lo tomaron bien, pero poco a poco, Patricia empezó a deprimirse. Sería por la falta de luz, sería porque en el pueblo no había nada, ni tiendas, ni cines, sería porque Iván, con la excusa de los cursos de la FEDI, empezó a salir... O por todo eso y más. Vayan ustedes a saber. El caso es que, por consejo de sus vecinas y de sus propios padres, tuvo que ir al médico y éste le recetó unas ampollas de vitaminas con jalea real y ginseng, capaces de resucitar un muerto. Además le recomendó tomar el sol todo lo que pudiera. En menos de dos semanas estaba como nueva, pero se aburría mucho. Las tardes se le hacían interminables en Ochos. Aunque tuviese trabajo, aunque se juntase con las vecinas a tomar un chocolate con madalenas, las tardes invernales se le hacían muy cuesta arriba. Y eso que, en principio no le faltaba trabajo embotando y etiquetando sus mermeladas de frutos del bosque y envasando miel. Las navidades supusieron un agradable paréntesis, pero después de Reyes, el tedio volvió a su vida. La hoguera de San Sebastián y

la fiesta que organizaban las mujeres para Santa Águeda, apenas fueron un respiro. Para Carnaval sí que se lo pasó bien. Además, aunque aún quedaba mucho invierno, los días empezaban ya a alargarse un poquito. Iván no tenía otra faena que seguir con su formación en la FEDI, aunque comenzó a trabajar de *píster* en la estación para cubrir una baja.

Comprobaron en propia piel cómo la primavera no llegaba el 21 de marzo, como ellos creían y les habían enseñado en el colegio, sino a partir de Santa Cruz de Mayo, aunque este año 2003 se hacía de rogar. Casi se pasó directamente del invierno al verano. Ello supuso que tuviesen que sembrar los huertos dos veces, pues se helaron y que no hubiese fruta durante la siguiente temporada, pues también se congelaron las floradas de *manzanas*, *pereras*, *zerezeras*, *zirgüelleras* y *nuqueras*. Iván tuvo que mantener un par de meses más las colmenas en La Guarguera, donde habían pasado el invierno, pues las flores tardaban en llegar.

Pero llegó el verano y todo volvió a lo que ellos consideraban que Dios mandaba. El tiempo se estabilizó. La naturaleza terminó de despertar. Las colmenas subieron de nuevo al Valle. En julio empezaron a venir de nuevo los turistas. Sus padres, Mariano y Angelines, ya jubilados, se quedaron hasta septiembre. Sus hermanos iban pasando por el pueblo uno detrás de otro, aunque no solían coincidir todos juntos.

Llegó el nuevo otoño y había que preparar el inmediato invierno. Iván esperaba terminar el curso de monitor. Seguramente le llamarían otra vez para trabajar en las pistas, aunque no estaba seguro. Recolectaron la miel, como la pasada temporada, aunque la cosecha resultó bastante menguada. No tuvo nada que ver la climatología sino una epidemia que afectaba a la mayor parte de abejas de Europa y que nadie sabía aún muy bien cuál era su origen. Unos hablaban de un virus. Otros echaban la culpa a las antenas de telefonía móvil. Otros cargaban contra el cambio climático. No pudieron coger fruta, como el otoño anterior, pues las heladas de primavera afectaron a la floración arborícola del valle y a los huertos. Hasta las hayas se resintieron. Por el contrario, si hubo *arañones* para hacer *pacharán* y *tapaculos* y *mirtillos* para las mermeladas.

Pusieron un stand en la Feria de Biescas, el tercer fin de semana de octubre, pero solo pudieron ofrecer miel. Sanidad no les dio permiso para comercializar las mermeladas. Es que a Patricia le salió mal una partida de botes y alguien los denunció. Se ve que no dominaba aún la técnica del *baño maría*, sobre todo a gran escala. Y los botes que le quedaron intentó sacarlos delante de tú a tú, pero visto lo visto, apenas consiguió

nada. Tuvo que medio regalarlos a la familia. Solo les cobraba el precio del tarro. Al menos, si abrían uno y les salía malo, no la denunciarían.

Un día, al entrar en el gallinero, encontró una gallina medio devorada, otra muerta y el resto desplumadas. Había entrado una *fuina* y había hecho un pequeño gran destrozo entre los animales. Patricia cogió la gallina muerta, la desplumó y después de limpiarla bien, la guiso en pepitoria. No le cayó bien. Casi se intoxica. Las mujeres del pueblo le dijeron:

-Ay *chiqueta*, cómo se te ocurre hacer eso. Los bichos muertos no se deben tocar. Hay que dejarlos para los buitres y los cuervos. Las gallinas solo se comen cuando dejan de poner y son viejas. Entonces se matan, se les quita la sangre, se dejan orear un día o dos y, entonces, al caldero. Pero no se debe comer un bicho muerto jamás. Vete a saber tú de qué habrá muerto. Puede contagiar la peste a las personas...

Y Patricia no se contagió de ningún virus animal, pero sí tuvo un trastorno digestivo que la tuvo una semana solo a base de caldos, arroz blanco y tortillas a la francesa. Pero lo peor volvió a llegar inexorablemente. De nuevo las tinieblas se adueñaron del otoño e invierno pirenaico. Patricia volvió a deprimirse, esta vez no solo por la falta de luz sino por todo lo que habían pasado durante los últimos meses y porque la caja familiar estaba pidiendo auxilio. De poco le sirvieron las vitaminas que tan bien le sentaron el año pasado. Además, el médico le dijo:

-Oye Patricia, me parece que a ti te pasa algo más. ¿No estarás embarazada?

-Oiga don Pepe, no me asuste. Ya sé que he tenido una falta, pero lo de vomitar era por lo de la gallina.

-Vamos a hacerte una prueba, Patricia. Cómprate un *predictor* en la farmacia y con el resultado, vuelve mañana o pasado a la consulta.

Efectivamente, don Pepe, que era médico viejo, tenía razón. Patricia estaba embarazada de casi dos meses. Si el embarazo progresaba bien, la criatura nacería para junio. Casi se muere del susto. Iván también. No lo esperaban ni de lejos. Pero no lo tomaron mal. Al revés. Ahora tenían una nueva ilusión y, a todo esto, compartida.

El calendario seguía inexorablemente su curso y las tardes invernales, sin ninguna cosa que hacer y sin ningún lugar al que ir, se le hacían interminables a Patricia. Iván pasaba muchas horas con ella, por supuesto. Y llegó a contagiarse de su estado depresivo. Llegaron las navidades y Mariano y Carmen le dijeron a su hija:

-Oye, ¿Por qué no volvéis a Zaragoza? Así no podéis estar. Además

casi no tenéis con qué manteneros. Solo con miel y masajes no se vive. Además, la criatura que llevas dentro se merece mejores cuidados que los que le podéis ofrecer aquí.

-Mira os buscamos un *pisico* en el barrio, que ahora hay muchos que dejan vacíos, al ser conocidos os lo alquilarán por cuatro perras y os bajáis a vivir allí. Ya subiréis a Ochos cuando queráis y cuanto queráis. Tú vuelves a la panadería y a ayudarle a tu hermano e Iván si quiere puede seguir con las colmenas desde aquí, pues poco trabajo diario dan. Y luego enseguida encontrará trabajo de lo suyo en cualquier gimnasio.

Pasaron las navidades y Ochos volvió a sumirse en las tinieblas del invierno. La semana de San Sebastián decidieron bajarse a Zaragoza. Santa Águeda ya no lo celebraron en Ochos.

La criatura nacería en la seguridad de la vorágine en Zaragoza. No lo hizo en el paraíso montaños de Ochos. Poco más de año y medio les duró la aventura. Exactamente diecinueve meses. Las vueltas que da la vida.

## Zaragoza, Palacio Pignatelli, sede de la DGA, 1985

A mediados de 1985 la Administración aragonesa se planteó regularizar la situación de un grupo de jóvenes que llevaban viviendo en Aineto, en el corazón de la Guarguera, desde hacía unos cinco años, sin ningún tipo de permiso o cobertura legal.

Aprovechando esta coyuntura, un grupo de personas que vivían en otros pueblos de la zona, con convicciones similares a los de Aineto, se plantearon la posibilidad de poner en marcha otros dos núcleos más: Ibort, en el Gállego y Artosilla, también en la Guarguera. Tras varios meses de conversaciones con la Administración, redactaron un proyecto de reconstrucción y repoblación de estos tres pueblos, que desde su expropiación por el entonces Patrimonio Forestal del Estado en los años 40 y 50, ahora pertenecían a la Diputación General de Aragón.

El proyecto se presentó en febrero de 1986. En él se solicitaba la cesión legal de los tres pueblos a la Asociación ARTIBORAIN (acrónimo de Artosilla, Ibort y Aineto). Inmediatamente, un grupo de veinte adultos y trece niños, comenzaron a ponerlo en marcha. Estos pioneros, hartos de la vida en las grandes ciudades, llegaron a estos núcleos despoblados, sobre todo porque querían llevar a cabo, un modo de vida distinto, sin agobios ni prisas. ARTIBORAIN no es propietaria de ningún patrimonio

en los tres pueblos repoblados y todos los habitantes han de asumir el compromiso establecido con la Administración. La organización social de cada uno de los pueblos se basa en una asamblea local con capacidad de decisión. Respecto a la entrada de nuevos habitantes en cualquiera de los tres pueblos, la decisión también pasa por dicha asamblea.

Estos tres núcleos como otros similares, así como los pioneros que los repoblaron dieron mucho trabajo a la prensa local, tanto al Diario del Alto Aragón como al Heraldo de Aragón. El tema era nuevo y sugerente. Las páginas de los tabloides no se pasaban de largo. Todos, o casi todos los periodistas que trabajaban al pie del cañón, o bien los entrevistaron, o bien les hicieron uno y mil reportajes. Las hemerotecas son testigos.

Entre dichos pioneros, Jesús, que procedía de Zaragoza, con Mamen y sus hijos se instalaron en Artosilla. Decía Jesús:

-Queremos trabajar con la tierra practicando una agricultura biológica, reconstruir y construir con criterios de bioconstrucción y con materiales tradicionales y ecológicos. Además nos comprometemos a gestionar colectivamente el buen uso de lo cedido y la incorporación acertada de nuevas personas a nuestros pueblos, la no propiedad o el realizar una convivencia distinta.

Y Vimala, nombre con resonancias hindúes, se quedó en Aineto. Pensaba:

-Optamos por recuperar y poner en valor un patrimonio que al ser de la Administración, es de todos, haciendo el mejor uso posible del mismo. Promovemos, pues, la opción de usar responsablemente frente a la de comprar individual o incluso colectivamente. Además el proyecto no se limita a la actuación en estos tres pueblos cedidos, sino que, por un lado se abre a promover la mejora en cuanto a la calidad de vida y al bienestar social de las zonas más despobladas y deprimidas y por el otro a apoyar y colaborar con los proyectos e iniciativas que sean afines con los criterios de la Asociación.

Juanma, topógrafo madrileño y Chusa hicieron lo mismo en Ibort. Manifestaban abiertamente:

-Este proyecto satisface personalmente nuestros deseos de instalación en un medio más natural y a la vez lo planteamos como un intento de repoblación rural en una zona especialmente castigada por la despoblación como es el valle de La Guarguera y el entorno de Sabiánigo. O sea, un proyecto integrado en el mundo rural, que actúa en pueblos deshabitados de zonas con poca población y con vocación de expandirse y crecer,



procurando una relación armoniosa con el entorno y la naturaleza. Además con el compromiso de realizar en los pueblos una convivencia distinta basada en la no propiedad individual de los espacios y en el uso compartido y solidario de los distintos recursos.

## **Ibort, 1995**

Desde 1986 estaba en marcha la rehabilitación de Ibort. Este pueblo es uno de tantos de la comarca de Serrablo que a partir de los años 40 vio cómo sus habitantes se marchaban a las ciudades o se morían, por lo avanzado de su edad. Sus habitantes, forzados por la administración, pero como con prisas, abandonaron las viviendas y los campos pero no los recuerdos de un pueblo. Los últimos salieron en 1966. Y acabaron en Jaca, Sabiñánigo, en distintas zonas de la provincia y en Zaragoza. Ibort tenía siete casas: Abadía, Clérigo, Fabián, Juan Sieso, López, Navarro y Puente. Dicen que antes de la Guerra hubo dos más, Chaparro y Sanromán. En sus mejores tiempos pudo llegar a tener más de sesenta habitantes fijos. Se accede por dos pistas. La primera parte de Camparés, junto a Abena. La segunda se toma cerca del antiguo túnel de Bailín, cerca de Rapún y Ayés. Antes de que el Patrimonio Forestal repoblara todo el término de pinos, en Ibort predominaba el cultivo de cereal, siendo muy afamado su trigo. Sus semillas eran tan apreciadas que venían desde muy lejos a llevarse talegas enteras para sembrar.

Un par de jóvenes navarros, pero que no eran ya ningunos pardillos, Ricardo y Aurelio, con sus respectivas parejas Beth y Bea, salieron de Pamplona con intención de llevar a cabo un estilo de vida distinto al de la gran ciudad, alternativo, recuperando una economía netamente rural y en consonancia con el ritmo de la naturaleza. Tras recorrer algunos puntos de las serranías de la Navarra media y del Prepirineo oscense, a finales de los años noventa, recalaron en Ibort. Trajeron algún crío. Otros llegaron después.

Digo que no eran ningunos pardillos porque sabían lo que querían, lo que buscaban y lo encontraron. Es que es muy fácil idealizar la vida en el Pirineo, en la naturaleza, viniendo solo los fines de semana y en períodos vacacionales. Y en esos momentos es frecuente ver estos y otros lugares llenos de gente proveniente de la gran ciudad, que vienen, eso sí, con sus todoterrenos y vistiendo ropas deportivas, pero solo para pasar

un fin de semana, un puente o unos días. Y éstos no saben, ni pueden saber que lo verdaderamente duro y difícil, lo auténtico, lo heroico, es permanecer en el territorio todo el año y, sobre todo, vivir de lo que el mismo te ofrece, como hicieron tantas y tantas generaciones anteriores. Una cosa es que te guste la idea de vivir en una aldea perdida, y otra es vivir en una aldea perdida. Pero el reto es mostrar que eso es posible en la sociedad actual y en un mundo tan globalizado como el nuestro. Y eso supone relativizar todo lo que los medios de comunicación y la propaganda intentan meternos por los cinco sentidos y vivir al margen de tantas y tantas cosas.

Digo esto porque cuántos dicen y han dicho:

-¡Huy, qué bien se vive aquí! Este verano me vengo y me quedo.

-Esto es lo que yo quería. Oye, ese pajar, con el tejado hundido, lo re-habilitaré, que no se me lo ocupe nadie, eh...

-Si es que, es verdad. Para vivir no hace falta más que un huerto, dos gallinas y vale...

Sí, sí, cuántos empezaron y se marcharon a los cuatro días. Cuántos dejaron a medio construir los muros del pajar que iba a ser la casa de su vida. Cuántos empezaron, y es cierto que han seguido, pero han vuelto a la gran ciudad de lunes a viernes y vienen solo los fines de semana a convencerse y a intentar convencer a los demás que llevan un tipo de vida alternativo... Pero en realidad vinieron con la mentalidad de la gran ciudad. Y lo bueno es que ni se han desprendido de ella ni parece que tengan intención.

Y Ricardo y Aurelio se encontraron con el pueblo en marcha. El albergue estaba ya en construcción. La iglesia era y es salón de actividades múltiples. Además en su interior instalaron un panel-rocódromo. La antigua escuela fue el primitivo salón social, que, después devengó en bar. También hay un horno donde cuecen pan, y lo que haga falta.

Como a Ibort llegó gente de muy diversas procedencias y de todavía más sensibilidades, y como eso no es fácil de gestionar ni de socializar, enseguida Ricardo y Aurelio promovieron y fundaron la *Asociación Rural Os Cuculos*, que engloba a quienes comparten el mismo proyecto común en Ibort, pero respetando a los que, estando allí, optan por otro tipo de instalación, vida propia y convivencia.

Ricardo y Aurelio, junto con sus familias construyeron sus hogares. El uno, aprovechando una antigua construcción, el otro levantándola desde los cimientos en una era próxima a la iglesia. Eso sí, empleando

los materiales propios y clásicos del país y los criterios de racionalidad arquitectónica y energética procedentes.

Pusieron en cultivo varias de las antiguas fincas, además de rescatar huertos y frutales. A la vez que experimentaban, producían cantidades interesantes de ajos, patatas y otras hortalizas. Las gallinas y conejos ya habían vuelto al lugar, pero poco a poco fueron incorporando cabras y équidos. Las primeras les suministraban leche y la carne de los cabritos. Los segundos, fuerza bruta de trabajo, como así fue toda la vida. El aclareo y limpieza de los pinares de repoblación empezaron a suministrarles madera, leña y hasta algunos jornales al respecto. También fabrican artesanía con madera, bisutería, etc. Es cierto que, aun en estas condiciones de vida, solo con eso no se puede vivir, porque hay hijos en edad de estudiar y otras muchas necesidades básicas que atender. Entre los habitantes de Ibort hay gente con estudios, ingenieros, enfermeras, auxiliares, informáticos, etc... Entonces era y es habitual que unos y otras busquen en la zona determinadas actividades a media jornada, o por horas, para cubrir dichos compromisos. Pero siempre con la intención de mantener el tipo de vida que han elegido, nunca con idea de ir y volver, como hacen tantos otros. Los hay jardineros, hortelanos, canteros, loseros, pintores... Y también hay bastantes masajistas, auxiliares, cuidadoras...

Ninguno lleva reloj. Sólo los fines de semana, cuando los coches ocupan las campas anexas al pueblo, las actividades cotidianas de este colectivo de pacíficos revolucionarios varía. Vienen grupos para hacer actividades deportivas: Escalada, bici de montaña, rutas... Y en verano organizan campos de trabajo, en conjunto, con el colectivo ARTIBORAIN.

Al principio contactaron con los antiguos habitantes del pueblo. Algunos vivían cerca, en Sabiánigo y Jaca. No fue fácil la empresa. Tampoco polémica, porque no saltaron chispas. Decían los indígenas:

-Hay que joderse. Nos tuvimos que marchar de casa, porque nos tuvimos que marchar. Y ahora les dan las casas a estos *jipilondios* que vienen de no se sabe dónde y nadie sabe lo que harán aquí.

-Mira, en Lanuza les han revertido las casas. Y si ahora nosotros, que somos los descendientes legítimos, quisiéramos que nos las revertieran, ¡hostias!

-¡Jope! Y hasta van de romeros a Santa Orosia con el *ropón*... Pero no van a Jaca como *antes más*, van a Yebra y suben al Puerto.

Y vienen al cementerio, limpian anualmente los sepulcros de sus ancestros y los mantienen dignos. Pero nada más. Les han invitado varias

veces a la fiesta que hacen para San Ramón y a la romería recuperada de la Santa Cruz. Y también el cura Ricardo, que es el que está con ellos cuando le reclaman. Y han venido. Pero una vez que han acudido una vez, ya no pueden hacerlo más. No hay mala voluntad, qué va. Es que se les hace un nudo en el alma. Y no puede romperlo ni Alejandro Magno con su espada como hizo con el nudo gordiano. No puede ser de otra manera.

## **Ibort, 2015**

El sueño de Ibort ha dejado de pertenecer al mundo onírico, es una realidad. En esta fecha hay más de sesenta habitantes fijos en el pueblo, como en sus mejores tiempos. Hay gente de al menos diez nacionalidades diferentes, entre checos, italianos, marroquíes, argelinos, uruguayos, argentinos, chilenos, rumanos, españoles y una holandesa. Y es el núcleo rural del municipio que más niños envía diariamente, en el transporte escolar, a la escuela y al instituto del Puente Sardas de Sabiñánigo, en total unos quince. Y la cosa tiene visos de ir creciendo.

En palabras de Ricardo Andueza:

*-Antes el hombre aprendía por su capacidad de observación.*

*Y para observar hay que estar quieto.*

*Al estar quieto puedes fijarte en cosas.*

*Esta sociedad es un continuo movimiento, un no parar.*

*Y eso frena el conocimiento.*

*El conocimiento implica parar, pensar y reflexión.*

## 8.- Aceituneros activos. Los andaluces en el Pirineo

Jaén, 1937

Miguel Hernández (Orihuela, 1910 – Alicante, 1942) fue un poeta y escritor situado entre la Generación del 27 y la del 36. En 1937 escribió *Aceituneros*, un extenso poema dirigido a los aceituneros andaluces para decirles que en Andalucía, los olivos crecen gracias a ellos, a su empeño y a su trabajo y no gracias a los propietarios y terratenientes. Este poema quiere recordar a todos los trabajadores andaluces de su época las muchas injusticias y abusos que han tenido que soportar.

En la primera parte del poema, el poeta pregunta a los que trabajan las tierras andaluzas “quién levantó los olivos” para hacerles pensar. Y cuenta lo que ocurrió con un olivo al que ordenaron que se levantase.

En la segunda parte el poeta afirma que esos olivos han sido levantados por los aceituneros y no por los propietarios, que se enriquecen a su costa, pero que ni cuidan las tierras ni las aman como los propios aceituneros. Les acusa de injustos, despiadados y egoístas.

Y en la tercera y última parte Miguel Hernández habla directamente a la tierra de Jaén y le pide que sea fuerte, valiente y justa porque tiene mucho poder, mucha fuerza y únicamente le queda defenderse.

Esta letra fue musicalizada por Joan Manuel Serrat, en 1972, después por Jarcha en 1976 y posteriormente por Paco Ibáñez en 1989. Además es el Himno oficial de la Provincia de Jaén.

## Aceituneros

Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
decidme en el alma, ¿quién,  
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,  
ni el dinero, ni el señor,  
sino la tierra callada,  
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura  
y a los planetas unidos,  
los tres dieron la hermosura  
de los troncos retorcidos.

Levántate, olivo cano,  
dijeron al pie del viento.  
Y el olivo alzó una mano  
poderosa de cimiento.

Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
decidme en el alma ¿quién  
quién amamantó los olivos?

Vuestra sangre, vuestra vida,  
no la del explotador  
que se enriqueció en la herida  
generosa del sudor.

No la del terrateniente  
que os sepultó en la pobreza,  
que os pisoteó la frente,  
que os redujo la cabeza.

Árboles que vuestro afán  
consagró al centro del día  
eran principio de un pan  
que sólo el otro comía.

¡Cuántos siglos de aceituna,  
los pies y las manos presos,  
sol a sol y luna a luna,  
pesan sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
pregunta mi alma: ¿de quién,  
de quién son estos olivos?

Jaén, levántate brava  
sobre tus piedras lunares,  
no vayas a ser esclava  
con todos tus olivares.

Dentro de la claridad  
del aceite y sus aromas,  
indican tu libertad  
la libertad de tus lomas.

## Alto Gállego, primera mitad del siglo XX

Desde que el primer tren llegó a Sabiñánigo en 1893, poco a poco, como goteando, fueron llegando andaluces, murcianos y extremeños al Pirineo. Primero fueron las obras en la central de Biescas y en las de El Pueyo y Baños, inauguradas en 1921. Necesitaban mano de obra. A la par, las nuevas fábricas abiertas en Sabiñánigo, Energía e Industrias Aragonesas (EIASA), abierta en 1918, y Aluminio Español, en 1927, suponían un atractivo irresistible para quienes no querían pasar su vida brazo sobre brazo.

Tras la Guerra Civil, el gobierno emprendió una serie de proyectos que cambiarían para siempre la fisonomía de estas montañas. Por un lado, ante la demanda creciente de energía eléctrica, promovieron la creación de grandes obras hidráulicas, tales como embalses y centrales hidroeléctricas. Por el otro, el Patrimonio Forestal del Estado, para evitar la colmatación de dichos embalses, procedió a expropiar y comprar numerosas aldeas, ofreciéndoles a sus escasos habitantes un nuevo modo de vida, bien en la naciente industria, bien en los nuevos pueblos de coloni-

zación. A la par, los montes se iban llenando de pinos de repoblación. Para todas estas obras se necesitaba una ingente cantidad de mano de obra. El Pirineo no disponía de un contingente poblacional suficiente para tamaña empresa. Así que había que ir a buscarla fuera. Mientras unos emigraban a Barcelona, a los Monegros o a la Violada, trenes enteros de jornaleros y trabajadores del sur de España descargaban su pasaje en la estación de Sabiñánigo.

Uno o varios comisionados se encargaban de reclutar gente en tierras meridionales para venir a trabajar. Visitaban las ocho provincias andaluzas, especialmente Jaén, Córdoba y Sevilla. Pero también recorrían Extremadura y Murcia. En principio reclutaban solo a gente joven y soltera. Luego comenzaron a llegar familias. Eran gente dura, acostumbrada al hambre, las calamidades y todo tipo de carencias. Por eso encajaron bien. Aquí tenían trabajo, en su tierra no. Aquí no es que ganasen mucho, pero al menos ganaban dinero. En su tierra a veces trabajaban solo por el pan o por un plato de rancho. Solían vivir en barracones, en condiciones espartanas, pero es que en el sur no vivían mejor. Al principio les dieron a cada uno una cartilla de racionamiento, como al resto de españoles. Después surgieron economatos donde podían abastecerse de lo más básico a precios asequibles. Consumían grandes cantidades de cacahuetes, latas de sardinas y “patatas gorrineras”. De vez en cuando, añadían al caldero la carne de alguna oveja vieja o de alguna cabra.

Unos irían directamente a plantar pinos. La Guarguera, la Galliguera, Soduruel, y los valles están llenos de ellos. Detrás de una yunta de bueyes labraban las laderas. Después con un azadón, plantaban los árboles.

Otros subirían a trabajar a los embalses y centrales del valle. Trabajaban a más de dos mil metros de altitud, en condiciones durísimas, repressando ibones, arrastrando vagonetas, excavando túneles y canales y montando escalofriantes tuberías. Eran frecuentes los accidentes. Y también las muertes. Así los ibones de Brazato se represaron en 1942. Los de Bachimaña tuvieron que esperar hasta 1951. Y las grandes obras de Respomuso y Escarra se inauguraron en 1957. Una década más tarde vendrían las obras de los embalses de Búbal y Lanuza.

Cuando se acabaron las obras, muchos se quedaron aquí. Algunos se habían traído a sus familias. Otros las formaron aquí. Buena gente toda. Trabajadores, sufridos y de temperamento jovial. Sí Señor.



## Ochos, 1950

En el pueblo de Ochos habían tratado con pocos andaluces. Si acaso conocían bien a los guardias civiles Manuel Grima, de Turre, en la provincia de Almería; Felipe Calero, de Montoro, en Córdoba y Juan Bejarano, de Belalcázar, en la misma provincia. Y poco más. Habría que añadir a los que los mozos del pueblo habían conocido en la mili.

Con las grandes obras hidroeléctricas que estaban acometiéndose en el Valle, acudieron cientos de andaluces jóvenes a trabajar como mano de obra barata y acostumbrada al trabajo duro y en condiciones difíciles y penosas. Los sábados por la tarde muchos de estos obreros solían bajar de las alturas y se repartían por los pueblos vecinos para pasar unas horas de asueto. Cobraban unas quince pesetas diarias, horas extra y festivos aparte. Algunos se gastaban la totalidad de la paga. Otros dejaban deudas. Muchos de éstos pasaban la noche por los pajares y las cuadras. Y el domingo por la tarde, vuelta a las alturas.

*-Abís bisto istos carrilanos, decían en el bar de Ochos, tal como ganan gastan. No sé qué cuentas ferán. To ro que s'excusan entre semana lo gastan o domingo...*

*-Pobróns. Toa ra semana foricando catarras y zurrastiendo bagonetas. No sé cómo se matan con a dinamita... Dixa-los que zorrupe un rato. Mientras no fagan mal...*

*-Les tienen más miedo a ra Guardia Zibil que os chitanos.*

*-Claro, ¿no bes que si los tienen que degolber os guardias ya no enganchan más? A empresa no los quiere. Ya se cuidan bien de no cruzá-se con ers, ya.*

Es cierto que las condiciones de trabajo eran durísimas. Y, además de una gran siniestralidad, ello conllevaba enfermedades laborales de manual. En el bar comentaban semanalmente los accidentes y percances más importantes.

*-¿Qué? ¿Cómo ha ido la semana? –les preguntaban-*

*-Pues, el otro día se hundió un túnel y cogió a varios dentro. Tres se pudieron escapar, pero un par no la van a poder contar.*

*-Si es que va a salir la luz a precio de oro.*

*-A precio de oro, con sangre, como la guerra.*

*-¿No os acordáis el año pasado, cuando se les soltó un andamio en Respomuso y los encofradores volaron más de cien metros?*

-Sí, sí, salió hasta en los periódicos.

-Y a mi cuñado... lo chafó una vagoneta llena de piedras que se soltó del resto.

-Oye y con los que la palman, ¿qué hacen?

-De eso se cuida el encargado. Primero les hacíamos una caja con las tablas de los encofrados y los enterrábamos allí. Luego, empezaron algunos a bajar a enterrarse al cementerio del pueblo, a lomos de caballería. Y si la familia tenía perras y los reclamaba, les mandaban el cadáver. Pero la mayoría, como eran pobres, aquí que se quedaban.

A la par, un tal Benito Gómez, de Villacarrillo, provincia de Jaén, encargado de las obras en Bachimaña, como ganaba más que el resto y gozaba de buena fama por trabajador y honrado, se alquiló una habitación en la fonda Gabás de Ochos. No solo bajaba el domingo sino siempre que podía. A los seis meses empezó a festejar con Lolita de casa Campo. En el pueblo todo el mundo miró con buenos ojos a la pareja. Se casaron un año más tarde. Benito fue de yerno a casa de su mujer. Además de sus compromisos laborales con la empresa hidroeléctrica, les ayudaba en las faenas pecuarias. Tuvieron dos hijos, Paquito e Inés.

Conforme iban mejorando las condiciones laborales y salariales, algunos obreros, de los que ya vinieron casados, decidieron traerse a su familia y quedarse, de momento, a vivir en Ochos. Así, Juan García, de Villanueva del Arzobispo, provincia de Jaén, le mandó una carta a su mujer, Encarna, en los siguientes términos:

*Mi queridísima Encarna:*

*Por la presente te comunico que por aquí todo va bien. Hay trabajo para mucho tiempo. He pensado que puedes venir aquí con el niño Juanito y así estaríamos todos juntos. He buscado ya dónde podemos vivir y te aseguro que estaremos mucho mejor que en el pueblo. Si a vuelta de correo me contestas afirmativamente, te mando el dinero para el tren por giro postal. Espero veros pronto. Sin vosotros estoy muy solo.*

*Un abrazo afectuoso para todos.*

*Juan*

Como Juan no sabía escribir muy bien, le ayudó a redactar la carta mosen Félix.

A los quince días había llegado la respuesta. Afirmativa, por supuesto. Juan les giró el dinero de los billetes desde Jaén a Sabiñánigo, en tercera clase, por supuesto. Y, en menos de un mes desde que mandó la carta, tenía a su mujer y a su hijito de tres años en Ochos. Encarna llegó vestida con una blusa oscura, un mantón, falda larga, pañuelo en la cabeza y al-

pargatas de cáñamo. Llevaban una cesta en la que había pan, queso y una maza de jamón con más gordo que magro y una bota de vino. Traían también un hato con la ropa más elemental para ella y para Juanito. Juan había convenido con el dueño de casa Francho que les alquilase, con derecho a cocina, una parte de la casa que ellos no utilizaban y que de vez en cuando ponían a disposición de viajeros y funcionarios. En Ochos nacerían dos hijos más del matrimonio, Macarena y Victorino, estos ya montañeses casi por derecho.

Matías Marín, de Morón de la Frontera, provincia de Sevilla, hizo lo mismo que Juan. Lo antes que pudo se trajo a su mujer Rocío y a sus dos hijas, Manolita e Isabel. Para ellos apalabró un chamizo que tenían en casa Cojo para los pastores y otros asalariados, pero que cumplió a la perfección su papel de nuevo hogar.

En los pueblos vecinos se habían asentado bastantes familias nuevas, sobre todo en Biescas, Sallent y Panticosa. Su integración fue rápida y casi prodigiosa. Los que tenían trabajo y venían con familia, o bien la formaban aquí, eran gente trabajadora y amable. No se metían con nadie, ni buscaban trifulca. Al revés, si podían hacer algún favor, lo hacían muy gustosos. Enseguida, los nativos del país congeniaron con ellos.

*-Oye, has bisto istos andaluzes –decían en el bar- nos ban a emplir o lugar de críos.*

*-Ola, pos bien se nos baldrá. O secretario de l' Ayuntamiento dize que contra más personal b' aiga, más arsián mandan de Madrid.*

*-Y ra maistra tiene l' escuela plena...Dize que a lo primero le dan bela faina, pues os zagals vienen cuasi analfabetos, pero que se portan muy bien. Y son muy educatos.*

*-Sí, sí, ixo sí lo tienen. Da gusto alternar con ers. Y ras mullers, ya has bisto ro salatas que son. Con ixo deje que tienen cuando charran, parixe que cantan... Y ro que cascan... No aturan de cantar y de cascar en to ro día. Siempre están contentas, anque no tiengan cosa pa comer. Se les puede aduyar, sí señor.*

*-L' outro diya ixo Matías me pidió si podeba dixá-le un cuatrón que tenemos yermo astí en o Plano pa fe-se un poco de güerto, que se bie que d'ixas trazas se excusarban pro de dinero pa minchar.*

*-Y ¿qué bas a fer?*

*-¡Coño! Pos dixá-les ne. Ya les he dito que si me lo tienen limpio y me aduyan a limpiar as zequias, no les pediré más a cambio. Si acaso bel tomate u bela ensalada, que como me foy biello, ya no me baga de picar.*

Por supuesto Benito, el yerno de casa Campo, pero en menos de un año, tanto Juan y Encarna, como Matías y Rocío ya tenían media docena de gallinas y otra media de conejos, además de un par de *cochíns* de en-

gorde. El mondongo lo hacían al estilo de su tierra, algo diferente al estilo montañés de toda la vida. De esta forma, la manutención les salía prácticamente gratis. Lo que sus maridos ganaban en las obras y en las centrales servía para pagar los alquileres e ir ahorrando. La meta era llegar a tener una casa en propiedad. Y con el tiempo lo consiguieron.

Las mujeres intercambiaban recetas de cocina, de mondongo y de repostería casera. En los huertos empezaron a plantar flores. Hasta entonces no se estilaba mucho. En primavera sembraban claveles y clavelinas en macetas y luego trasplantaban los esquejes a los huertos. Se pudieron de moda para las casas, la iglesia y el cementerio.

Mosen Félix decía:

-Es una gran ventaja tener flores en la puerta de casa, sin tener que encargarlas y que te las suban con el coche de línea, ni bajar a Jaca a buscarlas...

Lo mismo hay que decir de los geranios y *gitanillas* con que comenzaron a adornar las ventanas y los balcones de las casas. Las mujeres de aquí rápidamente las imitaron. Llenaron las calles del pueblo de colorido, de tal forma que parecían la paleta de un pintor.

## Ochos, 1990

Son varias decenas de familias de origen andaluz y extremeño las que se han asentado de modo definitivo en estas montañas. Aquí encontraron lo que su tierra natal y la época que les tocó vivir les negaron. Fueron acogidos con cariño. La integración ha sido absoluta.

A los tradicionales y solariegos apellidos Arruebo, Belío, Cajal, Del Cacho, Estaún, Fanlo, Fañanás, Ferrer, Giménez, Guillén. Laguna, Naverac, Pueyo, Urieta, Val y tantos otros hay que añadir los Benítez, Cuenca, Díaz, Fierro, García, González, López, Marín, Martínez, Mimbrera, Pozuelo, Romero, Vega, Vera, Yeste y muchos más.

Hay numerosas familias mixtas. Sobre todo de segunda y tercera generación. Algunos vivieron muchos años en los poblados que levantaron en Biescas o Sallent, junto a las centrales. Cuando acabaron las obras, los hijos, en un porcentaje importante, pudieron colocarse en las empresas eléctricas. Antes de su automatización eran obreros y electricistas. Después los destinaron a mirar contadores. Los más estudiosos pudieron emplearse en las oficinas. Otros se han abierto camino a través del mundo del esquí o abriendo sus propios negocios. Y ahí están.

En Ochos, tocaban las campanas a muerto. Juan García, de Villanueva del Arzobispo, murió con sesenta y dos años. Sus pulmones no podían

más. Silicosis. Como tantos y tantos que se dejaron el resuello excavando túneles por Bachimaña y los altos del Balneario. Lo mismo les pasó a Rafael, de Chilluévar y a un tal Manolete, de Andújar. No se hicieron viejos.

Dicen que un andaluz nunca pierde su acento. Ni debe perderlo. Pero los hijos de la primera generación, los que en su mayoría nacieron aquí, no lo adquirieron. A la hora de hablar nadie distinguiría los orígenes de sus ancestros.

Además de las balconadas repletas de flores y los claveles de los huertos han aportado numerosas tradiciones de su tierra, que ahora se ven como normales aquí.

Ahí están las procesiones de la Semana Santa. Lo más llamativo son los tambores y las cornetas. Aunque hay que decir que los militares, que durante aquellas oscuras décadas, blindaban la frontera, hicieron de maestros de percusión y de viento. Y, aunque siempre ha habido pasos como la *Burreta*, la *Cama*, el Nazareno, la Dolorosa y la Verónica, se han notado en sus vestidos y complementos los aires del sur.

Ahí están también los trajes regionales, los que llevan las reinas, *serrablesas* y presidentas de las fiestas. En cada pueblo les llaman de una manera. Y por supuesto los de los grupos folclóricos. La estética es aragonesa, claro, nunca flamenca ni meridional. Pero la mayoría de trajes, o bien se han recuperado, o bien se han reinventado siguiendo patrones clásicos. A un montañés, digamos mejor montañesa, a veces le cuesta ponérselo y llevarlo. Al que viene del sur, nunca. Lo lleva en la sangre. Y eso se contagia. Y claro que se ha contagiado.

## Notas del autor

En el primer capítulo, *¡Ay, mi Juan!*, son ficticios todos los personajes, desde el protagonista, Juan de Campanero, hasta el más insignificante de los mismos. Son reales todos los escenarios geográficos Pina de Ebro, el antiguo CIR de Zaragoza, el Regimiento de Cazadores de Montaña de Jaca, la Casa Cuartel de Boltaña, el “Barato” de Sabiñánigo, el “Amparo” de Jaca, los prostíbulos de la calle del Caballo de Zaragoza y las ciudades de Oradea, Cali, Bogotá y Pereira.

En el segundo capítulo, el de los docentes, *Los que instruyen a muchos... brillarán como estrellas por toda la eternidad*, son ficticios los maestros doña Hortensia, don Francisco, Mónica y Vanesa, así como los alumnos Juan de Campo, Felipe de Malyerno, Matías de Chuanmiguel, Carlos de Pelau y Josetín de Laplaza. Sin embargo son reales las figuras del Padre Javier, las de los Padres, Mariano, Pereda, Sanzol, Santiago y Gimeno y las de los Hermanos Casimiro, Damián y José. A ellos mi recuerdo personal y mi homenaje. También es real don Ángel, el maestro de Biescas. Son reales los colegios oscenses de Salesianos, San Viator, Santa Rosa y Santa Ana, así como los jaqueses Escolapios, el Seminario y las Monjas. También existieron el llamado Matrimonio Pedagógico, el Acceso Directo y la misma Operación Aguilucho.

En el capítulo tercero, el dedicado a la Iglesia, *Hay curas y otros que no tienen cura*, son ficticios tanto el protagonista mosen Félix Begué Navarro, como los curas Luis Calvo y Óscar Augusto Velázquez. También el seminarista Juan Piedrafita y el resto de personajes menores. Sin embargo fueron reales los sacerdotes mosen Eusebio Navarro, Francisco Gericó, Miguel Mínguez, José Alastuey, Dionisio Santander, Albino Chaverri, Manuel Larraz y Antonio Auría. También existieron, y los coloco en su tiempo, los obispos don Juan Villar Sanz, don Ángel Hidalgo Ibáñez y don Jesús Sanz Montes.

En el cuarto capítulo, dedicado a los médicos y veterinarios, *Matasanos* y *Matacanes*, son ficticios el médico don Ignacio y su familia, el practicante don Felipe, el alguacil Pablo José, el médico don Pepe, la doctora Belén y todos sus parientes. También es ficticia la relación familiar entre don Ignacio y el afamado doctor Lozano Monzón, que sí existió. Por el contrario fueron reales los dentistas Rafael, Armán y Marcuello y los doctores Senra, Castellón, del Pueyo, Borraz, Cardús y López Belío. También don Julio y don Alfredo. Existen los Hospitales, Centros de Salud y Puntos de Atención Continuada citados y también todas instituciones nombradas, como el Retiro Obrero, el Seguro de Vejez, Invalidez y Muerte, el Seguro de Viudedad, el Seguro de Enfermedad, la Ley de Bases de la Seguridad Social, el Instituto Nacional de Previsión, las Mutualidades Obreras y la misma Seguridad Social. También empresas como OCISA. Todos los personajes de la parte veterinaria son ficticios. No así el Cuerpo de Veterinarios del Estado, el Cuerpo Nacional Veterinario y las ADSE.

En el capítulo quinto, dedicado a la Guardia Civil, *Todo por la Patria*, son ficticios todos los guardias y personajes que giran en torno al Puesto de Ochos, el sargento don Vicente, el cabo Cipriano, los guardias Eugenio, Manuel Felipe y Juan, así como todos sus familiares y descendientes. También las guardias Patricia y Begoña. Sin embargo son reales todos los de las nuevas unidades de montaña, los tenientes Usieto y Pedro Antonio López, los guardias Enrique Villasur, José Antonio Torrijos y Paco Torres, así como los perros Aiton, Serafín, Kimon, Curro, Claus y León. También existieron los guardias apodados *El Tempranillo* y *El Pemales*, así como el cura mosen Agustín. Existen todas las poblaciones citadas, Peñaranda de Duero, Viveiro, Vigo, El Ferrol, Toledo, Turre, Montoro y Belalcázar. También son o fueron reales las Academias de las Navas de Tolosa en Barcelona, Úbeda y Baeza, la Agrupación de Tráfico, el GREIM con su Sección, sus Grupos y sus Equipos, el SAMUM y la UHEL-41.

En el capítulo sexto, dedicado a la hostelería, *De padres trabadores, hijos vagos... y nietos a pasar hambre*, son ficticios todos los personajes. Sin embargo fueron reales en Biescas casa Marquitos, el Matadero y funciona muy bien la Residencia de ancianos.

En el capítulo séptimo, dedicado a los nuevos pobladores, *Los conquistadores del Pirineo*, hay que decir que son ficticios todos los personajes de la primera parte, los integrantes de la familia Martínez Lozano. Sin embargo son reales Jesús y Mamen de Artosilla, Vimala de Aineto, y en Ibor Juanma, Chusa, Ricardo Andueza, Beth, Aurelio Monreal y Bea.

Todos ellos se merecen el reconocimiento de su tesón en este librito. También son fieles a la realidad el escenario físico del pueblo de Ibor y la misma calle Unceta de Zaragoza. Son reales también instituciones como la OPEL de Figueruelas, los colegios de Salesianos y de las Josefinas de Zaragoza, la cooperativa de costura, las Escuelas Universitarias de Ingeniería y de Informática, la Feria de Otoño de Biescas y asociaciones como ARTIBORAIN y *Os Cuculos* de Ibor.

Y en el último capítulo, dedicado a los *Aceituneros Altivos, los Andaluces en el Pirineo*, hay que decir de entrada que todos los personajes son fruto de mi imaginación. Sin embargo la lista de apellidos, tanto los de la tierra como los provenientes del Sur de España, es fiel a la realidad. También existen poblaciones como Andújar, Chilluévar, Morón de la Frontera, Villacarrillo, y Villanueva del Arzobispo. Lo mismo decimos de empresas como EIASA o Aluminio Español y de las fechas de inauguración de los respectivos embalses.



# Apéndice gramatical y glosario aragonés

El aragonés panticuto que empleamos en este libro sigue en general las características de la lengua aragonesa, y en particular de su vertiente central. Aquí exponemos únicamente las peculiaridades propias que hacen que se le distinga de sus vecinos, no solo de la Jacetania, del Valle de Broto y de la Tierra de Biescas, sino incluso del propio Valle de Tena, tal es la atomización de la lengua aragonesa.

## Fonética

- O> -ue y ua. Sobre todo se da en toponimia: *Fuen dera Cuasta...*
- E> -ie e -ia: *Triamol, diande, tiempo, tiengo...*
- Pérdida de -o final: *Gusán, chitán, cochín...* Aunque haya numerosos ejemplos contrarios que atestigüen la influencia el castellano.
- Conservación de sordas intervocálicas: *Capeza, esgomecatizo, xata, diaple, pezicata, batallo, mallata...*
- Sonorización de consonante tras nasales o líquidas: *Cambo, trenda, chordica, blango...*
- Conservación de -ch en lugar de -ll, en topónimos antiguos: *Casiacha, Castiecho...*
- *Aversión a la jota castellana: Charro, chelera...* aunque haya ejemplos de la misma por castellanización de la lengua.

## Morfología:

- Artículos determinados:
  - o, a, os, as: *O lugar, as catarras...*
  - con r-suave, tras vocal ro, ra, ros, ras: *O castiecho deras articas...*

- Aún hemos conocido el artículo masculino plural es: *Es pastors no son ombres...*
- Con frecuencia se usa el masculino singular *lo*: *Lo día que nos casemos...*
- Ante vocal es frecuente el uso de *l'*: *l'agüela, l'altro día...*
- Plural:
  - Como es común en aragonés, añadiendo –s: *campos, ditals, chitáns...*
  - Si se pierde fonéticamente la –r final: *mullers, pastors...*
  - Las palabras terminadas en –ero> –ers: *carnizers, feners...*
  - Algunos quedan en –z, palabras originariamente terminadas en –t: *ferfez, mozez, toz...*
- Contracciones de artículos con preposición:
  - A veces no hay: *Ixe ye dero Pueyo, Llébalo ta ro Secretario, Si te pichas en o fiemo...*
  - A veces sí: *M'en boy tro Pueyo, Corre t'ó pallar, o millor d'os mardanos, lo fizos n'a bodega...*
- Pronombres personales
  - Yo: *Ixo ye pa yo.*
  - Tú: *A tú ¿qué te parixe?*
  - Nusatros: *Nusatros baxemos ta Biescas*
  - Busatros: *Busatros puyasteis ta Panticosa.*
- Pronombres *ne, en*: *Indo se ne, nos ne bamos, nos en iremos...*
- Pronombres *be, bi, b*, aunque esporádicos y, puede decirse, residuales: *Ya be ye, ya be son, be yera.*
- De complemento indirecto, *mos, bos*: *Mos darán un par de ostias... Bos parez que nó'n puyaré...*
- Reflexivo: *L'en daré, les ne portiemos, di le ne...*
- Demostrativos: *Ixe, ixa, Ixos, ixas: Ixe mozó no puyará ta ixa bunda...*
- Posesivos: *o mío, o tuyo, a mía, a tuya... O mío zagal, os tuyos güellos.* Hay excepciones: *Tu pay, tu may...*
- Relativo: *¿Qui ha baxato primero...?*
- Indefinidos:
  - *Bel, belas, belos, belas: Bel día puyaré a bier si me das bela mica...*
  - *Beluno, beluna, belunos, belunas: No sé si en trobaré beluno...*

- *Garra, mica, branca, perreque: No´n queda garra, no me cuaca mica, ni branca ni meya, no´n tiengo perreque...*
- *Pro: Ya en tiengo pro...*
- Verbos:
  - La -z de la segunda persona del plural se conserva mal. Su uso es puramente esporádico. Hallaremos, por influencia del castellano: *Tenéis, puyaréis...*
  - Los pretéritos imperfectos siguen el paradigma habitual aragonés: *Teneba, dormiba, pensaba...*
  - Los subjuntivos siguen el paradigma habitual aragonés: *Ese, ise, salise, trobase, cantase...*
  - Los pretéritos perfectos son en -o: *T´alcuerdas que me dijíós... Y que me lo repitiós...*
  - Los perfectos fuertes son del tipo: *Fizos, fizon, dijos, dijon...*
  - Los condicionales tienen la -r: *Ni pasarba, ni cantarba, ni rondarba...*
  - Participios en -ato, -ata: *¿Has puyato? ¿De do has baxato? ¿Ta do has ito?*
  - Los verbos de movimiento se conjugan con *aber*. *¿Has corrito ta ixé cambo, que s´en ha ito ra crapa?*
  - Impersonales de *aber*:
    - *b´ha, b´eba: B´ha un paxarraco, b´eba mala faina...*
    - *Con pronombre: ne b´ha, ne b´eba: Ya ne b´ha pro, no ne b´eba guaire...*



## GLOSARIO

### ABREVIATURAS

adj.	Adjetivo
adv.	Adverbio
expr.	Expresión
fem.	Femenino
asc.	Masculino
num.	Numeral
part.	Participio
pl.	Plural
prep.	Preposición
pron.	Pronombre
sing.	Singular
sust.	Sustantivo
ver.	Verbo

#### A

**Aduyar** (ver.): ayudar.

**Agostino** (sust. masc.): langostino.

**Albéitar** (sust. masc.): veterinario.

**Alcaso** (adv.): acaso.

**Alcontrar** (ver.): encontrar.

**Alicotero** (sust. masc.): helicóptero.

**Ancho patalero** (expr.): tener todo desorganizado y en desorden.

**Antes más** (expr.): antiguamente, tiempo atrás.

**Arañón** (sust. masc.): endrina, fruto del *arañonero*.

**Arañonero** (sust. masc.): endrino, arbusto que produce *arañóns*.

**Arradio** (sust. masc.): radio, aparato de radio.

**Arsián** (sust. masc.): dinero.

**Arto** (sust. masc.): arbusto espinoso en general.  
**Astí** (adv.): aquí, allí, según el sentido de la frase.  
**Atrapaziar** (ver.): organizar, preparar.  
**Aturar** (ver.): parar.  
**Autro** (adj. masc.): otro.

## B

**Baga, me:** (ver. expr.): Tener tiempo. **Me baga:** tengo tiempo.  
**Baxar** (ver.): bajar.  
**Bel** (adj.): alguno  
**Beluno** (pron.): alguno.  
**Bichos** (sust. pl.): animales en general, sobre todo se refiere a la ganadería.  
**Biello** (sust. y adj. masc.): viejo.  
**Bien se bale** (expr.): Se dice cuando algo es propicio en alguna ocasión concreta.  
**Bier** (ver.): ver.  
**Bolar se** (ver.): tumbarse.  
**Bosar** (ver.): pagar.  
**Braguero** (sust. masc.): ubres de las vacas, las ovejas o las cabras.  
**Bucho** (sust. masc.): boj  
**Burreta, La** (sust. fem.): Nombre que se da en Aragón al paso de la Entrada de Jesús en Jerusalén.

## C

**Cabañera** (sust. fem): Camino pecuario.  
**Cabañera, ir de** (expr.): Viajar por el camino pecuario.  
**Calenturas** (sust. fem. pl.): fiebres.  
**Caler** (ver.): Hacer falta, ser necesario (verbo impersonal).  
**Cama, La** (sust. fem.): Nombre que se da en Aragón al paso de Jesús en el Sepulcro.  
**Can** (sust. masc.): perro.  
**Capeza** (sust. fem.): cabeza.  
**Capino** (adj. masc.): borracho.  
**Carrilano** (sust. masc.): transeúnte, vagabundo.  
**Catar** (ver.): mirar.  
**Catarra** (sust. fem.): roca madre en el terreno.

**Caterba** (sust. fem.): grupo de personas de poco de fiar o poco convenientes.

**Caxico** (sust. masc.): roble.

**Cochín** (sust. masc.): cerdo.

**Contimparar** (ver.): comparar

**Contra más** (expr.): cuanto más.

**Corderero** (adj. masc.): cuidador de corderos, oficio del se ocupaban tradicionalmente los niños de corta edad.

**Cosa** (adv.): nada.

**Crapa** (sust. fem.): cabra.

**Crapito** (sust. masc.): cabrito.

**Cuacar** (adv.): gustar, agradar, parecer bien.

**Cualquier** (pron.): cualquiera.

**Cuatrón** (sust. masc.): campo de pequeñas dimensiones, parecido a un cuadrado pequeño.

**Cuculo** (sust. masc.): cuco.

**Cuquera** (sust. fem.): herida, generalmente en la cabeza, que se puede infectar de *cucos*, o sea, de gusanos.

**Cureta** (sust. masc.): seminarista o sacerdote recién salido del Seminario

## CH

**Chen** (sust. fem.): gente en general.

**Chericueta** (sust. mac.): derivado de la leche, similar a la cuajada.

**Chicorrón** (adj. masc.): el más pequeño.

**Chinebro** (sust. masc.): Enebro. También se dice **chinipro** y **chinarro**.

**Chingarra** (sust. fem.): producto de la *matazía* del cerdo, a consumir el mismo día.

**Chitán** (sust. masc.): gitano.

**Chitar** (ver.): echar.

**Choben** 1 (adj. masc.) joven. 2 (sust. fem.): nuera de una casa.

**Chordón** (sust. masc.): frambuesa.

**Chuan, San** (sust. masc.): San Juan

**Chuañón** (sust. masc.): Juanito.

**Chugar** (ver.): Jugar.

**Chulla** (sust. fem.): chuleta de cerdo, de tocino o de panceta.

## D

**Dende** (prep.): desde.

**Dingún** (adj. masc.): ninguno.

**Dito** (ver. part.): dicho.

**Dixar** (ver.): dejar.

**Dula** (sust. fem.): rebaño comunal de bueyes, vacas o ganadería mayor en general.

**Dizir** (ver.): decir.

**Do** (adv.): donde.

**Dorondón** (sust. masc.): fenómeno atmosférico de la Ribera, en el que tras una prolongada niebla invernal, el paisaje se cubre de blanco.

**Dorondonera** (sust. fem.): dorondón que se prolonga en el tiempo.

## E

**Efeuto** (sust. masc.): efecto.

**Empapador** (sust. masc.): pañal.

**Empezipiar** (ver.): empezar, comenzar algo.

**Emplastar** (ver.): fijar algo con fuerza.

**Empilmar** (ver.): poner una *pilma*, bien a una persona, bien a un animal.

**Emplir** (ver.): llenar-

**Encara** (prep.): todavía.

**Enganchar** (ver.): momento de empezar a trabajar.

**Escamisato** (adj. fem.): Descamisado, varón de mala presencia y peores hechos.

**Escuezo, me** (ver.): primera persona del singular del presente de indicativo del verbo ESCOZER.

**Espaldero** (sust. masc.): prenda hecha de piel de oveja o de cabra, que cubre la espalda del pastor.

**Esquerola** (sust. fem.): escarola.

**Estorruzar** (ver.): arrastrar en general, pero mejor con *esturrazo*.

**Esturrazo** (sust. masc.): artilugio hecho con una *forcacha* de un tronco, para arrastrar piedras y objetos pesados.

**Excusar** (ver.): ahorrar.

## F

**¡Faltarba!** (ver. expr.): ¡Faltaría más!



**Fambre** (sust. fem.): hambre.  
**Farto** (adj. masc): harto, lleno, sobrado de algo.  
**Fateza** (sust. fem.): tontería.  
**Fato** (adj. masc.): tonto.  
**Faxa** (sust. fem.): faja, terreno aterrazado.  
**Fecho** (ver. par.): hecho, participio del verbo *fer*.  
**Fer** (ver.): hacer.  
**Feto** (ver. par.): hecho, participio del verbo *fer*.  
**Fiemo** (sust. masc.): estiércol.  
**Fillo** (sust. masc.): hijo.  
**Foricar** (ver.) hurgar, buscar afanosamente algo.  
**Fraxín** (sust. masc.): fresno.  
**Fuina** (sust. ferm.): comadreja

## G

**Garra chen:** (expr.): nadie.  
**Güega** (sust. fem.): frontera, mojón, hito fonterizo.  
**Güello** (sust. masc.): ojo.  
**Güesqueta, A:** (sust. fem. y arc.) dicese del periódico *Nueva España*, hoy *Diario del Alto Aragón*.

## I

**Isto** (adj. masc.) esto.  
**Ixo** (adj. masc.): eso

## L

**Leito** (sust. masc.): leche.  
**Librar** (ver.): parir.  
**Linosa** (sust. fem.): linaza.

## M

**Mallata** (sust. fem.): majada, refugio nocturno para el ganado en el puerto.  
**Malmeter** (ver.): gastar.  
**Manzanera** (sust. fem.): manzano.

**Marta** (adj. fem.): dicese de la oveja de lana negra.  
**Matazía** (sust. fem.): matanza del cerdo.  
**Matrero** (sust. marc.): sarrío macho y viejo que se queda aislado del rebaño.  
**May** (sust. fem.): madre.  
**Mesache** (sust. masc.): muchacho.  
**Meter** (ver.): poner, colocar.  
**Mientras** (adv.): mientras.  
**Millor** (adv.): mejor  
**Minchar** (ver.): comer en general.  
**Mirtillo** (sust. masc.): arándano, tanto la planta como el fruto.  
**Mixín** (sust. masc.): gato.  
**Modorra** (sust. fem.): oveja enferma, que da vueltas en si misma.  
**Modorrera** (adj. fem.): piedra agujereada que se coloca en las cuadras y corrales para proteger a los animales.  
**Mon** (sust. masc.): monte.  
**Mosen** (sust. masc.): nombre con el que se conoce a los curas en toda la antigua Corona de Aragón. Es palabra llana, no aguda y se usa sin artículo  
**Motoreta** (sust. fem.): ciclomotor, motocicleta de poca cilindrada.  
**Mozé** (sust. masc.): muchacho.  
**Mozeta** (sust. fem.): muchacha.  
**Muller** (sust. fem.): mujer.

## N

**Nomás** (expr.): solo, nada más.  
**Nuquera** (sust. fem.): noguera.

## O

**Obella** (sust. fem.): oveja.  
**Oblidar** (ver.): olvidar.  
**Ongo** (sust. masc.): hongo en general, pero sobre todo, en particular, se denomina así al niscalo o rebollón.  
**Orache** (sust. masc.): tiempo meteorológico en general.  
**Ordio** (sust. masc.): cebada.  
**Otelacho** (sust. masc.): despectivo de *hotel*. Hotel pequeño o de mala muerte.

## Q

**Quión** (sust. masc.): unidad territorial mancomunada entre varios municipios, para el aprovechamiento comunal de pastos.

## P

**Parar** cuenda (ver. expr.): fijarse en algo.

**Parién** (sust. masc.): pariente, familiar.

**Parixe** (ver.): parece. Tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo PARIXER

**Parrera** (sust. fem.): parra.

**Pay** (sust. masc.): padre

**Pelandusca** (sust. ó adj. fem.): mujer de mala calaña o reputación.

**Perera** (sust. fem.): peral.

**Peste** (sust. fem.): epidemia.

**Petenaar** (ver.): correr apresuradamente.

**Pila** 1 (sust. fem.): recipiente para beber. 2 **Pila, una** (expr. fem): un montón de algo.

**Pilma** (sust. fem.): compuesto de pez, ramas y vendas para corregir una fractura, tanto a animales como a personas.

**Pintacoda** (sust. fem. y expr.): Voltereta, pirueta. También se emplea para indicar que algo o alguien ha llegado al fin o al límite de algo.

**Plegar** (ver.) llegar.

**Pobró**n (adj. masc.): pobrecito, diminutivo de *pobre*, en sentido cariñoso.

**Polla** (sust. fem.): gallina joven, que aún no ha puesto huevos.

**Portiar** (ver.): llevar.

**Poyeta** (sust. fem.): repisa encima del hogar, para colocar las cosas más imprescindibles en la cocina.

**Prenzipiar** (ver.): empezar, comenzar.

**Prou** (expr.): bastante, vale.

**Puyar** (ver.): subir.

## R

¡**Radio!** (expr.): ¡rayos! (esto, siendo finos en el lenguaje)

¡**Rail!** (expr.): No importa.

**Rancar** (ver.) arrancar, sacar algo de un sitio.

**Rebollón** (sust. masc.): niscaló.

**Repatán** (sust. masc.): rabadán, pastor joven y novato.

**Retaculas, de** (expr.): ir de culos, o al revés.  
**Romanziar** (ver.): hablar y hablar, solo por hablar, sermonear.  
**Ropón** (sust. masc.): hábito de peregrino que llevan los Romeros de Santa Orosia.

## S

**Salón** (sust. masc.): carne seca, salada y deshuesada de oveja.  
**Sanmigalada** o **Samigalada** (sust. fem.): otoño  
**Saper** (ver.) saber. También saber de saborear.  
**Sesenda** (num.): sesenta.  
**Sirrio** (sust. masc.): estiércol de oveja.  
**Sisziendas** (num.): seiscientas.

## T

**Ta** (prep.): a, hacia. En este valle nunca se puede traducir por PARA.  
**Tapaculos** (sust. masc.) escaramujo.  
**Tarcual** (expr.): tal cual.  
**Tizón** (sust. masc.): trozo de leña, ya cortado, listo para la estufa, la cocina o el hogar.  
**Torteta** (sust. fem.): producto de la matacía hecho con sangre, manteca y harina.  
**Trachinante** (sust. masc.): vagabundo, bergante, arriero, persona que viaja en general.  
**Traza** (sust. fem.): trazas, maneras, formas.  
**Treballar** (ver.): trabajar.  
**Trobar** (ver.): encontrar.  
**Trucar**(ver.): llamar a una puerta, golpear

## Y

**Yeron** (ver.) fueron. Tercera persona del plural del pretérito perfecto del verbo IR.

## Z

**Zagal** (sust. masc.): chico, joven, mozo.  
**Zagueras, en** (expr.): en últimas.

**Zamarra** (sust. fem.): prenda confeccionada con piel de cabra u oveja, para tapar la pechera y abdomen del pastor.

**Zamarugo** (adj.): varón soso, sin sustancia, ignorante, con poca personalidad.

**Zangolotiar** (ver.): hablar sin sentido aparente, moverse, afanarse sin ton ni son, sin objetivo aparente.

**Zequia** (sust. fem.): acequia.

**Zerezera** (sust. fem.): cerezo.

**Zernillón** (sust. masc.): viga central que atraviesa un edificio de una punta a otra.

**Zierzera** (sust. fem.): viento fuerte y continuo de la parte de *zierzo*, del norte o noroeste.

**Zingüenda** (num.): cincuenta.

**Zirgüellera** (sust. fem.): ciruelo.

**Zorróna** (adj. fem.): mujer depravada, viciosa y de mala vida en general.

**Zorrupar** (ver.): beber vino y alcohol en abundancia.

**Zurrastiar** (ver.): arrastrar.



**La vida sigue igual**

**Este libro se acabó de imprimir en la imprenta El Pirineo  
el 4 de diciembre de 2019**